

BIBLIOTECA ECONOMICA DE AUTORES ARGENTINOS

OBRAS  
DE  
JUAN LUSSICH

DEBILIDADES DE AUTOR  
BOSTEZOS—CRÓNICAS DRAMÁTICAS  
LA PLUMA ALEGRE



Precio: 50 centavos

BUENOS AIRES

PEDRO IRUME, Editor. — Calle Perú, 165

1886



OBRAS  
DE  
JUAN LUSSICH

DEBILIDADES DE AUTOR  
BOSTEZOS CRÓNICAS DRAMÁTICAS  
LA PLUMA ALEGRE



BUENOS AIRES  
PEDRO IRUME, Editor. — Calle Perú. 165  
1886



## JUAN LUSSICH

Los amigos de Juan Lussich, bajo cuyos auspicios se hace la presente edición, me han concedido el honor, y á la vez el penoso encargo, de presentar al lector las obras y la personalidad del joven escritor prematuramente arrebatado por la muerte á la Patria, á la familia y á la amistad. Cumpló con este deber, no con espíritu sereno, sino empapados en lágrimas los ojos y desgarrado el corazón.

Juan Lussich fué para todos nosotros nobilísimo amigo, y mal podría yo encabezar sus obras con minucioso análisis cuando estamos bajo la impresión de su pérdida. A otros la tarea de juzgarle definitivamente; á nosotros la de recoger con piadoso empeño páginas caídas de aquellas manos que se helaron para siempre entre las nuestras.

A dejarme llevar de mis sentimientos no agregaría una línea más, porque el dolor es siempre silencioso; pero conozco los deberes del escritor para con el público, y ante la realidad severa de la muerte, fuera falta de honradez literaria, y aun de respeto al recuerdo del amigo, si pretendiera ocultar con fútiles encomios la opinión que tiempo há tengo formada de las producciones que van á leerse.

Si la verdad conviene á los hombres para hacerlos mejores, enaltece á los muertos que fueron en vida, por sus virtudes ó sus talentos, dignos de escucharla. Nuestro amigo pertenecía á este número, y en honra á su memoria seré sincero.

Era Juan Lussich un joven de veintiseis años, con el alma abierta á las más altas aspiraciones, súbito en el entusiasmo y en el abatimiento, de temperamento nervioso, y tanto, que á veces se desviaba la rectitud de su criterio, solicitado, envuelto, diré así, por el perpétuo hervidero de sus nervios. Pero aun en este caso, bastaba un instante de predominio de su razón clarísima, un solo aviso de su conciencia honrada, para que alzara la frente con la tranquilidad de los buenos y prodigara la savia de su corazón generoso.

Espíritu altivo, soberanamente altivo, como lo son siempre los verdaderos talentos, desdeñaba todo apoyo que no naciera de sus propias fuerzas; y hacía gala, en sociedad, de una despreocupación, de una ligereza, de un tomar las cosas superficialmente, que no constituía el fondo de su carácter.

Sus amigos sabíamos cuanta amargura velaba aquella perenne sonrisa de sus labios, conocíamos el drama íntimo de su espíritu, y admirábamos la fortaleza de aquella alma, que en medio de la borrasca más deshecha, difundía generosamente la alegría en torno suyo mientras su corazón destilaba lágrimas de sangre.

Una pasión tenaz, profunda, de esas que arrebatan el alma y los sentidos con la fuerza y el vértigo de la vorágine, bastante poderosa para dejar de lado los buenos consejos y sanas amonestaciones de cuantos le amábamos, le ha arrastrado por fin á la tumba.

¡ Descanse en paz nuestro desgraciado amigo, y sépase de todos que cuantos le tratábamos íntimamente nos sentimos orgullosos de guardar su memoria!

Su inteligencia no conocía el cansancio, no reposaba jamás, y se complacía en imaginar cumbres para darse el placer de salvarlas. Ahí están sus borradores dando testimonio de ello. ¡Qué mundo de proyectos, de apuntes, de bosquejos, de estudios sociales y críticos! ¡Cuánta llaga señalada al futuro: análisis de su escalpelo, y cuánta ilusión alada girando allá en hermosas regiones!

Imposible revisar esos papeles íntimos, esos ocultos resortes que iban á levantar sobre la vulgaridad tal número de obras, sin sentir penosísima impresión. No son menos de quinientos los títulos y fragmentos de poesías y artículos humorísticos, y encuéntrase, además, entre ellos, un vasto estudio de nuestra vida social, destinado á una novela de costumbres, de la cual dejó escritos algunos capítulos, que por su índole fragmentaria no pueden tener cabida en la presente colección.

Ni por la edad, ni por el género de vida que Lussich llevó siempre, colmada de agitaciones y falta, por consiguiente, de aquel reposo que han menester las labores serias del espíritu, ha podido ser completa su obra literaria. Por otra parte, y hablando en general, no son nuestros países escenario propicio para el desenvolvimiento armónico de la inteligencia, y mucho menos para el joven que, como Lussich, vive de su pluma, lanzada á todo escape sobre las columnas de la prensa.

Es el diario entre nosotros, oculto pero verdadero autor de muchas esperanzas defraudadas. La organi-

zación más robusta, el espíritu más ágil, cae al fin vencido en esa lucha de todos los días, en que el cerebro deja de ser el órgano reposado y noble del pensamiento para transformarse en precipitada máquina de ideas.

Lussich fué periodista en ambas orillas del Plata, y dicho se está con esto que la mayor parte de su labor literaria adolece de la premura con que pasó de su pluma á las columnas del diario.

No es, pues, el presente volumen más que una muestra de su cuantiosa producción; y asimismo, no selecta como pudiera creerse, porque no disponemos sus amigos de cuanto publicó en las diversas hojas de cuya redacción formó parte.

Las *Debilidades de autor*, colección de poesías líricas con que se abre la serie de sus escritos, es acaso lo menos importante de la obra.

Cierto es que la mayor parte de esas poesías son simples fragmentos, que están revelando un plan más vasto y completo, ó pensamientos apenas bosquejados; pero, con todo esto, y en mi sentir, nunca nuestro joven escritor hubiera descollado en la lírica. Faltábale el sello personal, intenso, característico de los poetas subjetivos; y si acertaba alguna vez en un grito desolado de pasión, como en ciertos arranques de *La ruptura*; en un apóstrofe valiente, como el soneto *A España*; en algunas estrofas sonoras, como las dedicadas á Italia; carecía, en general, de esa personalidad vigorosa, de ese enérgico entusiasmo, de esa observación amplia y á la vez minuciosa del alma y la naturaleza, propios de los soberanos de la inspiración.

Era Juan Lussich, ante todo y por encima de todo, un escritor humorista, y bastaría este título

para concederle puesto distinguido en nuestra literatura, que, excepción hecha de Eduardo Wilde ( más satírico que humorista ), carece de ingenios festivos.

Fuera impertinente traer á colación en una simple reseña, como lo es la presente, las discusiones suscitadas en los últimos tiempos acerca de la línea que separa á los *humoristas* de los *satíricos*, detenerse á considerar donde termina Juvenal y comienza Cervantes ó Dickens; pero no lo es fijar la manera cómo realizaba Lussich el género literario á que con preferencia y mayor éxito se dedicaba.

Conviene especialmente hacer constar que la naturaleza de Lussich era esencialmente *romántica*, si tal puede decirse de una sensibilidad extrema, siempre expuesta á caer en la exageración, del sentimiento. Como amigo puedo decirlo: Lussich sonreía llorando.

Sus composiciones en verso de esta índole, que él titulaba *Bostezos*, tuvieron en gran parte un origen sentido, fueron la expresión grave de un estado de su ánimo, disimulado más tarde con un aditamento festivo, en que se burlaba de sus propios sentimientos.

Tal es el origen de *Moneda falsa*, de *Fuego y agua*, y hasta de los versos insertos en la preciosa sátira *En horas negras*. Sé, por confesión del mismo autor, que escribió estos últimos, dirigidos á un amigo, abogado en sollozos, en un momento supremo de su vida. ¿Quién hubiera pensado jamás, oyéndoselos recitar en nuestros salones, con la chispeante naturalidad que le era propia, que en cada uno de esos versos arrojaba el desgraciado joven pedazos de un corazón tan lacerado como el suyo?

Sus amigos lo sabíamos únicamente, y mientras todos reían de aquel *exagerado* romanticismo, nosotros sentíamos resonar en el alma estrofas tan sinceras como esta :

Como un viajero en el desierto polo,  
Cautivo en cárcel de perenne hielo,  
Así me veo en miserable duelo,  
Así de triste y solitario estoy !  
Pero en el polo, boréal aurora  
Brilla, aunque brille para huir ligera. . . .  
*¡ En mi la noche sin descanso impera,*  
*Cautivo eterno de la sombra soy !*

Lejos, pues, de confundirse con la acerada sátira, era el humorismo de Lussich una sonrisa ligera en los labios, amarga en el alma.

Así, para engañar al vulgo, enemigo en todo tiempo del genio, se burlaba de la poesía y los poetas, él que tenía predilecciones entusiastas por Leopardi ( su autor favorito ), por Stechetti, por Carducci, por Musset y por nuestro Andrade; él, que era una naturaleza artística, un haz de nervios constantemente herido por vientos armoniosos.

Forman parte de los *Bostezos* dos composiciones festivas que son, sin duda alguna, de lo mejor que en su género se ha escrito entre nosotros, sin exceptuar algunos versos populares de mérito, como el *Gobierno gaucho* de Del Campo y *La encuhetada* de Ascasubi. Me refiero á las tituladas *Laureles* y *Mea culpa*.

Reune esta última á la galanura del verso y el pincel, tan chispeante ironía, que cualesquiera que sean las creencias religiosas del lector, fuera falta de equidad y justicia, en cuanto al juicio literario se refiere, desconocer la viveza del cuadro y la in-

tensidad de la sátira. Véase cuanta gracia y frescura en estas pinceladas:

De cuando en cuando, en inspirados éxtasis,  
Ojos en blanco, la mirada al cielo,  
De cristiano fervor henchida el alma,  
El pensamiento de la tierra lejos,

La veste suelta en abandono místico,  
Cantarás algún salmo, algunos trenos ;  
Y yo el rosario rezaré á tus plantas . . . .  
Pero á tus plantas, que si no, no rezo !

*Laureles* es la mejor de las composiciones festivas de Lussich, y lo es, no por la versificación, que peca de desmañada, sino por el realismo de la pintura, y sobre todo, por lo incisivo del pensamiento. Su lectura será siempre saludable para los jóvenes que entre nosotros, tentados de la sirena de la gloria, (de nuestra modesta gloria *municipal*), se dan á la producción literaria, corriendo en pos de fáciles triunfos, y hacen versos con el mismo tesón y la facilidad misma que el zapatero, zapatos.

De mi sé decir, que toda vez que se me habla de glorias y laureles, pienso fatalmente en *las telarañas del atillo* . . .

Bajo el título de *Crónicas dramáticas*, figura en la colección una serie de artículos á propósito de representaciones de este género. Producto todos ellos de la impresión de una noche de teatro, no son, ni han podido ser, estudios serios de las obras de que se ocupan, ni deben tomarse como juicios definitivos de autores y actores; pero, aun así, fuera de ser lectura amena, revelan la imparcialidad de su autor y el espíritu analítico de que estaba dotado.

Tenia Lussich predilección por la crítica y el género dramático, y era exigente hasta la severidad en tratándose de estas producciones. Amaba la verdad en el arte, y si perdonaba al poeta lírico algún vuelo sobrehumano, alguna ficción de la fantasía, condenaba irremisiblemente en la obra dramática el mínimo detalle que se alejase de la verdad humana, común, casi vulgar. La suprema belleza en el teatro no era para él ni Hamlet, ni Segismundo, ni Tartufo, por lo que tienen de simbólico, no obstante su grandeza : lo era *El alcalde de Zalamea*, y aún el más modesto tipo de comedia, á condición de que no se apartase un ápice de la vida ordinaria.

Despreciaba la zarzuela española y el *vaudeville* francés, y como Ricardo Wagner, hablaba desdeñosamente del estado actual del teatro lírico, no obstante ser apasionado por la música.

Tales ideas están de acuerdo con este párrafo suyo : «Yo concibo la obra dramática como la obra literaria más difícil, porque el teatro, por la circunstancia de ser una expresión *viva* de la vida, se halla más que ningún otro género, en la precisión de ser *copia exacta de ella* ».

Esta manera de considerar la verdad artística en el teatro, aunque hartó común en nuestro tiempo, (en que todos estamos contaminados de *naturalismo* y expuestos á empequeñecer el arte) es, sin embargo, discutible.

Efectivamente, si por verdad real se entiende cuanto acontece dentro de la naturaleza, cuanto carácter puede humanamente existir, nada habría que observar; pero es que los celosos de la verdad en el arte, apasionados de esta hermosa causa, suelen llevar tan lejos sus exigencias, que restringen el

campo de lo real para dar sitio sólo á lo vulgar, á lo que sucede todos los días, á los caracteres con que á cada momento nos codeamos.

La naturaleza de Bolívar, súbita, deslumbradora, hiriente como el rayo; y á su vez, la serena y matemática de San Martín, ( y vayan ambas personalidades como ejemplo ), no encuadrarían bien en el marco estrecho de tales comedias, ni serían jamás en el teatro *copia exacta* de la generalidad de los hombres.

Por encima de las acciones comunes, y para honra de la humanidad, existirá siempre el gran drama, lo excepcional, lo magnífico, lo que puede no ser copia de la vida ordinaria, pero que es tan real y positivo como el más vulgar de los hombres ó de los hechos. La dificultad estriba sólomente en que para medir la talla de los Césares se necesita la altura de los Shakespeares. Bueno será el análisis atómico, y con pretensiones científicas, del barro humano, á la manera de Zola; bueno es también dejar de lado la exageración romántica; pero no hay que huir tanto de las brasas que se caiga en el hielo.

Llego ya á la obra más completa de Lussich, á la única publicada por él: *La pluma alegre*.

Esta colección de artículos humorísticos, que obtuvo el aplauso unánime de la prensa de Buenos Aires y Montevideo, y cuya edición de mil ejemplares se agotó en poco tiempo, es su mejor título literario y la más acabada muestra de la altura á que estaba destinado su talento.

Críticas sociales, descripciones de la naturaleza, pintura de caracteres y costumbres, sátiras y romances, fluyen de su pluma con abundante facilidad. Corre el lenguaje con gentil desenvoltura.

palpita la palabra, sonriese la frase, indiscreta alguna vez, pero fresca y galana y juguetona como indócil muchacha de quince años.

La misma observación de la naturaleza, débil ó escasa de novedad en los versos de Lussich, adquiere en *La pluma alegre* intensidad y relieve, y suspende al lector de vez en cuando ante la belleza del paisaje americano.

Entre los artículos descriptivos, y aun entre todos los de esta obra, llévase la palma, sin género de duda, *Un paseo á caballo*. Yo no sé, á la verdad, qué admirar más en ese romance, si la pintura de los alrededores de Montevideo, el idilio que el autor nos cuenta al trotar de su caballo, ó el arte exquisito con que abandona á cada instante la narración para hacernos contemplar, ya el viejo pontón desmantelado, ayer gallarda nave; ya un sitio histórico, de gloriosa ó fúnebre memoria; ya el Cerro de Montevideo, donde el aire es tan fresco « que parece que lava la cara »; ya la playa de los Pocitos, donde, para deleite de los ojos, acaba de abandonarse á las olas hermosísima bandada de bañistas.

Si fuera incitado á señalar, después de *Un paseo á caballo*, el mérito subsiguiente de los demás artículos de *La pluma alegre*, ciertamente me hallaría perplejo entre *En horas negras*, *Célebre y mártir*, y *El dulce y el oro*.

En todos ellos campea la cualidad primordial del talento de Lussich: el examen rápido, la vista clara, tratándose de la faz débil ó ridícula de las cosas. Pero, como he observado antes, censuraba los defectos sin acritud, burlándose de ellos casi afablemente, más con intención de corregir que de fustigar. La misma ironía, frecuente en sus escritos,

conserva en su pluma un sello que pudiera calificarse de infantil, porque á lo picaresco reúne cierta descuidada gracia en el lenguaje.

Cumplida ya la misión que amigos comunes me impusieron, sólo me resta entregar estos ensayos literarios, y con ellos el nombre y la memoria amada de Juan Lussich, al público de ambas márgenes del Plata, que, como en vida del autor, sabrá tributarles sus aplausos, y lo que vale más en estos momentos, acompañar á su familia y á sus amigos en el duelo tristísimo que les embarga, deteniéndose una vez más ante esa tumba regada con sus lágrimas.

RAFAEL OBLIGADO.

Buenos Aires, Diciembre 15 de 1885.

---



*A mi madre adéptica*

# *Maria F. de Pereira*

*Para ti soy todo; por ti soy algo.*

*Juan Lussich.*



# DEBILIDADES DE AUTOR

---

## SILENCIO

Yo era ya un hombre sin ilusiones,  
que en los placeres no hallaba encanto,  
pero de pronto volví á ser niño,  
plácida víctima de un amor casto.

Y desde entonces, en mi cerebro  
los pensamientos deseché insanos,  
y mis acciones y mis palabras,  
todo hice puro, todo hice santo!

Y era el poeta de las ternuras,  
de los ensueños y los halagos;  
y eran mis versos todos imagen  
de ondas y brisas, flores y pájaros.

Pero ¡ay! la virgen que yo adoraba,  
nunca me quiso... ¡todo fué en vano!  
y por el culto de amor tan puro,  
¡cuánto he sufrido! ¡cuánto he llorado!

Y tú que sabes toda esa historia,  
tú que procuras ir la borrando  
con tus caricias, ¿por qué me miras  
y me preguntas cuánto te amo?

¡ Ah! no me pidas vanas palabras;  
noble silencio cierre mis labios:  
no, no remuevas viejas cenizas;  
no me preguntes cuánto te amo!

### Á ESPAÑA ( 1 )

Tu nombre es nombre que el honor entraña;  
tu gloria es gloria que al olvido aterra;  
tu brazo es brazo que en gigante guerra,  
del mundo entero doblégó la saña!

Yo la mirada, generosa España,  
tendí á la historia que el pasado encierra,  
y cual tú no encontré ninguna tierra  
que alumbrara el fulgor de tanta hazaña!

¡ Y aún quiero más! ¡ No colmas mi deseo!...  
te falta un lazo de primor galano  
que una tus lauros en feliz trofeo.

Llenarás mi ideal, si el soberano  
himno de triunfo levantar te veo  
tremolando el pendón republicano!

\*  
\* \*

( STECCHETTI )

¡ Oh pobre flor en la maleza oculta,  
flor entre sombra y soledad crecida,

( 1 ) Este soneto obtuvo el primer premio de su tema, en los  
gos Florales celebrados en Buenos Aires el 12 de Octubre de

eres como mi amor infortunada,  
eres como mi amor desconocida.  
Sin un rayo de sol mueres herida  
por las espigas del zarzal umbrío,  
y sin un rayo de esperanza muere  
ignorado mi amor... ¡Pobre amor mío!

## CAPRERA

(FRAGMENTO)

Cuando el himno feliz de la victoria  
la electrizada muchedumbre canta,  
el premio ansiando de su esfuerzo y gloria,  
hacia ella guía el adalid su planta.  
De Garibaldi la grandiosa historia  
con ejemplo más digno se abrillanta:  
combate... vence... y á gozar tranquilo  
va de su triunfo en solitario asilo!

Torna en fin el soldado valeroso  
al suspirado hogar de sus amores,  
do en horas trueca de feliz reposo  
tantas horas de afán y de dolores.  
Ya es realidad su ensueño; ya gozoso  
puede á Italia ver libre de opresores;  
ya excelso campeón cruzó ambos mundos  
sembrando triunfos para el bien fecundos.

Pero ¡ay! cuando halla un calmador remanso  
á las corrientes del vivir bravías,  
cuando le ofrecen con halago manso  
dulce vejez sus postrimeros días,  
cual nos incita al sueño y al descanso,  
en las mañanas del invierno frías,

muelle calor de regalado lecho,  
viene entonces la muerte á helar su pecho!

Y un ósculo de dulce despedida,  
cuyo vibrar es de sonido eterno,  
la tierra imprime á la brillante vida  
del héroe, en prenda de su amor materno;  
que él alentaba de virtud henchida  
un alma noble con anhelo tierno,  
y lucir pudo su triunfante espada  
nunca en defensa criminal manchada!

### RECONCILIACIÓN (1)

Mi joven Patria en el laud del bardo,  
así le canta á la materna España:

—Dulce rocío de cariño baña  
mi alma, ya libre de rencor bastardo.

¡Dame tus brazos! Con afán te aguardo.  
La nùbe olvida que el pasado empaña.  
Yo, de aquel fuego de vehemente saña  
con que luchamos, ni cenizas guardo.

Unamos nuestras dichas y pesares;  
irradie nuestra mente igual idea;  
conduzca nuestra vida igual fortuna.

Hilo eléctrico enlaza nuestros lares:  
¡santa fraternidad otro hilo sea  
de eterno amor que nuestras almas una!

(1) Este soneto obtuvo un diploma de honor en los J Florales celebrados en Buenos Aires el 12 de Octubre de



Si tú supieras, hermosa niña,  
cuánta nobleza tengo en el alma,  
cuánta ternura, que altivo oculta  
mi rostro adusto... quizá me amaras!

Si tú supieras cómo es de triste,  
cómo está llena de horas amargas  
la oscura vida de tu poeta,  
tuyo tan sólo, que á ti sólo ama...

Si tú supieras que acaso el germen  
de algo muy grande bulle en su alma,  
caos gigante que espera el *fíat*  
de una amorosa dulce palabra...

Si tú supieras cuánto ambiciona,  
si tú supieras cuánto te ama...  
Mas, qué valiera! Sabes que es pobre,  
muy pobre, niña, y eso te basta.

## ITALIA UNA Y LIBRE

¡Oh hermosa Italia, Italia seductora,  
de nuestra raza legendaria cuna,  
raza que fué de todas vencedora,  
cruzando el mundo con audaz fortuna!  
Favorita mansión eres do mora  
el Arte excelso, que en tu seno aduna  
tantos prodigios y tesoro tanto,  
que al hombre llenas de divino encanto!

Mas ¿de qué sirve que tu suelo alumbre  
tan espléndida luz?... ¡Aun más resalta

la sombra de tu oprobio y servidumbre!...  
¡Beldad te sobra, pero honor te falta!...  
¡Oh! ¡vuelve por tu honor! ¡alza! ¡rélumbré  
el hierro luchador! ¡Rápida exalta  
de redención hasta la cumbre el vuelo,  
fiera cual ángel vengador del cielo!

Con tu sangre depura tus errores;  
todo se purifica y regenera ;  
hasta el agua del lodo, que en vapores  
ténues se eleva á la celeste esfera,  
cuando de la tormenta á los furores  
las gasas de la nube pasajera  
bajan de lluvia en mil girones rotas,  
vuelve á la tierra en cristalinas gotas!

No es ilusión... Su lábaro levanta  
del fango vil que su color destiñe;  
arranca de su sien con ira santa  
la corona de espinas que la ciñe;  
corre al combate con resuelta planta,  
y en sangre indigna de opresores tiñe  
la espada aquella que heredó de Roma  
y el brillo antiguo entre sus manos toma.

¿Vencerá?... ¿No será quizá su suerte  
cual la del ave que al huir ufana  
de su prisión, el huracán convierte  
en triste objeto de su furia insana,  
y en vano se fatiga sin que acierte  
á recobrar, cual lo soñó liviana,  
su primitiva libertad de vuelo,  
y al fin, rotas las alas, rueda al suelo?...

¡No! — Hay un genio político profundo,  
que cual piloto vencedor del viento,  
la encamina: es *Cavour*; alto y fecundo,  
de *Mazzini* la alumbra el pensamiento;

y *Garibaldi*, el estupor del mundo,  
el idolo del libre, su ardimiento  
y su marcial intrepidez le imprime  
en lucha ardiente, colosal, sublime!

¡Hosanna! ¡Italia es una!... Rodó el ara  
de los tiranos en la heroica guerra;  
la ominosa y teocrática tiara  
ya no es corona en la latina tierra;  
y foco es Roma, la ciudad preclara,  
de la luz toda que la Italia encierra,  
de Italia que recobra, en nueva vida,  
tanta grandeza y majestad perdida!

Recobra su esplendor, que en servidumbre  
sólo se vió cual vaga nebulosa:  
luchó por elevarse á la alta cumbre  
de libertad, y estrella fué dudosa:  
lucero, en fin, de soberana lumbre  
es hoy, que al mundo puede ya orgullosa  
decir que en toda su región impera  
nada más que una ley, que una bandera!

•  
\* \*

Si quieres, niña, riete,  
festeja tu perfidia,  
festeja mi dolor;  
pero éste tiene límites:  
enfermo está, no muerto,  
por ti mi corazón.

Nace una flor, marchitase,  
pero del mismo tallo  
surge otra flor después.

Nace un amor, acábase;  
pero del mismo pecho  
surge otro amor también.

## LUCHAS CIVILES

(FRAGMENTO)

Del viejo mundo el corazón ya estaba  
por las pasiones enervado y frío,  
cuando de pronto con vehemente brio,  
renació en él su juvenil ardor.  
Fué que las gracias de la bella América,  
de intenso amor estremecer le hicieron...  
Cedió la virgen á su halago... y fueron  
varias naciones fruto de ese amor.

Entre esas hijas de la madre América,  
tan desgraciada como hermosa, hay una  
á quieñ los mismos de que ha sido cuna,  
muerte pausada en su furor le dan.  
¡Ah! ¡qué angustioso es su vivir!... La espada,  
cuando allí no es de muerte mensajera,  
siente la mano en avizora espera  
puesta en su pomo con siniestro afán!

¡Región divina, donde nacen bardos  
en cuyas liras el encanto vibra,  
donde hay guerreros de alentada fibra,  
donde hay tribunos de elocuente voz!...  
Mas todos ellos en contienda estéril,  
(¡fatal discordia que su ruina labra!)  
con la lira, la espada y la palabra,  
hieren su patria en batallar feroz!

¡Qué hermosa tierra! En homenaje amante

van á sus playas majestuoso Plata,  
manso Uruguay, y bramador Atlante,  
el vaivén de sus olas á calmar;  
y á porfía la estrechan, porque ansiosos  
la preferencia de su amor codician,  
y con besos de espuma la acarician,  
de sus cantos al vago murmurar.

La luz primera que alumbró mis ojos  
no fué la luz de su brillante cielo,  
pero mi cuna se meció en su suelo,  
y nueva patria me brindó su amor.  
Allí tengo el hogar de mi ternura,  
lo que más amo en esa tierra tengo,  
por eso lloro su infeliz ventura,  
por eso su dolor es mi dolor!

\*  
\* \*

¡No me taches de altivo, amada mía,  
pero yo te lo juro: no hay poeta  
que tenga mente y corazón más grandes  
que yo sobre la tierra!  
Yo te lo juro: no hallarás un alma  
como la mía de salvaje y tierna,  
que como ella de pasiones viva,  
que sepa amar y aborrecer como ella!

\*  
\* \*

Niña gentil, dame un beso.  
Torne el hombre, al aspirar  
tu perfume de inocencia

á la infantil dulce edad.

Dame un beso. No te asalte  
la vergüenza ni el temor,  
que yo besaré tus labios  
como quien besa una flor.

### Á UN CALUMNIADOR

Fija la muerte inexorable un plazo  
á la existencia del humano sér,  
y á sus afectos la inconstancia, fija  
un término también.

¡Cruel es la muerte! Mas (verdad amarga)  
es la inconstancia mucho más cruel!  
Antes que el hombre sus afectos mueren,  
que es todo amigo á la amistad infiel.

¡Qué desengaño ha desgarrado mi alma!  
Tú, que mi amigo te llamaste ayer,  
con lengua de serpiente emponzoñaste  
mi nombre, un nombre que jamás manché!

Me has cubierto de lodo. Pero luce,  
luce despues de la tormenta el sol,  
y seca el lodo, y lo convierte en polvo,  
que en su vuelo arrebatara el aquilón!

Yo te quisiera odiar, pero ¡ay! no puedo:  
mi alma no tiene nada más que amor.  
No esperes mi venganza... mas no esperes  
tampoco mi perdón!

### ENVIANDO MI RETRATO

El arte pudo retener la imagen,  
mas no arrancarme la expresión del alma.

Mira la imagen. En mis ojos brilla  
con dulce luz una feliz mirada.

¡Mienten mis ojos,  
porque es mi alma  
piélago inmenso de febriles sueños  
do siempre ruge tempestad airada!

## LA RUPTURA

Con el pecho oprimido, y en los ojos  
pronta á rodar una rebelde lágrima,  
una mano en la frente, otra en la pluma,  
voy á escribirte mi postrera carta.

Breve será: tan sólo  
es un adiós, pero un adiós eterno,  
de esos que el alma tras de si se llevan,  
de esos que sólo se les da á los muertos!

¡Ah! ¡si supieras qué dolor me abrumba!...  
Aunque ya no me quieras, tu memoria  
abre un momento á los recuerdos, abre,  
vuelvan á ti de nuestro amor las horas,  
piensa en aquel carácter  
reconcentrado y noblemente altivo  
que tantas veces consolaste amante,  
y verás si es dolor el dolor mio!

Es algo superior á humana fuerza,  
es algo que me oprime y ahoga el alma  
con la misma dureza que inflexible  
una mano de hierro la garganta!  
¿Qué te diré?... ¡No sé! Mi pensamiento  
se oscurece, y como es por la vez última,  
tendría que decirte tantas cosas!  
que está indecisa en el papel la pluma.

¿Qué te diré?... ¡No sé! ¡Me estoy muriendo!  
Cuando se liga á una mujer un hombre,  
como yo á tí, con tan estrecho lazo,  
no sin dolor, dolor mortal, lo rompel

Laten mis sienes con violencia, cruza  
por mi cerebro en confusión la idea,  
á manera de lívido relámpago  
entre tiniebla densa;  
y dentro de él, como un rumor de voces  
enfebrecido siento:

pájaros mil que revolando en torno,  
cantaran todos sin cesar y á un tiempo.

Pero no temas que en querella débil  
vaya á expandirme, ó en dicitario torpe.  
Yo no puedo gemir: soy hombre fuerte;  
yo no puedo insultar: soy hombre noble!

Adiós. Tú ya en mi corazón no existes:  
en la flor del amor para mí has muerto.  
Muera también yo para tí: no vaya  
jamás tu pensamiento  
á recordarme con amor ni odio:  
ni yo vivo en tí más, ni tú en mí vives.  
No te preocupes de si enfermo y solo  
pueda yo estar, y en mi delirio ansie  
un mendrugo de amor, solo un mendrugo,  
para mi alma de cariño hambrienta!  
Soy digno: en el silencio  
devoraré mis penas.

Adiós. Yo te perdono.  
Pero si á hallar en tu camino vuelves,  
como la mía, soñadora, altiva,  
un alma sola que en silencio lleve  
— triste soldado inválido  
cn plena juventud — las cicatrices

de tanta herida recibida, ¡tanta!  
con estoicismo pertinaz, sublime,  
en una lucha por la vida, heroica;  
respétala, respétala:  
no cruel en reabrirselas te goces,  
haciendo así que nuevamente viertan  
la sangre del dolor; no la despojes  
de su última ilusión. Mira que acaso  
esa alma melancólica, desnuda  
está de cuanto es sobre el mundo halago,  
y que esa ilusión última  
era el único abrigo que tenía  
para arrostrar, desesperada y loca,  
las tempestades de la ingrata vida!

Con un deseo abrasador, vehemente,  
doy término á esta carta.  
Quisiera verte leerla, y si sobre ella  
no has estallado en un raudal de lágrimas,  
es que tu frío corazón no tiene  
ni una fibra siquiera de ternura,  
es que no es de mujer, es que no siente!  
¡Adiós, por la vez última!  
Pero antes oye aún una palabra;  
es un consejo, un cariñoso ruego,  
que te haré en nombre del recuerdo triste  
de nuestro amor ya muerto.  
Tu vida, cual balanza  
sin fiel, está en oscilación perenne.  
Fijale el equilibrio: abre los ojos:  
mira á tus plantas la fatal pendiente!

\*  
\* \*

Como en sudario funeral envuelta,  
un hombre lleva entre su cuerpo el alma;  
era el amor de su vivir la esencia,  
y amor, amor le falta!

Tú sabes, niña, quién es él; tú sabes  
la oscura historia de su vida ingrata,  
y que no hay oro ni placer ni gloria  
para tristeza tanta!

¡Ay! también sabes que tu amor sería  
para su vida fecundante savia,  
que en ella hiciera de perenne dicha  
brotar la flor lozana!

¡Oh! ¡Cuándo el día lucirá risueño  
en que él escuche la gentil palabra  
del labio tuyo murmurarle amante:  
— ¡Alma infeliz, levanta!

## VOLVERÉ

Leo tu carta... la releo... En vano  
mentirme quieres y mentirte á tí.  
Me amas: lo veo... He contenido el labio:  
iba á besarla, sí.

Quieres que vuelva, que mi amor de nuevo,  
flor deshojada por tu mano ayer,  
al dulce riego de tu amor renazca,  
se yerga en mí otra vez.

Fué tu ofensa crüel. Aun tu poeta  
tinto en la sangre del dolor está.  
Su noble y puro corazón heriste,  
heriste sin piedad!

Yo te perdono, sí, porque te quiero,  
porque te quiero con amor sin fin,  
porque eres en el mundo el alma única  
que me ha hecho ser feliz!

Pero feliz un breve instante sólo,  
como jamás lo volveré á tener:  
¡ toda la dicha de la tierra, toda,  
reconcentrada en él!

¡ Ah! ¡ si supieras qué terrible angustia  
aquella noche de rencor sentí!  
Negra, como su sombra, estaba el alma,  
triste como el morir!

Yo que no había en mi salvaje vida  
nunca podido de dolor llorar,  
por mi mejilla, como plomo hirviendo  
sentí el llanto rodar!

Yo volveré. Pero no soy ya el mismo:  
hay un perdón entre nosotros dos;  
y tu amigo seré, seré tu hermano...  
pero tu esclavo, no!

## ANSIEDAD (1)

(FRAGMENTO)

Le he escrito. No contesta.  
Seis horas há que espero

(1) Estas estrofas forman parte de una composición dejada en borrador por Lussich, escrita dos ó tres días antes de morir. Apenas ha sido posible tomar del borrador estos pocos versos, que ponen de manifiesto el estado de su espíritu en aquellos momentos. Lo demás es incoherente y casi ilegible.

con el alma y el físico en desorden,  
acostado vestido sobre el lecho.

Llega por fin la carta,  
y ¡oh dicha! ¡oh rabia! Leo,  
leo la carta, y dice:

—«¡ Ven, que me estoy muriendo! »

.....

Mujer que tanto amaba  
y que tanto me amaste: yo me muero;  
yo soy quien digo ahora:

—«¡ Ven que me estoy... » ¡ No, nunca!  
¡ Antes morirme que humillarme quiero!



# BOSTEZOS

---

## MONEDA FALSA

Nacer para una vida  
de flores y de ensueños ;  
sentir en el cerebro las ideas  
agitarse en rebeldes aleteos ,  
como aves prisioneras ,  
de alas de luz y fuego ,  
que ansían libre espacio  
para soltar el vuelo...  
¡y tener en la lucha por la vida  
que dejar extinguir la luz del estro ,  
entregando á una estúpida tarea  
el soñador cerebro !

Sentir dentro del pecho los latidos  
de un corazón inmenso ,  
vehemente por lo grande ,  
sensible por lo bueno ,  
que responde al dolor del alma extraña  
como á la voz el eco...  
¡y que del mundo el egoísmo sea  
quien lo asesine indiferente y necio .

ahogando en soledad muda y sombría  
su generoso anhelo!

Ser fuerte, ser brío,  
de sangre juvenil sentirse lleno...  
¡y en la edad del placer odiar la vida,  
y amar la muerte con febril deseo!  
¿Hay más, hay más aún?

¡Ya desbordarse  
la henchida copa de la pena siento,  
llenando de amargura  
el oprimido pecho!

Y tú, mujer querida, tú que sabes  
que una palabra de cariño tierno  
pudiera ser la tabla salvadora  
de mi naufragio horrendo;  
tú, mundo entero para mí, resumen  
de hogar, y patria, y cielo...  
¡oyes mi grito de socorro, llena  
de indiferencia y de desdén supremo!

.....

Aquí soltó la pluma  
el que escribía tan sentidos versos;  
alzóse del asiento, sonrióse;  
restregóse las manos satisfecho;  
y en seguida, á manera de quien canta,  
y de quien canta mal, y haciendo gestos  
y extrañas contorsiones...  
en fin, como si fuera un epiléptico,  
se puso en alta voz á declamarlos.

Volvió á sentarse luego;  
los puso en limpio; los mandó á su dama:  
(la dama de sus tristes pensamientos);  
corrió al diario después; y precedidos  
de un bombástico elogio se imprimieron.

(Elogio escrito de su puño y letra).  
Y el público, al leerlos,  
el muy burro del público, decía:  
— ¡Qué poeta de tanto sentimiento!

## FUEGO Y AGUA

Playa de los Pocitos, Diciembre 4 de 1883.

¡ En vano el Plata en murmurantes olas  
entre yo y tú su inmensidad dilata!  
Un himno siempre el corazón, un himno  
de idolatría, en su latir te canta!  
¡ En vano sigue su carrera el tiempo!  
¡ Como hoy te quiero, te querré mañana!  
Para el amor de tu leal poeta,  
no hay olvido, no hay tiempo, no hay distancia!  
Sin tí, hallo todo en derredor vacío,  
todo helado y sin luz, todo es tristeza!  
y no siendo en tu amor, no pienso en nada...  
ni aún en la gloria, mi gentil quimera!  
¿ Y de qué sirve de la gloria el lauro,  
el dulce lauro, al triunfador poeta,  
si no lo ciñe á su radiante frente  
la mujer de su amor con mano trémula?  
Tengo el cerebro en un perpétuo sueño,  
y ese sueño eres tú, sueño dorado!  
Vaga en mi labio, y lo perfuma, un nombre,  
y es que á mis solas con amor te llamo!...  
¡ No hay olvido, no hay tiempo, no hay distancia...  
¡ Te lo juro, mi bien!... Y sin embargo,  
tanto fuego de amor quizá se extinga!  
¡ Son tan frescas las aguas de estos baños!

## ¡ MEA CULPA! (1)

Yo, — el que te dije ayer, cuando marchabas á mostrar tu carita en el Congreso, que renunciaras á mi amor por siempre, — hoy á cantar la palinodia vengo!

Tú, — la que entonces replicaste altiva que por *impío*, y *liberal*, y *ateo*, per sécula sin fin me olvidarías, — perdona ahora mi impiedad, te ruego!

(1) A fines de Agosto de 1883, la lucha religiosa había tomado un carácter tal de efervescencia en Buenos Aires, que era el tema obligado de la prensa, del gabinete, de las Cámaras y hasta de las conversaciones más sencillas.

Los clericales habían querido hacer pasar en el Congreso, con su astucia de siempre, á la sordina, una ley que votaba la educación ultramontana. Felizmente la cosa no pasó.

Entonces recurrieron á su arma predilecta, — al sexo bello, — haciéndole tomar parte activa en el asunto.

Organizaron una especie de procesión femenina, que partiendo de casa del Dr. Lamarca, en la calle Alsina entre Perú y Bolívar, se dirigió al Congreso, — que estaba en ese momento de Asamblea, — para presentar á los padres de la Patria en propia mano, una solicitud, pidiendo, á título de madres de familia, la educación clerical para sus hijos.

Pero no iban las madres solamente. Iban familias enteras, desde la abuela hasta la recién nacida.

¿Cómo no vacilar los severos guardianes de la ley ante aquella avalancha de gracias y hermosura?

¡Desisto de mi error! Me he convencido.  
Fué *Voltaire* un bufón, *Diderot* un necio;  
y pasado con armas y bagajes,  
á *Nicolas* y á *Dupanloup* me entrego!

¡Vuelva tu amor á iluminarme, vuelva,  
que confesarme y comulgar prometo!...

¿Ya no te he confesado el amor mio?

¿No he comulgado ya tus juramentos?

¡Cómo leeremos en las noches frias,  
los dos sentados al amor del fuego,  
esas tiernas historias de la Biblia,  
de alta moral y de virtud ejemplos!

Y no fueron á la barra, no, señor. Entraron en el salón de sesiones; y la que hacia de jefe, despues de una ligera alocucion, entregó la sollicitud al Presidente, que temblaba de pies á cabeza como un reo.

Mientras tanto, las niñas y las damas subalternas, sostenian con los padres de la Patria breves dialogos sociales, algunos de los cuales eran impagables en un sitio como aquí.

Una de ellas, nutrona de hermosura celebrada, pregunta al señor C..., senador empedernidamente liberal:

— ¿Cómo lo pasa C...?

— Muy bien, señora.

— ¿Y su esposa? ¿Cómo no ha venido?...

Y agrega con sonrisa de reproche:

— ¿A que usted no la ha dejado?

El senador, con sorna y galanteria á un mismo tiempo:

— No, señora: nada de eso. Son sus hijos los que no la han dejado salir, porque como donde ella vela por ellos es en casa....

(N. del A.)

¡Aquel casto *Cantar de los Cantares!*  
¡los amoríos de *David* aquellos!  
¡y aquel caso de *Lot!* y... ¡Basta, basta!  
que casi lloro cuando pienso en eso!

De cuando en cuando, en inspirados éxtasis,  
ojos en blanco, la mirada al cielo,  
de cristiano fervor henchida el alma,  
el pensamiento de la tierra lejos,

la veste suelta en abandono místico,  
cantarás algún salmo, algunos trenos;  
y yo el rosario rezaré á tus plantas...  
pero á tus plantas, que sinó no rezo!

Tomaré agua de Lourdes por barriles,  
en letanías compondré mis versos,  
y hasta leeré *La Unión*, si me lo exigés...  
¡aunque imposible esa exigencia creo!

Todo eso y más haré... Pero entretanto  
que Lucifer en el temido infierno  
enciende, lleno de placer, el horno  
que ha de abrasar á esa legión de ateos;

ahora que el alma, cual de luz, bañada  
de beatitud y misticismo siento...

¡vén á mis brazos, y en mi ansiosa boca  
con católico amor imprime un beso!

## EPIGRAMAS

( EN UN ABANICO )

¡Si yo fuera este abanico...  
¡qué cerca de ti estuviera!  
¡qué alegre fuera mi vida  
al verme en tus manos bellas!

¡ Si yo fuera este abanico...  
Pero no : no quiero serlo.  
¡ Qué triste fuera mi vida  
viéndome lleno de versos !



Un padre de familia, del gran lujo  
que gastaban sus hijas se quejaba.  
—« ¡ Yo no puedo ya más ! — dijo á su esposa. —  
¡ Esas niñas así me sacan canas ! »  
Y su mujer repuso,  
con aire de extrañeza la taimada :  
—« Pues, hijo, me sorprendo  
de no verte ninguna de esas canas. »  
—« ¿ Pues digo acaso yo que me las ponen ?  
¡ Digo que me las sacan ! »



Un cesante se hacía este monólogo :  
—« ¡ *Quien calla otorga!*... ¡ Qué refrán tan necio !  
¡ Vaya usted á fiarse en lo que llaman  
ciencia y saber del pueblo !  
¿ Pues no mandé pedir, hace ya días,  
á un amigo unos miseros cien pesos ?  
¿ y no ha callado como un muerto el tuno ?  
¿ y no he tenido que pasar sin ellos ?

## LAURELES

Yo tengo la manía de hacer versos  
(y eso que soy un hombre muy pacífico),  
cosa hasta cierto punto disculpable,  
si se atiende á que son inofensivos.  
Los hijos de mi ingenio serán feos...  
desgarbados... anémicos... raquíuticos;  
pero son bonachones, inocentes:  
nunca dañan á nadie en lo más mínimo.  
Ni son sentimentales,  
ni heróicos, ni políticos,  
ni reniegan del mundo... no hacen nada...  
apenas son festivos.

Pero una vez la cosa fué muy seria,  
la manía llegó á su paroxismo:  
me puse á componer un canto épico,  
pero de corte nuevo, un tanto lírico.

Quando está el hombre en este estado — créanlo —  
de compasión es digno.

El ruido lo exaspera:  
todo le da fastidio.

Anda de un lado para otro... párase...  
habla consigo mismo...

gesticula... medita... ¡y Dios nos libre,  
si á alguno se le ocurre interrumpirlo!

¡Su boca echará sapos y culebras,  
sus ojos fuego vivo!

Mi casa es un loquero.

Yo, pues, para estar lejos del bullicio,  
y entregarme del todo, en cuerpo y alma,  
del estro á los delirios,  
me dirigi á un atillo, allá en el fondo,

de cachivaches empolvado asilo.

No sabría decirles cuanto tiempo estuve en aquel sitio.

¡Uf! ¡qué tremenda inspiración tenía!

¡qué raptos de lirismo!

Sudé, me revolqué, me así del pelo...

y en fin, di tales gritos,

que el vecino de al lado vino á casa

á preguntar quién era el asesino.

Y en casa, con palabras evasivas,

y que el perro, y que el gato, y que los niños,

podieron despedirlo, y el buen hombre

se fué por donde vino.

(Esto, según después me lo contaron,

cuando más tarde, el canto concluido,

bajé de mi Parnaso,

es decir, de mi altillo!

porque en casa ya saben: si compongo...

huyen de mi como del diablo mismo!)

Pero volvamos para atrás. Cuando hube

dado fin á mi canto épico-lírico,

recogí febriciente las cuartillas,

y á bajar me dispuse del altillo;

y áun cuando es la escalera tan pendiente

que su descenso ofrece algún peligro,

yo la bajaba sin cuidado alguno,

que no estaba mi espíritu

para pensar en cosas de la tierra!

Y bajaba soñando.

Entre el rúido

de vitores y aplausos y rompiendo

la orquesta en triunfal himno,

yo me hallaba de un teatro en el proscenio.

Allí, todo aturdido,

saludaba al buen público agitado  
cual las olas del mar en frente mío!  
Ciñeron en mi frente una corona,  
y yo...

¡Yo pegué un grito!  
Me había dado en los últimos peldaños  
de la escalera, un tropezón tan lindo,  
que casi es obra póstuma  
mi canto épico-lírico!

Me alcé, no sin trabajo,  
porque estaba bastante molidito,  
pero despierto ya, lejos del teatro  
y de aplausos y vitores é himnos.

Pero... ¡cosa más rara!...  
¿era otra vez mi espíritu  
juguete de algún sueño,  
presa de algún delirio?...

¡En mi frente pesaba una corona!  
¡yo me sentía de laurel ceñido!

A la cabeza me llevé las manos;  
y en efecto, algo había... así en circuito,  
como si fuera la corona ansiada...

¡Y eran las telarañas del altillo!

---

# CRÓNICAS DRAMÁTICAS

---

## NOCHES DEL POLITEAMA

### PRIMERA IMPRESIÓN

#### LA DUSE Y ANDÓ

Tener la pretensión de valorar á un artista por una sola representación, por su noche de debut principalmente, en que está bajo la influencia de la duda ansiosa de si el recibimiento que va á hacerle aquel público desconocido, será favorable ó no, — es desatino, es exponerse á examinar en falso resbalando sobre un juicio equivocado. Valórese á un escritor por una sola página de un libro, y es lo mismo.

Así, pues, no es crítica todavía la que puede hacerse de la Compañía italiana que ha debutado el sábado: apenas hemos visto los artistas en una manifestación de su talento, en una sola faz.

No obstante, puede uno adelantarse á decir algo, con tal de poner al final, como los comerciantes, un *salvo error si omisión*, que disculpe el anticipo prematuro de opinión; puede uno concretarse á la simple

exposición de su impresión primera; la que si bien corre el riesgo de ser más ó menos ligera, tiene en cambio la ventaja de ser siempre legítima por lo espontánea, y ajena principalmente, entre otras cosas, á la *costumbre* de ver y de escuchar á los artistas á quienes se juzga.

\*  
\*  
\*

No he leído nada sobre la Duse-Checchi. Tantos chascos lleva uno, que á modo de coraza preventiva, concluye por armarse de un escepticismo tal, que no se le importa un pito de las lecturas críticas.

No he querido leer nada sobre ella. Cuatro ó cinco meses hace ya que su nombre resuena de continuo en nuestra prensa, envuelto en una aureola de bombo descomunal. Juicios de Fulano acá, juicios de Zutano allá, el público de Montevideo llamándola veinte veces al proscenio, el Emperador del Brasil haciéndola ir á su palco para felicitarla, y el empresario, en fin, el empresario, con la imparcialidad que es de costumbre en ellos, enviando de cuando en cuando un telegrama por este estilo, conciso pero aplastante: *Anoche suceso estupendo* (ya no se dice éxito: parece que es muy feo.) *Público arrebatado delirio. Cincuenta veces proscenio.*

Y después llegan las crónicas, y vemos por ellas que el teatro se convirtió en plaza de toros, y que los espectadores arrojaron á las tablas sus sombreros.

Creo que en esto los que ganan son los sombreros, porque lo que es los artistas, más bien corren el peligro de que les den con uno en la cabeza.

Pues sí, oye uno todo eso como quien oye llover, y se encoje de hombros y se dice:

— Puede ser que sea verdad, pero no estará de

más el ponerlo en cuarentena, como medida literariamente higiénica, no sea cosa que suframos el contagio; y puede ser también que no sean más que píldoras doradas, para preparar las tragaderas del bueno del público, cosa que éste después se quede lelo de admiración, y para no ser menos que los otros públicos y darse por entendido en la materia, exclame á boca llena: ¡oh! ¡esto sí que es estupendo! aunque allá en lo interior le cosquillee una protesta á sus palabras mismas.

En cuanto á mí, lo que más me ha decidido á establecerme irremisiblemente la cuarentena crítica, ha sido el solemne chasco que recibí con el nunca bien fustigado Rafael Calvo.

—¡Ahí viene Calvo! ¡Es un genio! ¡Nuñez de Arce le dedica sus poemas para que le haga el bien de leerlos en la escena! ¡Ahí viene! ¡Nunca se ha visto artista más brillante!

Y llega Calvo, y uno asustado va y se prosterna, más que se sienta, en un sillón del teatro, y sale Calvo arrogante como un Júpiter, y Calvo..... Calvo es un artista español. Habla, y su voz es el eco de un tambor; se mueve, y su cuerpo es desgarbado como una vara retorcida; mira, y sus ojos son feroces, tienen un brillo de animal felino. Y la escena es más bien una jaula para él, donde como una fiera se revuelve, gritando y pateando de un lado para otro.

No: es preciso que aprendamos á juzgar por nosotros mismos, sin emplear andadores, que ya somos mayorcitos y bien podemos hacerlo; es preciso que no nos dejemos llevar de las narices por el primer señor de allende el mar que se le ocurra inflar á un actor como un globo aerostático llenándolo del gas de una usurpada fama, para que el otro emprenda

con facilidad el viaje y llegue como entre arcos de triunfo á este país de bárbaros.

¡Oh! También allá se toca el bombo ¡y de qué manera! hasta romper el parche... y creo que demasiado aturridos estamos con el de casa, para importarnos el ajeno todavía.

.  
.

*Fedora*, la pieza de Sardou representada el sábado, es ya muy conocida para decir nada nuevo sobre ella. Luego, no es ese el objeto de estas líneas. Su elección había sido hábil: es una de las mejores del moderno repertorio.

La Duse-Checchi tiene poca voz, y además de tenerla poca y débil, su timbre es desagradable, algo chillón; no puede la artista exaltarse sin enronquecerla, y los gritos de la pasión no siempre han de ser roncós.

Su presencia es regular, y sus movimientos naturales y desembarazados, aunque parece no tener ninguno de esos muy característicos, propios de los artistas de genio, de esos movimientos que son palabras, páginas enteras.

Sus dotes físicas de artista no presentarían nada de notable, sino fuera por sus ojos; ojos de una expresión fascinadora, foco, centro, alma de todo su arte, fúlgida luz de su fisonomía, moviéndose bajo el arco de las cejas con una vivacidad que habla más y con más éxito que todas las emisiones de su voz.

En cuanto á su talento, es mucho indudablemente, pero quizás tiene algo de romántico. Parece apartarse un poco de la naturalidad, y aunque no la incline á hacer nada desagradable, puede inclinarla á hacer algo escaso de verdad. Hace cosas muy bellas, pero que no son como debieran ser.

He creído notar algún leve matiz de exageración en su *Fedora*.

Si así fuera en efecto, si no me equivocara en un juicio tan apresurado como este, sería resultado, no de un vicio de su talento, sino defecto de su poco mundo, del corto conocimiento del corazón humano que ha de tener necesariamente una artista tan jóven como ella.

En una sola frase creo poder resumir por ahora mi opinión sobre la Duse. Donde ha de descollar ha de ser en la representación de caracteres que sean excepciones en la vida.

En cuanto á Andó... si siempre él y la Duse estuvieran como el Sábado, si siempre se les pudiera encontrar en igual grado para compararlos, dejaría de ser galante, lo preferiría á Andó.

Es un artista eximio, de cabeza y corazón: el arte y el sentimiento hermanados, tienen en él manifestaciones espléndidas.

Sus caídas de tristeza, sus arranques de pasión, han sido magistrales. He buscado en él algún gesto, algún movimiento, cualquier cosa que no fuera natural, y no lo he encontrado.

En fin: Andó es de esos artistas privilegiados de quienes puede decirse con entusiasmo, que tienen ante sí ese envidiable porvenir de gloria que á muy pocos es dado conseguir.

Concluyo; pero téngase presente, que además de ser este un juicio á medias, ha sido hecho con el rigor con que los artistas fuera de la esfera de la mediocridad deben ser juzgados, por la misma razón de que se esperan grandes cosas de ellos.

Y ellos, que tienen talento, desdeñan el bombo estúpido de los que no saben más que admirar á ojos cerrados.

## FERNANDA Y LA DUSE

Ayer, al hablar de la representación de *Fedora*, decía que la Duse había estado tan sólo regular, pero que esperaba verla en otra pieza, para poder entonces modificar mi juicio.

Y en efecto, hoy lo modifico. Verdaderamente, la Duse estuvo... estuvo mal en *Fedora* — digámoslo sin ambages, de una vez, — pero en vista de la representación de *Fernanda*, puede decirse que *Fedora* es su caballo de batalla: en *Fernanda* ha estado peor. Apenas hubo una escena (¡una sola en cuatro actos!) en que tuvo algún arranque de artística inspiración. Es en aquella en que Clotilde descubre á Pomerol su proyecto, puesto en práctica, de vengarse del marqués.

¿Y por qué ha sido esto?

Porque, como ayer decía, y hoy afirmo, la Duse es una artista romántica é inclinada, por tanto, á la exageración, y como esa escena ya era un poco exagerada de por sí, tenía que venir perfectamente al molde de su gusto y aptitudes.

*Fedora* es una princesa rusa, sombría, vengativa, de carácter violento, apasionado, con la cólera del eslavo siempre encendida para estallar en su alma. *Clotilde* es una elegante parisiense, también apasionada, pero pasando por el crisol de una civilización más alta que la rusa; algo despreocupada y extravagante, si se quiere, pues por hacer una obra de caridad, se va á meter nada menos que á una casa de tolerancia, sin saberlo, es verdad, pero al saberlo no por eso deja de quedarse en ella; mujer que relegada

al olvido por su amante, también es susceptible á la venganza, y la concibe, pero no la venganza de la rusa, sangrienta y oliendo á bárbara, sino la venganza refinada y culta: en vez de asesinarlo, lo hace casar con su misma rival, porque ésta ha cometido un desliz: he ahí el castigo.

Pues bien: son esos dos caracteres completamente distintos; y la Duse, sin embargo, del mismo modo, con idéntica expresión é igual monotonía del limitado repertorio de gestos y ademanes (como ese de estar restregándose las manos continuamente como quien tiene frío), del mismo modo, digo, desempeña uno y otro.

Es que la Duse sólo interpreta á la Duse. No es Fedora, no es Fernanda: es ella misma; es la artista romántica que en vez de amoldarse á sus roles, amolda sus roles á ella, imprimiéndoles igual fisonomía moral.

Si yo quiero pasar por el vecino de enfrente, no basta con que me apodere de su traje y me caracterice á semejanza suya, sino que necesito mirar, hablar, accionar como acciona, habla y mira: sinó, no seré más que una imitación más ó menos exacta de su físico; pero de su físico, nada más; no seré más que su mitad, por tanto, puesto que la otra mitad, el hombre moral, permanece siendo el mío.

La Duse sólo interpreta á la Duse. Es su temperamento bilio-nervioso el que le inspira iguales movimientos para Fedora y Fernanda. Esas sonrisas sardónicas, esos gestos de otro mundo, esas palabras apenas pronunciadas (casi todo el público se queda sin oírlas, y por eso algunos dicen todavía que es buena), esas pausas sistemáticas que emplea... nada de eso harían seguramente la princesa esclava ni la

condesa parisiense, sino que lo haría la Duse hallándose en su caso.

Y vuelvo á repetirlo; el artista es esclavo de su papel: éste es para él como un traje doble que tiene que ser puesto, por dentro y por afuera, ahogando, envolviendo, ocultando entre sus dos telas la personalidad del artista, como si éste no existiera ni para sí ni para los demás.

Sobre la voz de la Duse, de que ya dije algo ayer, aún hay que agregar más.

El que esto escribe, asiste á sus representaciones colocado á quince metros del proscenio; y no obstante tener muy buen oído, se queda sin entenderle la mitad de lo que dice. ¿Qué será los que están allá en el fondo?

¡Pobre gente! A veces los he visto estirando el pescuezo hacia el escenario y chistando con ansia tan doliente, que me ha inspirado verdadera lástima: la trompa de Eustaquio se les va á romper á fuerza de dilatarse.

Ciacchi debe tomar medidas al respecto: ó achica el Politeama, ó agranda la voz de la Duse: esto no puede continuar así; el público no va al teatro á que los artistas le confien en secreto los dramas de Sardou, hablándole á media... ¿qué digo á media?... á cuarta ó quinta voz!

El domingo los espectadores se han mostrado con más frialdad que el sábado. Aunque la *Fernandã* es algo pesada, no deja de tener, siendo como es de autor tan eminente, uno que otro golpe bueno, uno que otro dicho oportuno, golpes, dichos que solian arrancar algún aplauso, (no eran los actores, no,) cuycs aplausos habrán después servido para que algunos tontos dijeran de muy buena fé: ¡Qué buena

es la Compañía! Porque el público y Vicente son lo mismo: ¿á dónde vas, Vicente? etc.

Andó mismo no ha estado bien en su papel: tampoco ha estado mal, pero de *Andrea* á *Ivanoff* ha habido una distancia inmensa. Quizá es más culpa del autor que de él.

Los demás artistas... han hecho lo que han podido, pero nada más. Al señor Masi, que hacía el papel de Pomerol, podría decirsele que emplea algún amaneramiento para producir efecto en su papel semi-cómico.

Los que acabamos de ver, y de encantarnos con el Garnier de la Compañía Massenet, tan natural, tan culto, tan chistoso de buen tono, sentimos un gran vacío al ver al señor Masi y recordarlo á aquél.

Los actores que inflan la boca y se echan para atrás y abren los brazos en cruz para decir un chiste, son para el público de allá, de las cumbres del Politeama, de allá, de la galería; pero no para el de abajo, que no se rie á carcajada abierta, sino entreabriendo los labios levemente.

Sería también de desear que algunos espectadores no hicieran demostraciones de entusiasmo tan intempestivas como han hecho á veces.

Figúrense ustedes que al dar principio á *Fernanda*, sale á las tablas ese señor Masi, y al punto le descargan una salva de aplausos bien cerrada; y era la cosa tan fuera de lugar, que él mismo se llenó de asombro, y giró la vista como para preguntar por qué se le aplaudía, sin duda temeroso de haber cometido alguna inconveniencia y que aquello fuera sátira.

Por supuesto que á nadie se le ocurre que tales espectadores sean *claqueurs*: cada uno tiene su modo

de aplaudir artistas, y si unos lo hacen cuando éstos se han desempeñado bien, otros bien pueden hacerlo cuando no se han desempeñado aún, para ver de ganárselos así y traerlos á las buenas. Además, que como dicen vulgarmente, la libertad es libre y las manos de cada espectador no son de otro que de él mismo, y en su derecho está, si se le antoja, de darlas contra un fierro, no digo una con otra.

En fin: la empresa del Politeama hace su Agosto: van dos noches que tiene el teatro lleno! El público es buen muchacho y á todo se aviene. Ese que va ahora á oír hablar en secreto á la Duse, es el mismo que hace poco todavía iba á oír vociferar á Calvo.

¡Oh Sarah Bernhardt, Sarah Bernhardt, la fe nos va faltando! Dicen que vienes para el año próximo. ¿No serás tú también?... ¡No! ¡imposible! sería ya cosa de dudar de todo. ¡Ven, ven pronto á consolarnos de tanto chasco, de tanta mistificación!

## • DENISE

La representación de *Denise* el domingo en el Politeama, ha sido buena en conjunto, y puede agregarse que la más satisfactoria de las hasta ahora dadas por la compañía italiana.

No porque la Duse haya estado mejor que otras veces: muy lejos de eso: sino que *Denise* es uno de los dramas en que no está peor.

Hay que insistir sobre ello: cuando todos, atendiendo á banales ó mezquinas consideraciones, ahogan la opinión propia, para unir su voz al coro de alabanzas que el compatriotismo enceguecido eleva, ó enmudecen cuando menos, relegándose á una pru-

dente neutralidad, no está de más, y aún es necesario y digno, que la independencia se haga representar en una nota discordante que sirva de protesta.

¡Oh *Politeama parturians!* El bombo, á golpes de trueno, anunciaba una artista gigantesca, sublime, colosal, algo que iba á conmover las masas; una fuerza tal de inspiración magnética, que los conductos lagrimales interrumpidos por falta de impresiones tristes, y las quijadas rígidas, cerradas por falta de impresiones alegres, iban á destaparse ó á reabrirse, iban á soltar el llanto ó la risa, aunque las enfermedades fuesen más crónicas que la de ser mistificados diariamente y consentirlo aún y agradecerlo. Y se alzó el telón, y salió á luz una artista chiquitita, chiquitita, una artista en pañales, casi en embrión, de esas que ningún año nos faltan en Buenos Aires.

¡Oh! pero De Amicis y Juan de los Palotes han dicho que es una notabilidad. ¿Quién se atreve á pensar de otra manera, aunque le digan que la noche es día?

¡Maldito Atlántico! Alguna cosa rara debe de haber en él. Yo no sé qué es lo que pasa; pero lo cierto es que lo atraviesa una notabilidad, y una dolorosa transformación se opera en seguida en ella: llega á nuestras playas, y llega tan adocenada y tan mistificada, como los cajones de doce botellas de vino falsificado que todos los días recibimos por igual conducto.

Sí, indudablemente: el aire del océano debe de ser el que los pone así: les resfria las inteligencias, se las moja, se las impregna de alguna sal diabólica.

Porque yo estoy seguro de que cuando la Duse salió del *bel paese*, tenía una voz inteligible y llena. La oían los espectadores de las diez primeras filas del teatro cuando menos, plantábase en la escena

con aire de quien tiene absoluta posesión de ella, tenía gestos y ademanes como el común de las gentes, etc.

Pero se le ocurrió en mal hora hacer la travesía, y los genios del océano, que desde el viaje de Colón acá siempre han sido envidiosos y han procurado interrumpir el paso á la civilización, desesperados al pensar en la dicha que íbamos á experimentar en esta tierra de ciegos donde el que tiene un ojo es caballero, resolvieron astutamente arrebatárnosla.

¿Y qué hicieron? ¿cómo pusieron en práctica su intriga?

Del modo más maquiavélico que puede imaginarse.

Le achicaron, enronquecieron y achillaron la voz, que le ha quedado como la de una colegiala de diez años que se enoja con su maestra protestando de alguna penitencia. Quitaron á su andar en las tablas todo aplomo y majestad, de tal modo que aunque haga de princesa, no tiene ni olor á regio; ha quedado completamente democrática; lo mismo pisa la alfombra que el ladrillo. Y en sus gestos y ademanes, sobre todo, hicieron una mudanza tan radical, que los dejaron que nadie los entiende; derramaron en ellos á manos llenas una estupenda originalidad.

¿Se desespera, se enoja ó se entristece Fedora, ó Clotilde, ó Cipriana, ó Frou-Frou, ó Denise... (cualquier mujer es lo mismo: todas han estado en la misma escuela con la Duse)...? Pues lo que hace es arquear las cejas, sonreirse mefistofélicamente, dar unas pataditas en el suelo, balancear un poco el cuerpo, pasarse pausadamente las manos estiradas por los ojos, como para ahuyentar el fantasma del recuerdo, restregándose después como satisfecha de haberlo conseguido, y por último, quedarse muda y

rígida dos minutos por lo menos, para ver si la cosa ha producido efecto.

¡Oh sublime, oh estupenda originalidad! ¿Qué importa que ella sea de escaso repertorio y que se repita cada cuarto de hora?

Ese es el modo de representar: porque también, para ver lo que uno ve todos los días, la cosa se pasaría de monótona y vulgar: no valdría la pena de ir al teatro: la cuestión es que se haga diferente.

Porque si uno quisiera ver llorar como todas á una mujer, y enojarse y desesperarse, con presentarse ante la novia de uno, ó de otro, (que las pasiones están hoy en día muy adelantadas con la civilización, principalmente la pasión de darse al teatro, que conduce á extravíos deplorables... á creerse lo que cualquier *apendicista* diga, por ejemplo) pues con presentarse uno, repito, ante su novia, ó la ajena, y decirle ferozmente á boca de jarro: *¡Lo sé todo! ¡Te aborrezco!*— y retirarse en seguida majestuosamente, mirando para atrás sin pestañear y sin el temor de tener que tropezar en bastidores, lo consigue uno cuando quiere, sin necesidad de pagar entrada: es cosa muy corriente. La cuestión es ver cosas nuevas.

Y ese es el gran mérito de la Duse-Checchi. Hace gestos y ademanes tan originales, que uno no puede menos de decirse que esa artista tiene poder creador, tiene inventiva.

Desgraciadamente, la Duse tenía poco papel en *Denise*: este es uno de los dramas en que la heroína habla menos: y como tenía poco papel, poco pudo lucirse también en las manifestaciones *sui generis* de su arte.

Dentro de pocos días volveremos á ver á la Marie Laure en ese mismo drama, y si el público no es un

reverendo bárbaro, si el público no es un ente sin ojos y sin oídos y sin raciocinio, podrá juzgar á una y otra artista, y verá á qué distancia queda la Duse de la Marie Laure.

Apenas si la Duse, — como los poetas, que por más malos que sean, siempre tienen una estrofa, — apenas si en la confesión de su falta (3er. acto), tuvo un momento bueno, pero un momento sólo, que fué lo que un relámpago sin trueno; dió luz un breve instante, se apagó después... y á oscuras todo el resto de la pieza.

Andó, feliz como siempre, aun más que siempre; sólo ha igualado á su Conde Andrea el Ivanoff de *Fedora*.

Este artista se ha conquistado por completo las simpatías de todos: no hay una voz que discrepe, no hay una que no diga que *Andó es la compañía*.

En *Denise*, sin embargo, sería injusto, injustísimo, olvidar á otros artistas que se han desempeñado correcta y expresivamente.

El señor César Rossi, en su papel de Brissot, cuando arroja de su presencia á su hija, y en la escena subsiguiente, en que indignado se abalanza hacia el seductor, para ahorcarlo entre sus manos, ha estado á la altura de los grandes trágicos: ni su homónimo, ni Salvini, lo hubieran hecho mejor.

El señor César Rossi ha demostrado en *Denise* tener dotes que ni siquiera pudieron sospecharse en *Il curioso accidente* de Goldoni, por más que en dicha pieza, joco-seria, interpretara su rol más que satisfactoriamente.

El señor Cecchi ha hecho un Thouvenin perfecto, irreprochable: nunca se ha expresado con más naturalidad, ni ha accionado con más soltura en el esce-

nario, cosa que no le sucede comunmente en los papeles de hombre de sociedad que hace otras veces.

La señora Aleotti, como nunca también. La viuda Thauzette, un poco casquivana, un tanto cinica, pero amante ferviente de su hijo, estuvo admirablemente retratada en ella. Sus rasgos de escepticismo y de coquetería fueron interpretados con suma fidelidad.

No diré lo mismo de los demás artistas que han estado mediocres, sino malos.

La señora Bernieri, por ejemplo, tiene una voz que la desfavorece grandemente: no es porque sea chica ni ronca, sino porque es de hombre: de hombre, sí, señor, y más aún, de fraile: tiene algo de campinuda; Fray Marcolino, se la envidiaría para un sermón. Y verdaderamente, choca en extremo ver á una mujer con dote tan viril.

A mí me ha sucedido más de una vez al verla entrar hablando en la escena, que he escudriñado con la vista todos los bastidores para ver si era algún ventrilocuó que hablaba desde allí, no queriendo convencerme de que aquella voz saliera de un cuerpo femenino.

Naturalmente, esto de tener voz de hombre no es culpa de la señora Bernieri—demasiado lo comprendo—es un defecto físico, como lo es para la Duse el de tener voz de niña, pero... para ser artista no se necesita tener inteligencia solamente, como para ser literato, sino que la parte física tiene que completar la parte intelectual, y nada es una de ellas sola, aislada, separada de la otra.

Para ser buen artista hay que tener presencia, hay que saber mirar, y sobre todo, sobre todo, hay que tener buena voz. Si es poca ó desagradable, ó las

dos cosas á un tiempo, como sucede en alguien, mata la inteligencia más robusta, que se esforzará inútilmente en poner de relieve algún papel.

Y, ó se tiene buena voz, ó se decide uno, si es tanto su amor al arte, á representar en la sala de su casa, entre las personas de la familia de uno, que como no paga entrada ni tiene que molestarse para nada, son siempre condescendientes y lo encuentran tobo bueno.

## EL DUELO

¡Qué grato es para el que escribe honrada é imparcialmente para el público, con la conciencia libre de toda prevención mezquina, de toda idea preconcebida de injusticia, poder decir una vez á pluma suelta de alguien á quien de cuando en cuando da algún arañazo crítico, que merece un aplauso sin restricción alguna!

Pues ese placer me es dado sentirlo hoy, diciendo eso mismo de la compañía italiana á propósito de *El Duelo* de Pablo Ferrari, representado anoche en el Politeama.

A todos y cada uno de los artistas que en esa representación tomaron parte, puede felicitarse ardentemente: han hecho más que cumplir con sus papeles; no los han reflejado solamente, les han dado vida real, los han alumbrado con su inteligencia de una luz tan clara, que el público podía ver los personajes á través de los actores como á través de un diáfano cristal.

Rossi, Andó, la señora Aleotti, Checchi, la señorita Zangheri, Masi, etc... todos han prodigado intelligen-

cia y corazón á manos llenas en la interpretación de sus papeles.

El *Roberto Sirchi* de Rossi, fué admirable: el *Mario Amari* de Andó, no le fué en zaga.

Si había entre los espectadores alguno muy descontentadizo, que teniendo un ideal del arte basado en el respeto más fiel por la verdad, nunca bate sus manos satisfecho en efusivo aplauso, anoche lo ha hecho, sí, ó no hubiera tenido sino vista y oídos para poder juzgar.

El drama de Ferrari es una verdadera obra maestra, profunda, trascendental, interesante, que nos place y nos conmueve, que nos hace pensar y nos enseña, obra que deja una profunda huella en el espíritu, elevándolo á nobles sentimientos.

Su objeto es combatir la aberración más grande de la civilización moderna, la preocupación más estúpida del hombre social del siglo diecinueve.

¡El duelo! Matar un hombre á otro, generalmente por una futilidad, para acallar la lengua de los desocupados, que lo podrían llamar cobarde, como si el valor del hombre debiera ser igual al de la bestia, teniendo la misma manifestación de destrucción en vez de la de dominio y equilibrio para reprimir el poder de su adversario con la fuerza moral y no con la fuerza bruta. Y para colmo de acto tan hermoso, sumir con una muerte á otros seres en la desolación, que á nadie le falta alguno que lo llore, que nunca el arma mortífera hiere un corazón solo, el del que cae: su golpe asesino siempre se repite en otros corazones, como el eco de fatídica voz entre la sombra.

¿Y nada más?

Aun resta lo peor: el remordimiento eterno para el matador; porque, ó se es hombre ó se es estatua: el

que es sensible al ridículo mote de cobarde que puede la injusta sociedad lanzarle, tiene que serlo también, tarde ó temprano, al sombrío recuerdo de un crimen reglamentado, que otra cosa no es el duelo.

¡ Cuántos de los que anoche aplaudían entusiastas el drama de Ferrari piensan de este mismo modo, y sin embargo... sin embargo correrían presurosos á ese fúnebre *campo del honor* donde tantas flores de sepulcros crecen!

¡ El ridículo! ¡ Qué idea tan *ridícula* se tiene de él!

En vez de considerar el ridículo como lo que no debe ser, lo consideramos como lo que no queremos que sea.

¿ Cuándo acabará el día en que los hombres no se impongan voluntariamente el martirio de los ídolos? Siempre el afán de crearlos, para adorar después su propia obra: amasan con sus manos el becerro, y en seguida le elevan sacrificios.

¡ Y qué sacrificios! Muchas veces el de su propia vida, como hacen con el idolo del honor, á quien después de fabricarlo ellos mismos, le atribuyen virtudes divinas.

*El Duelo* de Ferrari es la obra más oportuna del teatro moderno.

Y entre nosotros podría darse noche á noche. Tanta falta tenemos de sensatez á ese respecto, nosotros, micos eternos de las costumbres francesas, que como sabemos que en París se batan todos los días, queríamos hacerlo aquí todas las horas.

Y el que piensa de otro modo, el que cree que el duelo es la mayor estupidez humana, tiene que andar con cuidado: la gente está fogosa; en un dos por tres lo desafían á usted y se lo despachan para el otro mundo, sin más preámbulo; en tratándose de honor

todos tienen la sangre en perenne primavera; circula por sus venas como pólvora.

¿Escribe usted un sueltito, ó no lo escribe (es lo mismo; no faltará quien diga que es de usted), y en ese sueltito hace alguna alusión picante á un individuo?

Pues bien; éste que vela por la integridad de su honor como las antiguas Vestales por la del fuego sagrado, le manda á usted dos amigos diciendo que lo quiere matar.

Así, sin más ni más.

—¿Dijo usted que él no sabía escribir nada que valiera la pena de leerse, ó que el partido político en que milita no es del gusto de usted, ó que hace muy malos versos, ó que... en fin, cualquiera otra ofensa sangrienta por el estilo?

Pues bien, uno de los dos está de más en el mundo!

Y ya se apresta para hacerle á usted una sangría, ensartándolo como ave al asador en la punta de una espada, ó levantándole sino la tapa de los sesos con algún proyectil, como si se tratara del tapón de una botella de Champagne.

¡Señor, señor, va á ser cosa de no poder decir nada de nadie, si no es para asordarlo á golpes de bombo!

Felizmente, sin embargo, ha entrado desde algún tiempo á esta parte la moda de las actas; debido á cuyo recurso salvador, la cosa suele no pasar á trágica, y constituir sólo una rabieta más agregada á las de costumbre, haciéndose uno el hombre del día y viendo aparecer su nombre en cuatro ó cinco diarios á la vez, precedido de las frases consagradas sobre el honor, purísimo cristal de cuya

limpieza y diafanidad todos se consideran muy celosos, si otro pretende empañarlo, pero del que generalmente no se preocupan para empañarlo ellos mismos.

Nos vamos á convertir en caballeros de la Edad Media, los periodistas principalmente, que somos, á ese respecto, de una delicadeza extraordinaria.

Cada uno hará de su honor una especie de dama de sus pensamientos, y montando en las columnas de un periódico, armado de todas plumas, se echará á sostener por esos públicos que su dama es la más bella, es decir, que su honor es el más puro.

Para los que pensamos de otro modo, los que somos Juanes de Afuera en esas farsas, es decir, espectadores, la cosa no deja de ser divertida. Casi podría uno decir hablando de ellas, que asiste cuando tiene lugar á la representación de algún juguete cómico en un *acta*.

¡Sigán los desafíos! Por un quitame allá esas pajas, emprendámosla á padrinos con cuanto bicho viviente nos mire de reajo... ó no nos mire, que es lo peor, cuando uno quiere hacerse espectable; y verán ustedes como nuestra sociedad se convierte de la noche á la mañana en un caballeresco teatro de Calderón: pura capa y espada!

---

## LA LUCHA POR LA VIDA

A fuerza de chascos, he llegado á tener la felicidad de no creer en muchas cosas; y hay dos principalmente para las que soy completamente ateo: la medicina y la crítica.

Es voz general que los médicos curan á los enfermos aplicándoles remedios, y que los críticos curan á los autores aplicándoles opiniones. Yo creo que unos y otros lo que hacen, es agravar más las dolencias de sus pacientes respectivos, y eso cuando no propenden, con modos maquiavélicos—á fin de que no falten casos para ejercer su oficio—á que se produzcan más enfermedades, ú obras literarias, que esto es casi sinónimo.

¡Dios me libre por lo tanto de ser crítico! Yo soy hombre de conciencia, y no podría mistificar del modo que esos señores mistifican.

Me parece estarlos viendo. Se acerca un crítico á un escritor: le toma el pulso, meneá la cabeza, hace un gesto apretando los labios y los ojos, y dice después reboando suficiencia:

—Este autor no está bien: lo encuentro un poquito mal de la cabeza: aquí hay desequilibrio.

Y en seguida le receta un poco de estudio y otro poco de modelos literarios.

Aunque no fuera por esas circunstancias, yo nunca podría ser crítico, porque tengo el gran defecto de hablar con el corazón, sin dobles ni entretelas. Al pan, pan; á la macana, macana.

Figúrense ustedes que yo tuviera que juzgar un drama. Como soy de un carácter en extremo independiente, y se me importa un pito de que mis opiniones anden ó no á cien leguas de las de los demás, empezaría seguramente por decir barbaridades de este jaez:

Yo concibo la obra dramática como la obra literaria más difícil, porque el teatro, por la circunstancia de ser una expresión *viva* de la vida, se halla más que ningún otro género, en la precisión de ser copia exacta de ella.

No leemos, como en la novela, lo que dicen los personajes: lo oímos, lo vemos, lo palpamos. Allí están, ante nosotros, *hablando* la obra. Esta se desarrolla á nuestros ojos, no en páginas impresas, sino en hombres que se mueven.

¿Y por qué entonces han de faltar á la verdad? ¿Por qué han de hablar en verso, cuando sus modelos, los hombres de la vida, hablan en prosa? ¿Por qué han de hacer apartes y monólogos á grito herido, cuando los otros los hacen con el pensamiento sóla-mente?

No es suficiente razón para disculpar esto último, el decir que si no el público no comprendería lo que pasa, no se penetraría del pensamiento de los personajes. Eso no es cierto: unas veces, el autor lo haría comprender por medios *exteriores*, que no fueran las cándidas indiscreciones de la voz: movimientos del desarrollo de la acción, por ejemplo; otras, el artista, con un gesto, con una mirada, con un ademán, con una exclamación cortada, con un sonido inarticulado, nos revelaría lo que sus labios no dijeran con palabras. Eso lo vemos en los hombres á cada paso. ¡Cuántas veces no sólo comprendemos, sino que *adivinamos* sus pensamientos! El artista de talento supliría en estos casos la deficiencia del género dramático: él sería de ese modo, completando la obra del autor, más bien co-creador que mero representante de ella.

Los sucesos no se han de precipitar: han de tener el curso natural que tienen en el mundo, y por lo tanto, en la obra dramática debe reinar el absolutismo de las tres unidades, —acción, lugar y tiempo; — sea ó no en toda la obra, según el grado de inteligencia del que crea; pero al menos en cada acto.

Todo esto, y muchas cosas más que se me quedan detenidas entre los puntos de la pluma, prontas á derramarse en el papel á mi primer aviso, pero que por ahora me reservo porque no quiero meterme á preceptista, diría yo—como antes lo he expresado—si pretendiera pasar por hombre de criterio.

Pero como estoy muy lejos de creer, ni de hacer creer eso, y como sé muy bien la pieza que es el público, y que maldito lo que le gusta verlo á uno dándose aires de profesor de cátedra, me guardaré muy bien de decirle tales cosas.

¡Vayan ustedes á preguntarles á los señores componentes de un público cualquiera, qué cosa les agrada más, si un payaso de circo ó un hombre serio, y ya verán lo que les contestan todos á una voz!

Pero noto que estoy haciendo demasiadas digresiones. Tengo el maldito defecto de no poder escribir en línea recta: siempre ando haciendo curvas. Iba á hablar de *La lucha por la vida*, y en vez de estar risueño y decir lo que pienso de esa obra, me pongo muy formal á largarle indirectas al pobre del público, que tiene muchas veces la excesiva complacencia de pagar para que lo mortifiquen, y aplaudir todavía con ardor!

Pero ya saben que voy simplemente á decir las impresiones que recibí en la representación de dicho drama: yo no hago críticas; yo no hago más que crónicas. Y si alguna opinión se me desliza, hagan de ella tanto caso como yo mismo, su autor, que les aseguro que me río compasivamente hasta no poder más de todo lo que escribo.

••

Voy á rehacer mis impresiones, más bien dicho,

voy á recordarlas, que hay ciertas cosas que uno no quiere recibir dos veces.

Llego al teatro; me arrellano en mi asiento; tocan un poco la música para dulcificar los nervios de los espectadores; se alza el telón, y empieza el primer acto.

Dos señores están conversando. Aplico el oído.

Disertan sobre la murmuración. Uno dice que la respeta *cuando avanza rugiendo en ondas sombrías*. El otro parece que no está conforme. Presumo que por la imagen.

No contento con esto, su interlocutor empieza á sacarle el cuerpo á un tío que tiene, diciendo que está gastando una barbaridad de plata, y

Que su hogar *ya no es el centro*  
*de sus afanes prolijos,*  
que ya no piensa en sus hijos, etc.

Y el otro, que es muy filósofo, alza las manos y dice :

¡Lo que es el mundo por dentro!

Si, pero su contrincante, que no es nada tonto, le observa *que gotas de deshonor al fin hacen muchos lodos*.

Siguen hablando. y de pronto dice uno de ellos *que la prensa es un ave...*

Yo me quedo espantado. ¡Pues no he estado sin saberlo una porción de tiempo formando parte de un ave!

Todavía si hubiera dicho que una fiera, una víbora, un insecto... pase; suele ser iracunda, venenosa, murmuradora; pero no canta ni vuela: no veo qué analogías pueda tener con un ave.

Y lo bueno es que, según resulta del diálogo, el

que ha dicho eso es un periodista... ¡Ah! ¡ya comprendo! Será porque todos los del oficio solemos andar muy *águilas*.

Felizmente, viene á terciar en la escena un joven llamado Diego, el cual llega muy apurado desde adentro, renegando porque el padre no quiere que él gaste en loterías; y como parece mozo que no se corta así no más, lo sale pechando á Andrés (uno de los que hablaban al principio) para comprar un billete.

Andrés accede, y Diego, sin duda para que el otro no crea que va á gastar el dinero en otra cosa, empieza á entablar un diálogo desde el balcón (la casa es de altos) con el lotero que está debajo.

Desciende después Diego; y el que le prestó el dinero y su interlocutor, el periodista, principian á *cuerrearlo*.

En esto están cuando se aparece un señor, que habiendo oído sus últimas palabras, les dice que son filósofos. Parece que en el teatro también se dan *bombitos*.

Este señor que ha llegado es el tío de uno de ellos, de Andrés, del que no es periodista, y se llama don Joaquín.

Estas noticias se van recibiendo por grados, poco á poco: así es que del mismo modo las trasmito.

Vuelve Diego. Son cuatro en escena.

Resulta que don Joaquín, ese señor de marras, es el tío á quien Diego se refería momentos antes. Y parece que tenía razón al hablar mal de él, porque el primer saludo que le hace á su sobrino es este:

.....¿Qué dices tú,  
tú, *corona de los diablos?*

El sobrino no se da por aludido, y empieza á disertar sobre lo que es la ciudad de Buenos Aires, el empedrado, el pan, Paisandú y el Chiquito, las manifestaciones populares, etc.

En este pasaje, Zamacois (que es el que hace de Diego), arranca algunos aplausos calurosos imitando con ademanes y con inflexiones onomatopéyicas los cohetes y los vivas de las manifestaciones.

Y yo digo para mi coletito:

—Si el autor ha tenido la habilidad de dar mucho papel á Zamacois, el drama se salva.

Siguen hablando de varias cosas, y hacen un bataburrillo que no se les entiende. Este es un trozo lleno de naturalidad por esa misma causa. ¡Claro! La mayor parte de las veces no nos entendemos los unos á los otros en el mundo, y muchas de ellas, ni á nosotros mismos; sino, no nos pondríamos á hacer lo que no sabemos.

Por fin Fernando, el periodista, habla del rapto de una actriz de Variedades, pero —siempre con la picardía de que no se le comprenda— no da más que algunos datos vagos al respecto, y se retira.

Como en esta casa parece que es costumbre sacarle el cuero á los que se van, no bien Fernando ha puesto los pies afuera, cuando ya se empieza á tijeretarlo.

Y dice Diego con una gracia que casi me hace llorar:

Si: en su persona hay algo  
que hace desear que lo lleven  
en gran procesión de diablos,  
por las calles del olvido,  
con pasaporte á un osario.

Retíranse Andrés y Diego, y queda en las tablas sólo don Joaquín (cuyo papel hace Mac-Kay con una ronquera tal, por desgracia, que no se le entiende nada y aumenta la confusión), cuando aparecen dos señores más á hacerle compañía.

Lo único que saco en limpio, es que hablan de vencimientos y de algún entorpecimiento en los negocios.

Parece que los dos recién llegados son socios, y que el más viejo de ellos es hermano de don Joaquín y padre de Diego.

El otro, un tal Mendoza, se va al poco rato, y quedan los dos hermanos conversando.

¿A qué le sacan el cuero, como se ha hecho con todos los anteriores? Apostaría... lo que no tengo, (cosa por otra parte muy fácil, porque así nada se pierde).

Pues, no señor: me equivoqué: lo confieso sin ambages. Por lo visto, este hermano de don Joaquín, y á quien éste da el nombre de José, es el más honrado de todos. Juraría que por eso mismo va á acabar mal. ¿A que es el de la catástrofe? Si es de balde, no hay cosa peor que ser bueno en este mundo: se lo comen á uno como miel.

Sin embargo, no deja de tener alguno que otro arranque de mal genio. También hay que disculparlo: el pobre está exasperado: el curso forzoso lo pone en apuros más grandes que á un mal autor el zurcimiento de un drama.

Por ejemplo, en una de estas le dice con amargura:

¡Ah! tú vienes á arrojar  
más sombras sobre mi abismo!

Y don Joaquín, como buen hermano, protesta que

no, que al contrario ha venido á disiparlas. Y lo empieza á aconsejar, y á decirle lo que puede y no puede hacer un hombre, concluyendo con que...

...no puede jamás,  
ni con *pretextos prolijos*,  
dejar á un lado á sus hijos, etc.

En esto siente don Joaquín que viene gente, y corta de pronto el diálogo, diciéndole, con gran sorpresa de los espectadores, que no esperaban que tratara á un hermano de él con tanta ceremonia :

Ya suben... *Disimulad.*  
Vienen todos al jardín.

Los que han llegado son Andrés, una señora y una señorita.

Don José se repone, y hasta les echa piropos, lo que por otra parte no es indecoroso, puesto que, según sospecho, parecen ser su esposa y su hija.

Hablando de la muerte les dice :

La muerte, sí. Yo la admito,  
pero con *libres antojos*.  
(*A Julia, su esposa*)  
Ha de salir de tus ojos,  
(*A Clara, su hija*)  
y de tu labio bendito.

¡Eh! ¿qué les parece? Para hombre de negocios no lo hace mal : yo lo hubiera creído más prosaico.

La suerte que lo interrumpe la llegada de doña Rita, que sino, puede ser que nos hubiera espetado algún trozo de poesía con *esos libres antojos* que suelen acometerlo.

Don José se retira. Hace bien. Tendrá sin duda

que ver cómo marchan sus negocios; esos negocios que tan trastornado le tienen, y que tantos disparates le hacen decir.

Don Joaquín empieza á dirigirle indirectas á doña Rita sobre la edad. ¡Qué poco acierto! ¡Recordarle á una mujer que se hace vieja! Pero ella no se queda atrás, y como él es de la Rioja, le dice en uno de los tiroteos de frases en que se traban:

..... ¡Qué atrasados  
son estos del Interior!

Todo el público estalla en un aplauso.

¿No lo habrá tomado el autor á alusión personal?

Se habla del matrimonio civil, y en esto aparece de nuevo Fernando, que no dice á qué viene, pero que sin duda será de mucha confianza en la casa, cuando entra y sale á cada rato en ella.

Se dicen cuatro ó cinco banalidades, en donde se ve el talento y el esfuerzo del autor para imitar lo que es la sociedad, y se van todos al jardín. Cae el telón y acabo de ver el primer acto... aunque no de comprenderlo.

∴

Se alza de nuevo el telón. Empieza el segundo acto.

Don José y su socio Mendoza están hablando de lo mal que les va con un ingenio que tienen; es decir, no en la cabeza, —que á cada rato prueban lo contrario,—sino en el Chaco ó en cualquier otra parte, que es lo mismo. De todas maneras, yo veo que con este ingenio van á sacar el mismo provecho que ciertos autores con el suyo en Buenos Aires; esto es: declararse en quiebra.

Mendoza aconseja á don José que se vaya á Bahía Blanca, y éste se resuelve al viaje.

Su socio entonces se va, porque dice que tiene que ir al Banco á recoger los fondos allí depositados, y en esto entra Diego, muy ensimismado y consultando un extracto de lotería.

¡Uf! ¡Qué carpina le va á pasar el viejo! Casi estoy por gritarle: *¡Esconda usted el extracto!* Porque de veras, estas escenas de familia me repugnan.

Felizmente, el padre no lo ve. Yo respiro. Mendoza se va. Don José le dice á su hijo que lo deje solo.

¿A qué no saben ustedes para qué?

Para entregarse á sus raptos de poesía lírica. ¡Se ve cada cosa en este mundo! ¡Quién lo había de creer en un hombre de negocios, que parecía tan formal, y más, cuando estos andan barranca abajo!

Y empieza á hablar de piras, y de lenguas de fuego que se enroscan y se estiran, y de gladiadores heridos, y de escorias humanas y cenizas... ¡qué sé yo de cuántos disparates más!

¡Pobre Don José! Está visto: la quiebra lo va á hacer poeta.

La suerte que lo sacan de su monólogo la esposa, la hija y su sobrino Andrés, que entran como llovidos del cielo.

Les quedará siempre grato á esa interrupción, porque de veras, don José ya me estaba conmoviendo, y como soy muy sensible, me iba á poner en el ridículo de soltar lagrimones de á puño en pleno palco y delante de unos cuantos centenares de personas.

La señora y la hija están inquietas: sospechan que pasa algo malo, y haciendo averiguaciones, lo ponen á don José en mil apreturas. Pero éste con-

sigue hacerles por fin tales gambetas, que se quedan como antes, y lo único que sacan en limpio es que el tiene que tomar el tren de Bahía Blanca.

Don José y su esposa se retiran para preparar el equipaje; y aquí de Andrés y de Clara, que como se quedan solos, empiezan á hacerse el amor, cosa que es nueva para el público, pero no para ellos, que á escondidas del papá y de la mamá, están, según parece, hace algún tiempo empleando en tan dulces coloquios todos los momentos que les dejan libres. Y como viven en la misma casa... Figúrense ustedes: han de estar como en el cielo: viviendo en perpétua gloria.

¡Por Dios! ¡me muero de envidia!... ¡Si yo pudiera hacer lo mismo con mi novia!

O en esta casa corre viento de poesía, ó á todos les andan mal los negocios. ¿Pues no empieza Andrés á hablar de

.....las puras ondas  
de los lagos más dormidos?

Disertan largo rato, evocando recuerdos de cuando eran chicos, y en esto se presenta don Joaquin á completar el terceto. Pero como parece que viene un poco triste, Clara se agarra de ese pelillo para abandonar la escena, diciendo que va á buscar al papá para que lo consuele.

Don Joaquin no quiere ser menos que los demás y también se pone á desembuchar imágenes y á hablar en alta manera á su sobrino Andrés.

Este lo apura tanto, que consigue saber la causa de su tristeza. Don Joaquin ha pillado á su cuñada en infraganti escena de amor con Fernando, el periodista. Ha estado á pocos pasos de ellos, los ha

oído, no ha perdido ni una sola de sus palabras; tanto que recuerda que se han dado cita para concurrir al mismo sitio al día siguiente!

El tío y el sobrino se deshacen en improperios contra Fernando, recordando las acciones de su imprenta que le hizo tomar al bueno de don José, y don Joaquín se resuelve á contárselo todo á éste, suceda lo que suceda.

Se va, pues, derechito al cuarto de su hermano, y Andrés se queda solo, pero como está con una rabia que no puede más contra Fernando, eso no obsta para que siga deprimiendo su conducta en alta voz.

¡Vean ustedes si lo escucha algún vecino! Va á decir que está loco de remate.

Andrés pone de oro y azul á su ex-amigo, y entonces se acuerda de que el tal vende su pluma y es un tráfuga en política.

Es de noche, y muy cerrada. Doña Rita se aparece, y como es mujer de pelo en pecho, no se queda sin entrar porque vea todo sin luz. Avanza, y tanteando entre las sombras se topa con Andrés.

A oscuras están ellos, y á oscuras se queda también el público, sin duda porque esta escena *no es clara*.

Se van, y los sucede en las tablas don José.

El pobre está tan mal de la cabeza, que viene hablando solo. Por esa circunstancia se sabe que don Joaquín se lo ha contado todo.

Se pone á bichar por la puerta que da al fondo: ve avanzar una sombra: se exalta, pero al punto se apacigua, haciéndose la católica reflexión de desistir de sus planes de venganza, porque dice *que quiere libertar su honor de la prensa!*

¡Si no hay como ser periodista! No lo matan á

uno, de miedo de que escriba *después* un artículo haciendo revelaciones!!!

La sombra se hace cuerpo: como se comprende, es Fernando. Don José se le adelanta, lo toma de un brazo, vuelve á exaltarse, y parece que ya se le va á ir encima, cuando el ángel bueno que vela por los cornudos, lo vuelve á calmar, haciéndole dar un giro amistoso y pacífico á la escena.

Don José podrá tener mala mujer, ¡pero lo que es criados... los tiene de primer orden!

Sin que nadie lo haya llamado, ni haya pensado aún en él, se aparece uno como por encanto, trayendo un candelabro en cada mano.

La escena se ilumina.

—¿Y á qué ha venido usted?—le pregunta el marido al amante de su esposa.

Y éste, que es mozo listo, le contesta sin titubear:

—A ver si ustedes iban al teatro.

¡Claro! Don Joaquín se da por convencido.

Julia, la esposa infiel, y doña Rita los interrumpen llegando hasta ellos.

Julia los convida á tomar té, pero don José le dice que no, que se vayan, que tienen que conversar Fernando y él.

Y en efecto conversan, y muy amigablemente.

Llega don Joaquín, y se queda patiteiso al ver á su hermano y al periodista haciendo tan buenas migas.

Los personajes se aumentan con la llegada de Mendoza, que viene muy agitado y anunciando malas nuevas.

Don José le dice que las desembuche, que él ya está acorazado para todo.

Su socio entonces cuenta cómo al ir á lo de Cara-

bassa á recoger los fondos, se ha encontrado con que han sido ya extraídos por medio de una firma de don José falsificada.

¿Quién es el falsificador?

Don José dice que Andrés su sobrino, que no puede ser otro. Sus motivos tendrá para eso; aunque lo cierto es que hasta entonces le había demostrado gran cariño y confianza ante el público. Sin embargo, vayan ustedes á saber lo que tenía por dentro.

Don Joaquín defiende á Andrés, y jura que no es capaz de un acto semejante.

En esto están, cuando llega Diego, en estado completo de embriaguez, ¡y parece cosa de la Divina Providencia! se pone á contar que viene de la ruleta, y que ha perdido todo el dinero que tenía; pérdida que lo apena mucho, porque quería reponer el de su padre, que había sacado del Banco.

¡Con qué conocimiento del mundo y del teatro está escrito esto! Si uno lo ve: si son cosas que suceden á cada paso: si es costumbre de los borrachos: estos, en cuanto hacen una mala acción, se van al paraje donde andan buscando al autor de ella, y la refieren de cabo á rabo, para tener el gusto de que los castiguen.

Cae el telón. Y ya es tiempo. ¡Quién sabe que escena va á tener lugar entre el padre y el hijo! y estas cosas de familia es mucho mejor velarlas.

Llama el público al autor cinco ó seis veces, y lo aplaude con estrépito.

El autor en estos casos, es siempre algo como un bicho raro. Todos los espectadores desean conocerlo, saber qué cara tiene, y en fin, si es un hombre como los demás, quizá porque á veces hace lo que ningún otro se anima á hacer.

La gente se levanta de sus asientos para estirar las piernas ó fumar un cigarrillo, pero yo estoy tan impresionado, que no puedo moverme de mi silla, y apoyado tristemente en la barandilla del palco, me pongo á meditar sobre la fúnebre historia del teatro nacional.

Y pienso en conclusión:

—Esto va á acabar mal, va á tener un desenlace deplorable.

No se tuerzan mis palabras. Me refiero á los personajes, no á la obra literaria.

. . .

Reflexionando estoy en si el público, en las noches de invierno como esta, aplaude muchas veces por entusiasmo ó por calentarse las manos, cuando por tercera vez levántase el telón.

Doña Rita está consolando á Clara. Esta llora, pero no sabe por qué. No lo extraño: yo tampoco lo sé; y eso que estoy al cabo de todo.

Doña Rita le dice vagamente algo para que sospeche de la conducta de su madrastra Julia; pero Clara se resiste á figurarse nada malo de ella, y se desata contra la murmuración.

Se va doña Rita y llega Andrés.

Este es más habil. Empieza á consolar á Clara, y lo consigue. ¡También para eso es su novio!

¡Y qué mal educada es esta niña! ¡Pues no empieza á tratar á su padre de fantasma!

Oigan sino lo que dice:

Tengo un padre, y no le tengo;  
le encuentro con mis miradas,  
pero al tocarle se pierde,  
y en fugaz sombra se cambia.

¡Qué transformaciones se están operando en el pobre don José! De hombre de negocio se convirtió en poeta, y de poeta en ser etéreo, vaporoso, aunque esto último no es muy de admirarse: es consecuencia natural de lo anterior.

Clara siente que viene Diego, y se va.

Los dos primos empiezan á disertar sobre la vida y Andrés se pone á darle buenos consejos á Diego increpándole su acción severamente.

¡Tiempo perdido! Diego no se demuestra arrepentido, y con una frescura que espanta, le echa la culpa de su robo á . . . ¿A quién dirán ustedes? . . . Al padre mismo, al robado, porque dice que lo crió con muchos mimos, y ahora quiere apretarle las clavijas.

Pero de pronto (en este drama todos los personajes tienen unos caracteres tan raros, tan volubles,) le da porque se va á pegar un tiro; saca un revólver, y ya vamos á tener una desgracia en pleno teatro, cuando Andrés felizmente lo contiene y le arrebatata el arma.

Preséntase don José. Casi se impone de todo. Y Andrés, para ocultarle el revólver, en vez de guardárselo, lo pone encima de la mesa. Cada uno tiene su modo de esconder.

El viejo está algo romántico: se vuelve todo quere-llas.

De súbito se exalta, y se pone á insultar á su hijo, sin mirar que hay delante todo un público, y no contento aún con eso, le cae también al sobrino, diciéndole que mira sus penas con indiferencia.

Está visto que este último es para él una especie de caballo blanco.

Y como don José está loco de remate, á los tres ó cuatro versos le pide que le perdone.

Llega Julia. Aquí hay un tiroteo de palabras, que

no logro comprender. Por fin su esposo le dice que está arruinado y le ruega que se vaya.

La reemplaza don Joaquín.

Este aconseja á su hermano que se divorcie, pero su hermano no quiere divorciarse: dice que tiene temor á las murmuraciones sociales, y que está muy resuelto á resignarse.

A ese hombre lo canonizan de seguro.

Viene Mendoza, y don Joaquín se va.

No he visto obra donde los personajes tengan más libertad que los de esta: entran y salen cuando se les da la gana, sin dar cuenta ni razón de por qué lo hacen. También es cierto que son personas mayores, y no niños de escuela, para andar pidiendo permiso á cada rato.

Mendoza y don José hablan un poco de negocios, y el segundo se resuelve á afrontar la situación heroicamente. El otro se entusiasma y también se dispone á la lucha, pero antes pide á su socio, como signo de alianza duradera, la mano de su hija Clara.

Don José accede en seguida, sin obstáculo ninguno, como los padres de hace un siglo, y se va á buscar la niña.

Esta es forzada por su padre á decir que sí, haciéndole comprender que de eso depende el evitar la ruina.

En este momento se presenta Andrés y claro está! se sulfura, y se arma un tole-tole de mil diablos entre su tío y él: se insultan de lo lindo, y se van á ir á las manos. Ya los espectadores no vemos el momento en que tendremos que intervenir á fin de que no suceda una desgracia.

Pero aparecen Julia y don Joaquín, y logran con-

tenerlos. Sin embargo, don José no se amansa del todo, y le dice á Andrés que se vaya de su casa.

Todavía están en esto, cuando llega Fernando.

Este ha de ser por lo visto un periodista muy poco trabajador: todo el día se lo pasa en esta casa: no se ha de matar á artículos, seguramente.

Fernando detiene á Andrés que va á salir, y alarga á don José una carta que á Mendoza le acaba de confiar.

Sin duda el periodismo da muy poco y se tiene que meter á mandadero.

Lee don José la carta. Mendoza le retira su palabra, y ese retiro tiene por motivo... algo que yo no entiendo. Supongo que será que toda esperanza de salvación se ha perdido.

Julia y Fernando se ponen á conversar quedito en un rincón. Los mira don José, se le acaba la paciencia... ¿y qué creen ustedes que hace?...

¡Se pega un tiro!

Para eso dejó Andrés el revólver sobre la mesa.

Don José lo encuentra *por casualidad*, y ¡pum! se lo aplica en la sien sin vacilar.

¡Bien decía don José que su sobrino era un pillo!  
¡A propósito dejó el revólver aquél sobre la mesa, para ver si se mataba, y después él podía casarse con su prima!

Todo se vuelve gritos y carreras, cae el telón, y ahí tienen ustedes *La lucha por la vida*, drama de tanto movimiento y tanta intriga, que me ha dejado intrigado para siempre.

El público se entusiasma, y aplaude, y vocifera. El olor á pólvora siempre produce ese efecto.

Yo me retiro del teatro, y salgo tan ofuscado, llevo mi cabeza en un estado tal de confusión, que encon-

trando un amigo á pocos pasos, que me pregunta de donde vengo, le contesto en seguida atolondradamente:

—Vengo de ver *La lucha por el drama*.

---



# LA PLUMA ALEGRE

---

*A Juan Antonio Argerich y Francisco Soto y Calvo*

Amigos:

Eso de hacer solo el viaje del olvido, me llena de tristeza.

Por eso les dedico este libro.

Embarcados en él nuestros tres nombres, la calma chicha de la indiferencia pública me será más llevadera.

¡Vamos! ¡á bordo! El libro va á zarpar. No me miren de reojo, ni me tachen de egoista. La culpa la tienen ustedes mismos: no se es impunemente amigo mío.

JUAN LUSSICH

Buenos Aires, Enero de 1885.

## DOS EN UNO Y UNO EN DOS

COMO QUIEN DICE PRÓLOGO

Más de una vez, cuando yo principié á ser periodista, al saberse la llegada de algún notable personaje á Buenos Aires, salí en dos brincos de la Redacción, flameando en una mano mi sombrero, ó encasquetándomelo, quizá al revés con la precipitación, y al poco rato, en un decir Jesús, me planté en su casa, ó en su hotel, ó corrí en su busca á la ventura hasta hallarme en su presencia.

—Señor Fulano: tengo el honor de saludar á usted.

—Igualmente, señor, aunque no el de conocerlo.

Pasándole mi tarjeta:

—Soy un repórter de *El Diario*.

—¡Ah! Tome usted asiento.

—Señor: al mismo tiempo que vengo á dar á usted la más cordial y afectuosa bienvenida, desearía pedir á usted algunas noticias referentes á su viaje.

Etc., etc., etc.

Y aquí empezaba la de estrujar al individuo—metafóricamente, se comprende—como quien exprime un limón entre las manos para sacarle el jugo, á fin de hacer caer al reportado en el gariito de alguna importante confesión.

Me viene este recuerdo á la memoria, porque yo también acabo de llegar de un viaje, y como veo—no sin algún despecho—que nadie viene á reportarme, se me ocurre una idea salvadora: voy á reportarme yo mismo.

¡Qué diablo! Mi trabajo será al fin más comodo y exacto; y además... además nos daremos un poco

de importancia: lo que á nadie por cierto ha de extrañar en un tiempo y en un país como los nuestros en que cualquier sugeto se da bombo.

Pues como iba diciendo: mi reportaje será mucho más cómodo. Ni siquiera que dar un paso tengo, buscando agitadamente de un lado para otro á la futura presa de mi pluma. Personaje y periodista, reportante y reportado, se hallan en este caso tan cerca uno de otro, que un mismísimo pellejo los contiene, se sientan en una misma silla delante de la misma mesa, y preguntan y responden con la misma lengua.

Pues, señores, *me reporto*: es decir: castellanizando la palabra inglesa, porque lo que es enmedarme... ¡no hay que pensar en eso!

—Tengo el honor de saludarme atentamente.

—Para servirme á mi.

(Me hago una reverencia, agradecido á tanta cortesía de mi parte, y tomo asiento).

—¿Con que acabo de llegar? ¿Y de dónde, hombre, de dónde?

—¡Psss!... De una breve excursión á la Campaña Oriental.

—¡Hombre, hombre! ¿con qué he andado por el campo?... ¡Qué grueso y qué quemado he de venir!

—¡Quéés!... Es verdad que todos los amigos que encuentro por la calle se creen en la obligación de decirme: ¿Ya está de vuelta? ¡Qué grueso y qué quemado viene usted!

¡Frasas de fórmula!

Verdad es que estoy de vuelta, pero ¡benditos de Dios! ¿Por qué me lo preguntan á mi mismo? ¿Temen quizá que yo sea una aparición? verdad es que estoy

quemado, y tan quemado, que no me atrevería á asegurar que pertenezco á la raza blanca todavía.

Pero que vengo grueso... ¡protesto una y mil veces! También se cuecen habas en el campo. Me he mirado al espejo, y he visto con dolor que aún puedo competir con mi bastón. En la calle él y yo nos confundimos todavía: parece que él me acompaña, en vez de yo llevarlo.

—Está bien, está bien. ¿Y qué he hecho en ese viaje?

—¡Hombre!... á decir verdad... nada de nuevo. Yo no he alterado en él mi método de vida: he hecho, ni más ni menos, lo que hago desde que ando por el mundo: pasear y divertirme.

—¿Pero siquiera habré escrito alguna cosa? Hay tiempo para todo cuando no se trabaja, y como el escribir es el trabajo de los vagos...

—Es verdad, y aún he hecho algo de eso, pero...

—¡Qué pero ni qué ocho cuartos! ¡Adelante y pluma en ristre!

—Es que no he escrito nada que cautive la atención: un librito simplemente.

—No, señor: lo que yo veo es que me quiero escapar por la tangente. ¡No hay tu tía! ¡Venga el libro!

—Si tanto me lo exijo... yo no puedo resistirme por más tiempo... Mi modestia queda incólume... En fin: ahí va el librito. ¡Paz en su primera edición! ¡Que la publicidad le sea leve!

## EN LA SIERRA DE LAS ÁNIMAS

### LA SIERRA

I

Me hallaba en la Campaña Oriental. Una mañana, iba cruzando la Sierra de las Ánimas, que se extiende entre los departamentos de Minas y Maldonado, internándose al fin en este último.

Un muchacho me guiaba.

El camino era infernal. Montañas y montañas, sin valles ni mesetas, divididas tan sólo por inmensos precipicios donde la vista se hundía con temor, y matizadas por espesos bosques y arroyos tortuosos.

Allá, de cuando en cuando, alguno que otro ombú alzándose en la falda de una altura, anunciaba que á su sombra se cobijaba una morada humana.

El cielo amenazaba tempestad. Grupos de negras nubes lo manchaban. Parecían la sombra de los montes, como si estos reflejaran en un espejo inmenso sus moles gigantescas!

El camino era cada vez más escabroso. Ora hallábamos un cuestabajo tan pendiente, que teníamos que ir materialmente parados en los estribos; ora emprendíamos la subida de un cuestarriba tan empinado, que teníamos que inclinarnos para adelante de tal modo, que rozábamos con el rostro las crines del caballo.

¡Montañas y montañas! Si hubiéramos podido contemplarlas á una altura de mil metros, las hubiésemos visto de seguro como gigantes olas de un piélago de tierra embravecido, cuyas espumas fueran las

casitas blancas que entre sus negras masas se destacan.

Habíamos llegado á un cerro cuya elevada cumbre lo hacía resaltar entre los otros como un titán entre hombres.

Mi guía me indicó una población que estaría á una legua de distancia y me dijo que allí vivía la persona que yo deseaba ver.

Parecióme inútil ya su compañía, y despedilo.

El cielo encapotóse más y más. Gruesas gotas de lluvia me rociaron. Las nubes empezaron á gruñir, y los montes parecían responderles con sus ecos, como si tierra y cielo fuesen dos lebreles que antes de abalanzarse á la pelea, murmuraran largamente.

Después de largo rato de camino, halléme en otra cumbre dominante, y ví con inquietud que había perdido la ruta de la casa que el guía me mostrara.

Yo había hecho mal en despedir el guía. Es una legua trecho suficiente para extraviarse en medio de montañas.

En vano di mil vueltas y revueltas, recorriendo altos y bajos. No daba con la casa. Y aquel lugar era de los más despoblados de la Sierra. A veces veía alguno que otro rancho allá á lo lejos, pero aturdido ya, no daba con el modo de llegar á él y hacerme encaminar.

El cielo estaba enteramente negro. Casi no se veía. De cuando en cuando, un relámpago rasgaba las tinieblas en cortes caprichosos. Por último, mil truenos retumbaron en rápido crescendo, como si algo viniera despeñándose y rompiéndose desde una altura inmensa y escarpada, y la lluvia cayó sobre la tierra como un océano celeste desbordado!

Yo me había refugiado con mi caballo en el hueco de unas rocas.

El aire refrescaba con la lluvia.

Esa frescura serenóme un tanto. Puse en orden mis ideas, que andaban al rededor de mi cerebro en carrera desbocada; reflexioné friamente sobre lo crítico de mi situación, y después de sacar en consecuencia que no había más remedio que hacer en aquel sitio profesión de anacoreta, desensillé mi pingo y me puse á echar un sueño, cosa que la fatiga me pedía con acento de sirena.

Cuando desperté, la lluvia había cesado, y al impulso del viento descorriase ante la luz del sol el vasto cortinaje de las nubes, hecho girones ya por la tormenta.

Volví á bajar y subir la serranía. Vi un rancho á la distancia, y ya me dirigia hacia él, cuando al tender la vista en una altura, me hallé con gran sorpresa enfrente de la casa que buscaba.

Todo el día había andado rodeándola.

## EL CAUDILLO

### II

En un pequeño valle de una legua cuadrado escasamente, entre un espeso monte de eucaliptus y de árboles frutales, rodeada de un espléndido jardín, se eleva la morada del caudillo.

Es un valiente soldado que ha sido actor en todas las guerras del país.

Cuando el clarín resuena en la llanura, él baja con los hijos de la sierra á buscar su lugar en el combate.

Allá entre las montañas nadie manda sino él. Sus soldados lo respetan y quieren como á un padre.

Ajeno á las intrigas ciudadanas, olvidado de círculos políticos, pasa la vida en un aislamiento delicioso, entregado al cuidado de su hacienda.

No tiene la educación de los estudios (apenas sabe leer y escribir regularmente), pero tiene la del hogar honrado, que es mejor, y á veces basta.

Es un gaucho, pero un gaucho inteligente. No conoce la ciencia de los libros, pero tiene la ciencia de la vida.

Desde joven sintió que en él había algo interior que él mismo no podía comprender, pero que parecía elevarlo de la esfera vulgar en que vivía; algo que le hacía ver los seres y las cosas como imágenes y fuentes de armonía y sentimiento.

Era poeta.

Y en su errante existencia de soldado, cantaba sus dolores y alegrías, sus pasiones y trabajos, en versos impregnados de rústica poesía, ya que faltos de un arte que ignora por completo.

Son versos que si los analizamos friamente, nos ponen de relieve la vaga coordinación de las ideas, la poca propiedad de las imágenes... más defectos todavía; pero defectos todos que se ocultan bajo el amplio manto de una belleza indisputable: y es una naturalidad encantadora.

Y si oímos esos versos balanceándose al són de la guitarra, poco á poco sentimos que en nosotros penetran verso y nota, y van con sus hermanas armonías á despertar las fibras más sensibles de nuestro corazón.

**Es el bardo de la sierra.**

Tendrá cincuenta años. Es alto, corpulento, y con todas las señales de una vida vigorosa. Su barba y su cabello empiezan á platearse. En su *pago* lo llaman el *Comandante Fausto*.

Su casa es una eterna romería. No hay día en que no llegue algún paisano que viene á pedir á su caudillo que le componga unas décimas, ya sea para ablandar los rigores de la china de su amor, ya para ponerlas en la cruz de un hijo que acaba de perder, ya para cantarlas al són de la guitarra en la próxima trilla ó cualquier otra fiesta campesina.

Con pequeños intervalos de sol, la lluvia continuó dos días todavía; pero una de esas lluvias lentas y monótonas, que parecen más bien un llanto sin consuelo del cielo entristecido, y que llenan nuestra mente de ideas melancólicas.

El tiempo había refrescado de tal modo, que el Comandante y yo pasamos junto al fuego esos dos días, casi sin salir afuera, y leyendo, entre uno y otro mate, poesías de Espronceda.

Don Fausto no conocia más poeta.

La Biblia, un diccionario castellano, algunas novelas de Fernández y González, y los versos de Espronceda; he ahí todo el catálogo de su gran biblioteca... de diez libros.

## LA MINA ORIENTAL

### III

Yo queria visitar la Mina Oriental, distante legua y media de la estancia de don Fausto.

Cuando el tiempo se compuso, una madrugada tomé el camino de ella en compañía de un ahijado de don Fausto, llamado Sebastián.

El camino era peor aún que el que días antes había recorrido. Las quebradas, los precipicios, las alturas, eran cada vez más y mayores.

Los caballos que llevábamos, nacidos en la sierra, tenían el casco duro, acostumbrado á la aspereza de las rocas, y sin embargo, no podían salir del paso y trote corto.

De buena gana hubiera yo celebrado la poca ligereza de la marcha, pero ¡ay! que la cruzada de tantos cuestarribas y tantos cuestabajos, me sacudían encima del caballo de una manera poco satisfactoria para un jinete tan flojo como yo!

La mina está en la jurisdicción de Maldonado, y á ocho leguas de la costa.

El trayecto á recorrer por las carretas que llevan el mineral, es muy penoso, y no deja de ser para los explotantes un grave inconveniente.

La mina es de cobre, pero además da plomo y un poco de oro y plata.

Hace apenas un año, en 1883, que se emprendió su explotación de una manera seria. Pero su descubrimiento es muy antiguo. Ya en tiempo del coloniaje, los españoles habían comenzado á trabajar en ella; pero habiendo una tribu de indios tapes asaltado y dado muerte á todos los empleados y peones, fué por largo tiempo abandonada, en virtud del peligro que ofrecía. Después, cuando un siglo más tarde se la recordó por tradición lejana, ya no se halló su rastro. Los indios por su parte, y el tiempo por la suya, habían cegado los pozos y galerías principiadas.

Hace poco un ingeniero italiano dió con ella, y por último pasó á ser propiedad de una empresa á cuya cabeza está el señor Lezama, conocido capitalista entre nosotros.

..

Llegamos. Un pequeño pueblito se forma en torno suyo. Nos apeamos; y después de obtener permiso y conductor, bajamos á las galerías, que tienen ya una extensión de ocho ó diez cuabras.

Provisto de una candileja de aceite cada uno, el cicerone, Sebastián y yo, nos internamos en aquellas sombrías y estrechas cavidades.

Caminábamos envueltos en una oscuridad tan densa, que no veíamos á más de dos ó tres varas en derredor.

De cuando en cuando, cortaba aquella profunda lobreguez una claridad muy débil... imperceptible apenas. Era la luz del día bajando por la entrada de algun pique; palidecia al verse entre las sombras, y moria ahogada por éstas lentamente.

Alzábamos los ojos, y á cuarenta ó cincuenta varas de alto, veíamos un pedazo de cielo, que lucia como si fuera un agujero abierto en un manto de tinieblas.

Sólo se oía el gotear incessante del agua, que manaba de todas partes haciendo el piso en extremo resbaloso.

Poco después, el compasado són de unas piquetas retumbando secamente, apagó los cuchicheos de las gotas.

Los golpes resonaron más cercanos: algo como el hablar de varias voces llegó á nuestros oídos; y de pronto, al doblar una curva del camino, divisamos

unas luces que con un brillo así como empañado, entre aquella negrura se movían, como los fuegos fátuos en una noche horriblemente lóbrega.

Allí estaban los mineros balanceando las piquetas sobre el muro, al compás de las aspiraciones ruidosas de su aliento. A cada mordedura en el peñasco, el hierro chispeaba exhalando un grito seco.

No es extraño que esa gente no goce de salud, teniendo, como tienen, que aspirar aquella atmósfera ocho ó diez horas diarias. Nosotros, en quince ó veinte minutos sólomente que hacía que recorriamos aquellos subterráneos, ya nos sentíamos mal: una sensación, así como de resfriado, invadía nuestro cuerpo.

Salimos.

La transición fué brusca. Nuestros ojos apenas podían soportar la claridad del sol, que era un verdadero sol de verano, ardiente y sofocante.

## UN PANORAMA ESPLÉNDIDO

### IV

Hay una cosa que oprime el corazón cuando se está entre medio de montañas: y es mirar la estrechez del horizonte.

Si estaba en las partes bajas, mi vista sólo alcanzaba á dominar algunas cuadras... media legua, cuando más. Si estaba en las partes altas, una extensión más amplia se abría ante mis ojos: pero aquella sucesión no interrumpida de cumbres y de cumbres, como olas y más olas de un océano, me ofrecía un aspecto tan monótono, que prefería los angostos valles, desde donde el espacio parecía un toldo azul, sujetado en las cimas de los cerros.

**Una mañana, Sebastián y yo, jinetes en caballos**

vigorrosos, emprendimos la ascensión de una altura dominante, desde la cual se me había dicho que se veía una extensión inmensa de campaña.

Eran las seis. El día prometía ser abrasador, pues el sol empezaba á levantarse detrás de una montaña, con el color rojizo de una moneda de cobre recién acabada de acuñar.

La ascensión ofrecía mil obstáculos. Ya eran inmensas piedras, ya espesos y espinosos matorrales, ya montes de arrayanes, de arueras y de chilcas, en los que era imposible penetrar.

Teníamos que subir por la montaña como quien sube por una escalera de caracol: dando vueltas al rededor.

A veces nos deteníamos; y Sebastián, con una hacha que al efecto había llevado, la emprendía con los árboles que obstruían el camino.

Hacía tiempo que nadie lo cruzaba.

Andábamos con tiento, porque en aquellos montes, donde jamás transita humana planta, hay víboras de cascabel y de la cruz, de castas degeneradas y pequeñas, y en corta cantidad, pero tales y suficientes, sin embargo, para ofrecer peligro.

No hay enemigo chico, y á veces son los chicos los peores.

Esto nos pasaba á nosotros. Nubes inmensas de insectos, levantándose en vuelo bullicioso al rumor de nuestros pasos, nos causaban más molestia que si fueran furiosos elefantes. Venían, revolaban un rato murmurando al redor de nuestro oído, como para confiarnos un secreto, nos daban en la piel el beso de bienvenida, y danzaban después en rumorosos giros, como locos de contento, escoltando nuestra marcha.

Al cabo de una hora larga de camino, llegamos á la cumbre.

¡Qué espectáculo soberbio desplegóse á nuestros ojos!

Dominase desde allí una extensión de veinte a treinta leguas. Véense á poca distancia los últimos peñascos de la sierra, cuyas alturas van disminuyendo gradualmente, hasta que al fin se dilata la llanura. Aquí, verdes cuadrados de maizales; allí, amarillas zonas de pasto seco ya; más allá, unas cosas blancas unidas como en grupos. . . . Miro con los gemelos. . . . Son pueblitos de campaña. Ya montes, ya cuchillas, ya arroyos, que relumbran al resplandor del sol como rieles de acero que indecisos tomaran caprichosas direcciones; ya caminos reales, que parecen largas serpientes negras arrastrándose entre el verde y amarillo de pastos y plantíos.

Clavando fijamente los gemelos, se ven moverse unas cosas muy pequeñas. . . . Parecen microscópicas hormigas. . . . Son tropas de ganado vagando libremente por el campo.

Y allá lejos, muy lejos, mirando al sud-este, se ve elevarse algo, algo muy grande. . . una montaña! Parece una cabeza gigantesca que se asoma en el horizonte á escudriñar. Es el cerro de Montevideo. Y desde éste, corriendo la mirada hacia la izquierda se ve una faja azul brillantada, que parece acabar en otra altura. Es el mar, ó más bien dicho, el Río de la Plata todavía, que se divisa hasta que el cerro de Pan de Azúcar se interpone.

A ese lado se extiende la cadena de otra sierra, y unas montañas blancas, como cubiertas de nieve. Son los inmensos médanos que ocultan tras de sí la ciudad de Maldonado.

Como una media hora todavía me detuve en la cumbre contemplando embebecido aquel paisaje. Que-

ría absorber con la vista su belleza y sus colores.

Pero de pronto una idea me decidió á apartar los ojos y á bajarme. Me estaban dando ganas de hacer versos, y no quise profanar aquel sitio encantador.

## EL CAIMACÁN DE PERSIA

Cesó por fin la transición del sueño á lo real: todo lo comprendí; sólo el robusto puño y el órgano vocal desmesurado de la china sirvienta de la casa en que me hospedo, podían ser los autores de aquella batohola.

—¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!... ¡Ahí lo buscan!

Y la puerta se estremecía como temerosa de aquellos golpes furibundos, repetidos con una prodigalidad endemoniada.

—¡Allá voy!—contesté.

Me levanté, me puse presentable, y abrí.

—¿Quién me busca?

—No sé quién es, señor; pero ahí me dió esta tarjeta.

—Pues hágalo entrar á la sala.

Miré la tarjeta; y como ya estaba despierto, como no podía pensar en que soñaba, creí que estaba loco.

La tarjeta decía:

*El Caimacán de Persia*

—¡El Caimacán de Persia!... ¡Un dignatario asiático!... ¡Qué diablos será esto!

Pero un rayo de luz pareció alumbrar mi mente, y agregué para mis adentros sonriéndome:

—Esto debe ser algo de los muchachos de la Redacción.

Y dispuesto á divertirme con la broma, arreglé mi *toilette* en dos minutos, y pasé á la sala.

Al cruzar el umbral, un individuo tendido á la oriental sobre el sofá, se levantó con cierta negligencia, me saludó ceremoniosamente, y volvió á su primera posición.

La risa me retozaba en los labios; pero aferrado á la idea de que aquello era una jugada de mis compañeros de Redacción, procuré á mi vez tomar un aire cómicamente digno.

Pero antes de referir la escena de mi entrevista con el Caimacán de Persia, voy á explicar la causa de la sospecha que yo habia concebido.

. . .

La noche anterior, en mi casa, después de una comida, celebrada en el patio á causa del calor,— comida á la que habian asistido algunos de mis compañeros de tareas—había recaído de sobremesa la conversación... digo mal, el vocerío... más aún, la tormenta de palabras, en los heróicos tiempos de la andante caballería.

Yo la habia promovido; porque á mi, como al poeta,

*Plácenme historias pasadas  
de andante caballería,  
y en ser las noches llegadas,*

*olvidar penas del día,  
con los cuentos de las hadas.*

El entusiasmo se desbordaba en nuestros labios. Yo llegué hasta proponer á mis amigos el emprender, como el heroe de Cervantes, la resurrección de aquella edad dorada.

—¡Qué!—les dije, empinándome en mi asiento, con los ojos furibundos y la actitud melodramática de un orador de barricada.—¡Qué! ¿Acaso la sociedad en que vivimos, corrompida hasta lo último, no necesita del gigante esfuerzo de algunos de sus miembros, para extirpar con algún remedio heróico el cancer de los vicios que la roe?...

Hice una pausa para tomar aliento; y aunque mi pregunta no era más que una figura de retórica, todos hicieron *sí* con la cabeza.

Continué:

—¿No vemos entre nosotros individuos que de simples patanes, pasan, ó más bien dicho, saltan, en un abrir y cerrar de ojos, á los primeros puestos del Estado? ¿imbéciles, que del azar de una vida vagabunda, se convierten de la noche á la mañana en *gentleman* airosos y correctos de la calle de Florida? ¿pilluelos, que de escribientes de un corredor de Bolsa, se trasforman, por el arte de *encantamento* de los cinco dedos, en reputadas firmas de la plaza? ¿coquetuelas de vicioso corazón, que de bailes de guitarra en los suburbios, y vendiendo, ó prestando, ó cediendo—si el caso es perentorio—sus encantos, llegan á verse reinas de los aristocráticos salones?... ¡Oh! ¡suene por fin la hora de la justicia! ¡Hagamos de la prensa nuestro Rocinante de batalla, y en ella, caballeros, emprendamos la cruzada social! ¡Flagelo al vicio!... Hay que regene...

Las carcajadas de mis amigos cortaron mi discurso helando mi elocuencia.

—¡Hurra al moderno caballero andante, al Quijote del siglo diecinueve!—dijo uno de ellos: todos me aclamaron: y él, levantándose, y tomando un bastón que había en un rincón, y acercándose á mí con apostura impagablemente cómica, agregó, dándome en las costillas un gentil espaldarazo:

—¡Anda por esas calles, alma noble! ¡Yo te armo caballero!

Las risas continuaron, ahogando mis protestas; y temiendo mis amigos con razón que volviera yo á hacer uso de la palabra, me convidaron á salir á tomar el fresco, lo que francamente creo que me era muy necesario, después de una comida fuerte como la que habíamos hecho.

Volvamos, pues, al Caimacán de Persia.

—¿A qué debo el honor de esta visita?—preguntéle.

—Señor: vivo aquí al lado. Habiendo subido anoche á la azotea con el objeto de tomar un poco el aire, me enteré casualmente de la conversación que usted y sus amigos sostenían en el patio.

—¡Ah!...

Más seguro entonces en mi idea de la broma me acometió otra tentación de risa.

El Caimacán no pareció inmutarse, y continuó con aire siempre grave:

—En vista de las ideas expresadas por usted, voy á confiarle un secreto de grandísima importancia.

Y miró á todas partes con aire receloso.

Era el aspecto de aquel individuo tal, que no supe si volver á reirme, ó si permanecer en mi estudiada gravedad.

—Hable usted. Soy una tumba,—dije, poniendo una mano abierta sobre el pecho.

—¿Leyó usted mi tarjeta?—continuó el sujeto, con la voz y ademán misteriosos de un conspirador.

—Sí, señor: sé que es usted el Caimacán de Persia,—repuse yo, mordiéndome los labios al recordar su título.

—Pues bien; viajo de incógnito: sólo usted sabe quien soy.

—¿Y de dónde viene usted?—dije á mi vez haciéndome también el misterioso.

—Pues de Persia. ¿De dónde he de venir?

Ya estaba yo dudando de que aquello fuera broma; creí más bien que me las había con un loco.

—¡Aaaah!... ¡de Persia!...

Y me retiré preventivamente algunos pasos del personaje asiático.

Entonces lo miré bien.

Vestía todo de negro; tendría treinta años; sus facciones no presentaban nada de notable, pero lo que sí, sus ojos tenían un modo de mirar poco tranquilizador.

¡Ya no me cabía duda! ¡Me las había con un orate!

Tomé el lado de la puerta, por si acaso, pero no quise disparar aún; hice de tripas corazón, y me quedé dispuesto, sin embargo, á dar un pronto fin á la entrevista.

—¿Y qué es lo que le trae á usted por Buenos Aires?

—Un importante encargo de mi Shah.

—¿Y qué es lo que quiere el Shah?

—Mi Shah quiere... Pero voy á poner á usted en antecedentes. Es toda una historia.

La princesa Calchimira, hija del Shah, está su-

friendo desde hace algún tiempo de un dolor en las puntas del cabello, que la pone á las horas en que duerme en un estado tal de inmovilidad, que ella misma no puede darse cuenta de él, pues se pasa toda la noche en un sueño, el que le dura á veces hasta las nueve y diez de la mañana.

—¡Pobre niña! ¡qué martirio! ¡Eso no es vida!— exclamé compadecido, y dí otro paso atrás, mirando la puerta de rabo de ojo.

—¡Figúrese usted!—prosiguió el Caimacán.—¡El Shah está como loco! . . .

—¿Y qué dicen los médicos?

—Ahora verá usted. El Shah los reunió á todos en consulta: y todos se quedaron indecisos. ¡En vano recetaron mil remedios! Ninguno acertó con la manera de curar á la princesa.

Desesperado el Shah, como último recurso, mandó buscar al reputado mago Saquileo, que vive retirado. . . . ¡qué sé yo dónde! ¡Allá en la loma del diablo!

El pobre, como está tan lejos de la capital, y era cosa de gran prisa, no tuvo más remedio que venirse por el aire. ¡Figúrese usted! ¡estábamos en lo más crudo del invierno! Sacrificio por lo tanto que el Shah le agradeció con toda el alma.

Saquileo vió á Calchimira, reconocióla con sólo una mirada de rabo de ojo, y al punto dijo al Shah:

—Altísimo y serenísimo señor: para curar tu hija, necesitas que uno de tus más fieles servidores vaya en peregrinación por todos los países del mundo, si es preciso, en busca de un elefante de tres colas boca arriba, del que existe sólo un rarísimo ejemplar sobre la tierra.

—¿Un elefante..... de tres colas..... y boca arriba?.....—exclamé, haciendo un esfuerzo homérico para no estallar de risa.

—Si, señor— contestó impasiblemente el Caimacán.

Y haciendo una reverencia, con una mano puesta sobre el pecho, prosiguió:

—Y soy yo quien ha tenido el honor de ser encargado de esa comisión.

—¡Pues caramba! que no es una bicoca lo que receta el mago Saquileo!.....¿Y si está boca abajo el elefante?

—¿Si está boca abajo?....

Y el Caimacán pareció desconcertarse. Rascóse maquinalmente la cabeza como si le picara alguna idea; pero después de un breve instante de vacilación, repuso resueltamente, como quien corta una cuestión de un solo golpe:

—¡Bah! ¡Lo daré vuelta!

—¿Y qué va á hacer la princesa con el elefante?.....¿ Es para montar en él, ó adorarlo en algún templo, ó simplemente comérselo poco á poco?

—Para ninguno de esos tres usos. La princesa tiene que extraerle con su propia mano, en una noche en que la luz del sol no sea visible, un colmillo que todavía no dé indicios de salir, y colgárselo á sí misma después en el pescuezo á modo de reliquia.

Yo ya estaba azorado: ya no me sonreía. Sólo pensaba en zafarme del dignatario persa.

—¿Y en qué puede serle útil?

—A eso voy. Yo no soy hombre de armas llevar. Me he criado en las oficinas de palacio, y nunca he conocido más guerra que el tira y afloja de las intrigas cortesanas. Ahora bien, ¿no podría suceder

que el elefante quisiera resistirse á hacer el viaje? . . . Y como usted desea darse á la andante caballeria, vengo á solicitar su protección, para con su valiosa compañía dar fin á esta aventura. Y . . . ¡quién sabe, quién sabe si al llegar á Persia, conduciendo nuestro bendito elefante de três colas boca arriba, la princesa Calchimira agradecida, no se enamora de su gallardo caballero ¡Y . . . —ya usted me entiende . . . — la hija de un Shah! . . .

—¡Vaya, vaya si lo entiendo! . . . ¡Estoy loco de contento! . . . . Mire, señor Caimacán: vuelva tranquilo á su casa, y espéreme allí no más, que dentro de media hora soy con usted, armado de todas armas, y pronto á la conquista del preciso elefante de tres colas boca arriba.

—¡Oh generoso corazón! ¡Usted es un gran hombre!—dijo el asiático; y sin que yo pudiera evitar el movimiento, me estrechó entre sus brazos fuertemente.

—¡Ay! —grité sin poderlo remediar.

Fué tal mi susto, que ni una gota de sangre me quedó en las venas.

Sin embargo, hice un esfuerzo de ánimo, me desasi de mi agradecido persa, y vi con satisfacción que se disponia á no cargosearme más, pues se retiraba muy apresurado; sin duda para esperarme aprontando su equipaje, halagado con la idea de empezar pronto conmigo en amor y compañía la andante correria.

..

Respiré con todos mis pulmones cuando lo vi salir; y para prevenirme de una nueva visita de su parte, decidí tomar el tramway, irme á ver á Melen-

dez, y hacer que dispusieran á mi hombre en el Hospicio de las Mercedes un buen alojamiento — tan bueno como correspondía á un Caimacán de Persia. — donde se encargarían, á fuerza de duchas, de hacerle olvidar á su princesa enferma de las puntas del cabello cuando duerme, y á su milagroso elefante de tres colas boca arriba.

—A Melendez — pensé — no lo he de poder ver hasta las once. Voy á almorzar primero, y después iré al Hospicio. . . . Sí : tengo tiempo. . . . Serán las diez. . . . Y eché mano al reloj para mirar la hora.

¡Pero el reloj no estaba!

— ¡Ah, hijo de perra! ¡me ha fumado! — exclamé, al alumbrarme la verdad.

El Caimacán de Persia, cuando me diera aquel estrecho abrazo, me había sustraído con gran habilidad el reloj de mi bolsillo, sin duda para llevarlo al Shah como una curiosidad de estos países.

¡No en balde me había dicho aquel bribón que solía andar por las azoteas tomando el fresco!

..

Esa misma tarde, y en momentos en que escribía este artículo, entre suspiro y suspiro por mi perdida alhaja, volvió á sonar en mi puerta el ¡pum! ¡pum! de la sirvienta que llamaba, creyéndome de siesta, pues como para mí el dormir es el placer de los placeres, aprovecho todas las ocasiones posibles para dármelo, ya sea de día ó de noche.

Pero ese día, la impresión del suceso del reloj no me había dejado pegar los ojos ni un instante.

—Entre no más, le dije.

—Una carta para usted.

Rasgué el sobre, y leí :

« Señor caballero andante :

« Una orden perentoria de mi Shah me obliga á ausentarme de Buenos Aires precipitadamente.

« Como no tengo tiempo de ir á volverle el reloj que distraidamente saqué de su bolsillo, le remito la orden adjunta, para que se lo entreguen donde allí verá, casa de mi completa seguridad, donde acabo de dejarlo.

« Si acaso encuentra el elefante de tres colas boca arriba, póngalo boca abajo hasta que yo vuelva.

*El Caimacán de Persia. »*

¡ Y la orden que el bribón acompañaba, era un boleto del Monte de Piedad!

## UNA TIENTA DE TOROS

La locomotora silbó aguda y largamente, ya subiendo, ya bajando la intensidad de su grito penetrante. y empezó á disminuir grado por grado la fuerza de su marcha. De la velocidad del huracán, pasó al andar común de los vehículos; de éste, al paso perezoso de quien va lentamente pasando; y por último, detúvose haciendo crujir con violencia las cadenas y el maderamen de su convoy.

Habíamos llegado al término del viaje : estábamos en la Barra de Santa Lucía, cinco leguas de Montevideo.

Nueve personas bajaron de un wagón, y tomaron en grupo hacia la orilla.

Eran siete individuos de la cuadrilla de toreros,

Enrique Pereda — su empresario — y yo, que como repórter de *El Diario* me hallaba en Montevideo ese verano.

Los siete diestros eran : el primer espada *Cuatro dedos*, los picadores *Badila*, *Agujetas* y *Perico Ortega*, los banderilleros *Primito* y *Califa*, y el afamado mono-sabio *Félix*, mayordomo de la plaza y especie de factotum.

Todos iban vestidos con sus pintorescos trajes bien ajustados al cuerpo, y sus camisas blancas de cuellito corto y pechera de volados, entre cuyas ondulaciones solía destacarse, como una gruesa gota de rocío iluminada por la luz de sol, uno que otro brillantito del volumen de un grano de maíz ; y cubrían su cabeza con el tradicional chambergo de copa aboyada en forma circular, dejando caer de la nuca, hasta perderse en el cuello, la trencita de pelo donde en los días de lidia prenden la moña.

∴

Llegamos á la orilla, para tomar un bote y pasar al otro lado, donde están situadas las estancias de Andión y de Echenique. Ibase á hacer en ellas la tienda de los toros que habían de lidiarse en la temporada próxima á empezar.

El río Santa Lucía tiene en aquel punto como unas ocho cuadras de ancho.

Ese día estaba de muy mal humor : inquieto, turbulento, como rezongando por alguna cosa en el vaivén incesante de sus aguas.

La corriente era fuerte y rapidísima.

Al ver su aspecto bravío, y pensar en lo frágil y pequeño del bote que nos había de pasar, no pude menos de deplorar mi próximo destino. Sentíme con

deseos de decir algo, de insinuar lo peligroso de aquella travesía ; pero al fijar la vista en mis acompañantes, hallé impreso en sus rostros un aire tan resuelto, que no dije una palabra, y disponiéndome á hacer el papel de valiente lo mejor posible, miré las olas con desdén olimpico!

Dijo el botero que no podía llevar á los nueve de una vez, porque la fuerza de la corriente no permitia cargar demasiado el bote ; y aunque yo hubiera querido previamente ver ensayar á otros el pasaje, las galantes instancias que se me hacian, como una distinción, me obligaron á ser de los primeros; y me embarqué juntamente con Pereda, *Cuatro-dedos* y el *Primito*.

Los otros cinco diestros quedaron en la orilla para un segundo viaje, pues era aquel bote el único que hendía aquellas aguas.

Hay también una balsa, pero en ese momento estaba lejos, ocupada en pasar una gran tropa de ganado.

No bien nos internamos en el rio, empezamos á danzar al balance de las olas y la música del viento, que soplaba de tal modo, que no nos tenia pensando más que en el sombrero, haciéndonos llevar las manos á la cabeza á cada rato, para contener sus deseos de emprender el vuelo.

El cielo continuaba azul y limpio, haciendo gran contraste con el rio que encrespaba enfurecido su melena de olas desgrenaada.

Estas estaban cada vez más irritadas.

Yo no sé si sería por venganza (pues he abusado de ellas en algunos versos), ó si sería simplemente por espíritu de personalidad, pero lo cierto es que se avanzan rugiendo contra el bote, envueltas en la e

puma de la rabia, se descargaban sobre mi con inicua preferencia, y cubriéndome de besos y caricias, ponían pérfidamente á la miseria mi único traje nuevo!

— ¡Ay! — exclamé con amarga ironía interiormente.

*¡Caricias de leon, amor de fiera!*

Y al recordar este verso de *El arpa perdida*, suspiré con toda el alma, y no pude menos de pensar en que desgraciada y prematuramente tendría que surgir un nuevo Andrade para llorar mi próximo naufragio.

Y si no hubiera sido porque la modestia debe contenernos, aún en los casos más desesperados, casi agrego en alta voz con acento melancólico y ademanes elegíacos:

*¡Ay de la débil nave!*

*¡Ay del bardo gentil del arpa de oro!*

∴

Era el botero un reverendo flojo. Cansóse pronto de luchar con la corriente, y principió á quejarse, diciendo en conclusión:

— ¡No se puede pasar á la otra orilla!

— ¡Pues volvamos á la de que salimos! — le contestamos todos á una voz.

— ¡Yo ya no puedo remar más! ¡estoy rendido!

Y el muy canalla abandonó los remos.

El trance era imponente.

Nosotros nos miramos unos á otros silenciosamente, como consultándonos sobre lo que había que hacer en aquel caso. Giramos la vista en busca de socorro; y creo, á juzgar por mí, que á todos se nos debió achicar el corazón.

Olas y olas, nada más, llevándonos por delante en su carrera rápida, como tropel de fieras espantadas, que huyen arrollándolo todo ante su paso! . . . Y nadie en derredor. . . Y allá en la orilla, sólo el pequeño grupo de nuestros compañeros, que parecían agitarse con ademanes de desesperación, dándonos voces que el bramar de las olas y del viento impedía percibir!

¿Qué hacer? . . . Ya el bote sin dirección, seguía como dócil camalote el impulso de la corriente. . . . Allí estaban los remos que podían luchar con ella, ¿pero de qué servían? . . . . Pereda era militar: no sabía manejar más que una espada; *Cuatro-dedos* y el *Primito* eran toreros: no entendían más que de dar una estocada ó poner un par de banderillas; y yo. . . . ¡ay! yo aún sabía menos: yo no entendía más que de mover una pluma entre los dedos; y eso ¡Dios sabe cómo!

Pero el valor es más que la pericia en muchos casos.

—*¡Anda flojo! ¡Deja que coja el remo!*— exclamó de repente *Cuatro-dedos*; y ayudado del *Primito*, empezó á bogar vigorosamente.

El botero cedió el puesto muy conforme, y ni dió señal siquiera de avergonzarse ante aquella inesperada metamorfosis. ¡Dos diestros convertidos en marinos!

Y como el *Primito*, tanto en los cuernos del toro como en medio de las olas, no pierde nunca su buen humor, se puso á decir con el aire más graciosamente compungido del mundo:

—*¡Ay! ¡Si mi mare me viera. . . no me conocería. ¡Hasta marino me ha jecho la suerte indina!*

..

Arribamos por fin. ¡No pisaron con más ansia Colón y sus compañeros la playa del Nuevo Mundo! ¡Parecía que tocábamos por fin los lindes de la Tierra Prometida después de una azarosa peregrinación en el desierto!

Espectadores de nuestras peripecias, y escarmentados en cabeza ajena, los cinco expedicionarios restantes no se apuraron mucho por pasar: esperaron pacientemente la vuelta de la balsa, y se embarcaron en ella.

Esta balsa, construida expresamente para atravesar ganado, tiene capacidad como para doscientas reses. Sirvense, para moverla de una orilla á otra, de un procedimiento tan sencillo, que ni el nombre de maquinaria puede dársele. Seis mulas, dando vueltas en un ángulo de la balsa, como en torno de una noria, van con su movimiento haciendo obrar dos cables de alambre que sujetan la balsa á las orillas: se va enrollando el uno, se va desenrollando el otro; y esto la hace navegar.

..

Ya reunidos, subimos á un break tirado por seis caballos, que allí nos esperaba.

Teníamos que andar aún como tres leguas costeando el río, para avistarnos con los señores cornúpetos á cuyo exámen íbamos.

El break andaba lentamente. Casi todo el camino era arenal.

La idea de que hubiera podido hallar momentos antes una temprana tumba entre las olas, me tenía de tal modo impresionado, que para calmar la

agitación de mi espíritu, me decidí á dormir á pierna suelta. Pero no pude hacerlo á pierna suelta, sino á pierna apretada, y bien apretada por cierto, pues á causa de ser nueve, íbamos los viajeros en el break como sardinas en caja.

Luego, para tomar el primer tren, había yo dado un tremendo madrugón, lo que agregado al aire puro del campo, me tenía con un hambre de mil diablos; y como dicen que quien duerme come, quise comer en sueños aunque más no fuera.

*Badila*, que iba á mi lado, me declaró ser víctima de iguales sensaciones, y como era también de mi opinión,

*hundió en el polvo la cobarde frente!*

(Refiérome á la arena que cubría los almohadones, y que entraba por una endemoniada ventanilla, que ya inválida por lo antiguo del servicio, no se podía cerrar).

Roncábamos á duo, cuando sentimos que paraba el break.

Habíamos hecho dos leguas de camino; estábamos en una posta, y se iba á mudar caballos.

Como supuse que en aquella casa la gente sería como en todas partes, es decir: que tendría estómago; y convencido por una debilidad elocuentísima de que maldito lo que alimentaba el sueño; me dirigí hacia la casa, y un cierto olorcillo que embalsamaba dulcemente el aire, me condujo hasta el fogón.

Yo no había perdido ni un minuto, yo había andado ligero como un gamo: pues bien: ya encontré á *Badila* allí que saboreaba una descomunal taza de sopa, cuyo contenido no pasaría de dos cuartas.

Sentéme sobre un tronco, saludé mimosamente á

la dueña de la casa, y tantas indirectas le largué sobre lo higiénico que era el madrugar, y tanto le alabé el aire del campo. . . . y en fin: tan expresivo estuve al hablarle de apetito, que aunque lo hubiera dicho en un idioma extraño para ella, me hubiera indudiblemente comprendido.

Así, pues, no tardó mucho en proveerme de sopa á mí también, trayéndome un receptáculo no inferior al de *Badila*, y áun creo que mayor, pues éste le dirigió una mirada tan siniestra, que yo adiviné que en ella se decía:

— ¡ Ah! ¡ si yo hubiera sabido que había otra taza más grande! . . . .

..

Volvimos á subir, y prosiguióse el viaje; y como yo siempre encuentro una excusa para dormir, esta vez concilié el sueño para hacer una digna digestión.

Haría una media hora que dormía, cuando una brusca parada del carricoche, me despertó de pronto.

Abrí los ojos, y no ví edificio alguno. Aun no habíamos llegado.

Ya iba á preguntar qué había, cuando vi á *Félix*, el mono-sabio, que se bajaba del break y se echaba á correr por el campo como un loco, enarbolando el látigo del conductor.

Todos nos preguntábamos con asombro la causa de este arrebató repentino, cuando lo vimos que se paraba y se ponía á azotar furiosamente el pasto.

Bajamos, y corrimos hacia él.

Félix seguía dando latigazos, los que eran acompañados de algunas interjecciones expresivas.

Cuando ya nos acercábamos, daba él fin á su

bélica tarea, y cuadrándose airosamente, y poniendo entrambos brazos, como en forma de jarra, en las caderas, nos dijo con el aire más soberbio que se ha visto en sér humano :

— *¡Esto es dino de escribirse!*

Y me miró significativamente.

A sus pies se revolcaba con las ansias de la muerte un lagarto de una vara ó poco más.

Y Félix se columpiaba en las caderas, con un gesto más altivo, que si aquél que á sus pies agonizaba, fuera un fogoso *Miura* muerto de un mete y saca soberano!

Limpió el sudor que corría por su rostro, y dijo solemnemente, al retirarnos del teatro de la lucha :

— *¡Canario con el animalillo! ¡No son más temibles por cierto los crocodillos de Egipto!*

. . .

Entramos en la estancia de Echenique.

Detuvimonos en las casas á almorzar ; y en seguida, acompañados del dueño, seguimos en derechura á los corrales.

Estos son dos redondeles de palo á pique, con un diámetro de sesenta varas cada uno, unidos por un pasadizo de dos hileras paralelas de poste, cuyo pasadizo tiene la anchura suficiente nada más que para dar lugar á un toro.

Los toros que han de tentarse son encerrados en uno de esos redondeles, y hechos pasar al otro uno por uno.

Este otro redondel, donde ha de ser probado el animal, es una plaza en pequeño, rústicamente construida : tiene allanado el piso, tiene burladeros, etc.

Con tres bastones de madera, de un metro de alto,

agrupados en forma de armas en pabellón, y cubiertos con una manta colorada, se forma un provocativo para el toro.

Tres de esos aparatos son colocados estratégicamente en el redondel, en una posición semejante á la en que se colocan los picadores en la plaza cuando va á abrirse el toril.

Sale el bicho. Si es de ley, embiste acto continuo las mantas coloradas, levantando por el aire los bastones: si no lo es, las olfatea con curiosidad, ó apenas se digna mirarlas indiferentemente.

A más de las tales mantas, el toro es provocado por los diestros con todas las interjecciones del vocabulario tauromáquico, que son bastante gordas y expresivas; y le hacen tales gestos y ademanes, y tanto lo amenazan, que es preciso que el bicho tenga mucha filosofía ó mucha flema, para que pueda verlos y oírlos á sangre fría, sin hacerles con los cuernos alguna reverencia.

¡Y es de oírse las exclamaciones de gozo que los diestros dan, cuando aparece un cornúpeto de buena planta y que embiste fieramente!... — ¡Ay! ¡y qué buen mozo que eres... — Y mu bonito!... ¡Mira, chico! ¡qué lámina tiene el mu... corrio! — Etc., etc.

¡Pero ay de él si sale manso, si en vez de sentir odio por los hombres, siente sólo apacible indiferencia!... — ¡Anda buy!... — Corrio por... — Etc. etc.

Las palabras de los diestros son de tal calibre entonces, que hacen tropezar los puntos de la pluma.

Después de tentado el toro, se abre un portillo, y se le larga al campo donde sale echando diablos; si era flojo, para verse libre al fin de los gritos y las capas; si era bravo, para desahogar su rabia en una

carrera vertiginosa, brincando cola en alto, y llevándose todo por delante.

En este último caso el ganadero y el empresario quedan convenidos en que es de lidia el toro, y lo anotan, en una lista que al efecto forman, por el pelo y por el nombre que le han dando los peones, el cual, por lo general, tiene su origen en las costumbres ó cualidades que aquellos en su trato diario han observado en él.

\*  
..

Los toros de Echenique eran muy buenos. Fueron tentados con sumo rigor, y sin embargo, de setenta y tantos, fueron considerados de lidia unos sesenta.

Este ganadero los tiene encerrados en un campo aparte, sin que tengan trato alguno con los demás animales. Así es que sus cornúpetos están hechos unos misántropos ; inaguantables, chúcaros : no se les puede ni mirar siquiera, porque en seguida ponen unos ojos, que . . .

¡Ah! ¡ me había olvidado de decirles ! Yo contemplé la tiente encaramado encima de un ombú que se alzaba á pocos pasos del corral. ¡ No crean que por miedo ! pero . . . como yo tenía que escribir la crónica, no era cosa de exponerme de tal modo, que se quedara *El Diario* sin repórter.

Y luego ¡ estaba yo tan cómodo á la sombra ! . . . . Porque hacia un calor que achicharraba. El sol caía á plomo, pero á plomo derretido !

\*  
..

Preparóse á la tarde un asado con cuero, y en momentos en que concluíamos de comerlo, empezó el cielo á enlutarse anunciando tempestad. Las nubes

se agruparon, y pelotón celeste de soldados, tocaron á llover en el tambor del trueno, desenvainando por el espacio en curvas caprichosas, á manera de espadas, los relámpagos.

Subimos al break apresuradamente, volvimos á las casas, y ya en el camino nos tomó la lluvia, que siguió sin cesar toda la noche.

Teníamos que efectuar al día siguiente una tiente semejante en la estancia de Andion, de allí vecina; pero renunciarnos á ella, pues estaba la tierra muy mojada, y eso delante del toro, ofrece peligro al diestro, que puede resbalar, y... el bicho se encarga de lo demás.

..

Emprendimos, pues, la vuelta.

Rayaba el día.

El tiempo era hermosísimo. El cielo estaba transparente y limpio como un globo de cristal.

¡También, bastante tiempo había tenido para lavarse bien! ¡toda una noche de lluvia!

No se veía ni una sola nube. Todo era azul en el espacio, sino era alguna que otra errante golondrina que como un punto negro y movedizo cruzaba por la altura.

Yo me apoyé de codos en una ventanilla del break, é inclinándome hacia fuera, me puse á contemplar la naturaleza embebecido, aspirando á bocanadas el aire fresco y puro de la mañana.

Y dando un suspiro, dije para mí :

— ¡Oh! ¡cuán hermoso sería todo esto, sino hubiera que atravesar ese endiablado riol

## EL DULCE Y EL ORO

Yo soy muy afecto al dulce. ¿Y qué de extraño? ¿No tengo mis puntillos de literato? ¿Y no es la literatura una golosina intelectual?

Si hacemos un análisis de la alimentación de la inteligencia humana, tendremos que se nutre de cosas muy diversas. A veces se mantiene con comidas por cierto muy pesadas: estas son las ciencias exactas, por ejemplo. Otras veces, con otras un tanto más livianas: esto es, las ciencias físicas. *Et sic de cæteris*. Hasta que por fin llegamos á los postres. Estos son la bella literatura y la siempre dulcísima poesía.

Estas, como verdaderos postres, son muy agradables al gusto, pero ¡ay! que muchas veces son también ineludible causa de funestas indigestiones cerebrales.

Para hacer más palpables estos símiles, pudiérase decir, por ejemplo, que los hombres de ciencia tienen convertido su cerebro en un sólido y confortable restaurant, y que los literatos y los poetas lo tienen convertido en una perniciosa confitería, donde cada pastel, cada confite, es el germen dormido de una indigestión.

Por lo tanto, yo saco en consecuencia, que al ser afecto al dulce, no hago más que hacer corresponder mis gustos artísticos con mis gustos culinarios.

..

Siempre que paso por el escaparate de una confitería, me quedo ante él sumido en un éxtasis profundo. No oigo, no siento nada, no me muevo: pero adquieren en mi interior proporciones colosales las

fuerzas digestivas, y el órgano de la vista experimenta una lucidez capaz de atravesar una pared!

Miro los caramelos, las masas, los confites, y embebido en mis pensamientos, retrocedo á las épocas de mi niñez en que mis orgías de dulce tuvieron su apogeo; y recuerdo cómo cuando se me negaba alguna golosina, yo apretaba los puños y decía con los ojos enturbiados por el llanto:

— ¡ Pues no he de estudiar para doctor! ¡ He de estudiar para confitero!

Mi madre se asustaba, y me daba incontinenti la deseada golosina. Pero mi padre quedaba silencioso.

Ahora comprendo por qué: quizá por no verse en el caso de apoyar mi idea.

Hoy no soy ni doctor ni confitero; pero si pudiese optaría por esta última *carrera*; no solamente en atención al dulce, sino á que en este pícaro tiempo que corremos, es mucho más provechosa que la otra. Todo el mundo hoy en día es abogado; pocos son confiteros; y luego, la gente pasará muy bien sin pleitos, pero sin dulce!... Es preciso tener un estómago demasiado puritano ó demasiado insipido!

∴

Creo que pensando en esto mismo, venía yo ayer por la calle de Defensa, y al llegar á la esquina de Victoria, me detuve á contemplar el escaparate de la confitería *La Argentina*.

Hoy día todo se imita en dulce. Este hace de yeso y mármol, pero más provechosamente, al menos según mi gusto. A mi se me da un bledo del busto de un grande hombre en yeso ó mármol; pero si el molde ha servido para vaciar azúcar ú otros ingredientes

digestivos, me lleno de admiración y de contento ; formo parte del coro de su gloria.

Así pues, miraba sin extrañeza en el escaparate cómo entre castillos feudales con sus rastrillos y puentes levadizos, y entre moradas chinescas, torres, palacios, catedrales góticas . . . — todo lo más vistoso del arte arquitectónico trasladado al arte que calificaremos de *dulzórico* — cómo, repito, vagaban en ordenado desorden, por uno y otro lado, bellas cajas y cartuchos con confites dorados y plateados; sandías abiertas de color rojo, como si aún brotara sangre de sus carnes acabadas de herir por el cuchillo; peras, duraznos, guindas, y cien frutas diversas de diversos climas; y entre toda esa rara multitud de objetos, una corona de laurel dorada, de un parecido tal, que casi estuve tentado de creer que aquel escaparate fuera el de alguna *Confitería y Joyería*; cosa que no tendría nada de extraño, desde que hay entre nosotros una casa de más híbrido comercio. Me refiero á la *Confitería y Librería* de la calle de Artes entre las de Piedad y Rivadavia, cuyo letrero arranca una sonrisa á todo transeunte.

¡ *Confitería y Librería!* . . . ¡ Esto es el colmo de un letrero !

Y á propósito : este recuerdo viene en apoyo de las teorías que sobre dulces y letras he emitido anteriormente.

La corona aquella sugirió en mi mente un cúmulo de ideas. ¡ Cuánto no había luchado yo por conquistar una para mi frente ! ¡ Cuántas noches tristísimas pasadas en la soledad y en el silencio, el rostro pálido por la vigilia, las manos temblorosas por la excitación nerviosa del cerebro, oprimiendo con una la frente enardecida por la ansia del crear, y con la

otra la pluma reveladora, esa vara de Moisés que hace brotar en el papel desierto las letras, que encadenadas en hileras, como fantástica legión en marcha silenciosa, van combinando las palabras, las cuales á su vez parecen correr sobre el papel triunfantes, poseedoras ya del fuego de la idea que luchaba rebelde en el cerebro!

Imágenes y versos, recuerdos y esperanzas . . . todo empezó á agitarse dentro de mi ser : mi corazón palpité violentamente, mi frente se encendió : empecé á soñar.

¡ Quién sabe cuánto tiempo hubiera permanecido así, si un torpe transeunte no me hubiera hecho la caridad de despertarme imprimiéndome un tremendo pisotón !

¡ Adiós versos é imágenes, recuerdos y esperanzas !

¡ Cuán frágil es su naturaleza vaporosa ! . . . Todos desaparecieron ante el prosaico y positivo dolor de un callo !

Envié no sé qué placentero saludo al transeunte, refunfuñé penosamente un rato, y volví á la contemplación de la vidriera, pues el dulce me atrae siempre, aún despues de ser la causa de un dolor.

Pero ya no soñé más. Miré la corona, no con ojos de poeta, sino con ojos de gastrónomo. En vez de inspirarme imágenes y versos, me inspiró un deseo inmoderado de poseerla, no para ornar mi frente, sino para ornar mi estómago.

Tenté desesperadamente mi bolsillo, porque por lo general lo tiento en vano, pero por fortuna no reinaba allí el vacío ; y en los extremos de mi alegría, no pudiendo darle un beso agradecido, le di unos golpecitos cariñosos con la mano escudriñadora.

∴

Entré á la confitería, y pregunté al mozo el valor de la corona.

— Diez mil pesos — me repuso.

— ¡ Diez mil pesos ! . . . ¡ Diez mil pesos ! — repeti maquinalmente con aire sorprendido.

— Si, señor : diez mil pesos — volvió á decir imperturbablemente mi interlocutor.

Creí que él ó yo, uno de los dos, estaba loco, ó soñaba cuando menos.

Por si acaso me las habia con un orate, sonreime dulcemente, y dando á mi semblante una expresión de ingenuidad y confianza, volví á hacerle mi pregunta, previniéndole que no me referia á toda la confitería sino á la corona solamente.

— ¡ Pues esa, si, diez mil pesos ! — dijo ya medio picado.

Creí llegado ya el momento de las explicaciones, y siempre con mi aire cándido, le pregunté si era que estaba tan caro el azúcar, que los objetos con él fabricados alcanzaban un valor tan fabuloso.

Cambiáronse los papeles. El sorprendido entonces lo fué el mozo, quien me dijo si no veia que era una corona de oro, de oro verdadero y puro, sin mezcla ni engañaifa.

¡ Una corona de oro entre los dulces ! . . . . . Pues señor : no habia más : *Confiteria* y *Foyeria*.

Miré el armazón para ver si habia otras alhajas.

¡ Nada ! La corona de oro era la joya única y reina entre masas y pasteles, caramelos y confites.

El mozo, á mi pedido, me mostró mas de cerca la corona.

Entonces advertí que la caja que la contenia era

magnífica, de seda, cuero fino y terciopelo, y que en fin, la joya valía muy bien los diez mil pesos.

Pregunté cómo había venido á tener aquel destino; y el confitero me refirió esta historia, cuya veracidad he comprobado por datos de otras fuentes :

∴

Cuando el Centro Gallego de esta ciudad decidió efectuar los segundos Juegos Florales (en 1882), pasó, como de costumbre, circulares á autoridades y asociaciones, solicitando su concurso de temas y de premios.

El coronel don Ruducindo Roca, gobernador de Misiones, designó el tema *El Porvenir de Misiones*, para ser tratado en prosa ó verso, asignando como premio á la mejor composición una corona de oro.

El tema no fué tratado ni cantado, quedando la tal corona sumida en la orfandad más deplorable y virgen de prosa y verso !

Pasaron los tiempos : vino el otro año.

El Centro Gallego, para conmemorar el aniversario del descubrimiento de América, inició — á falta de los Juegos Florales de costumbre — una fiesta en sus salones : concierto, baile, etc., etc. ; y como hoy día todas las fiestas llevan en pos su bazar correspondiente, el Centro Gallego siguió la corriente, y estableció también rifa de objetos por medio de cedula.

Pasó circulares á varias personas para la contribucion de objetos; y el coronel Roca, que no podía hacer uso alguno de la corona de marras, — primero, por modestia, como naturalmente se comprende; y segundo, por que no es literato ni poeta, — la remitió por segunda vez al Centro, para que formara parte del bazar.

El confitero en cuestión, compró la cedulilla en que estaba el número correspondiente á la corona, y como él no es tampoco literato ni poeta, considera muy oportuno deshacerse de ella para aumentar su negocio de masas y pasteles, caramelos y confites.

..

A ese efecto, la ha puesto bien á la vista en el escaparate, entre todos los dignísimos objetos del ramo de su comercio, como quien dice, poner á un poeta entre una reunión de personas cuerdas y sensatas.

El confitero está muy en su derecho, y aún es quizá sin saberlo un heraldo del triunfo de la prosa, cada día más rolliza, sobre la pobre poesía, cada día más ética y mezquina. Pero también estarán en su derecho los cultores de las letras en gritar ¡ profanación ! y en arrojarle, evocando la augusta sombra de las antiguas Musas y del rubicundo Apolo, el anatema de su reprobación más indignada!

Que un poeta vaya á parar en confitero.... ¡ pase ! ¡ grandes son las vicisitudes de la vida : pero que una corona de laurel de oro vaya á parar al escaparate de una confitería..... ¡ hombre ! esto es algo que no tiene precedente en la historia de todos los tiempos y países !

En otros tiempos, en la antigua Grecia, ese hombre, el confitero, hubiera bebido la cicuta..... si el pueblo no lo hubiera lapidado antes. En los días que corren, hoy, nosotros..... nosotros hacemos un artículo humorístico !

## CÉLEBRE Y MÁRTIR

¿Hay algo bueno en el mundo, que por más bueno que sea, no deje de tener su lado malo?

Hasta la celebridad lo tiene; la celebridad, una de las cosas más gratas para el hombre.

El hombre célebre tiene mucho de glorioso, de divino; pero mucho también de víctima, de mártir: tanto en vida como en muerte.

El sueño de la tumba, que para otros es el reposo eterno, para él es una eterna pesadilla.

Nunca dejan quietas sus cenizas: siempre hay una mano curiosa para removerlas. El historiador, el filósofo, el poeta, el periodista..... todos tienen algo que hacer con su memoria.

¡Y gracias que entre nosotros no hay frenólogos! que dicen que en otras partes hacen herejías.

Figúrense ustedes que estos sugetos hasta han llegado á desenterrar cráneos de hombres célebres, tan sólo por el placer de mirar y contar y examinar los bultitos que los fulanos tenían en la cabeza, y ver si tenían tales huesos puntiagudos ó aplastados y si.... en fin, los frenólogos suelen ser los admiradores más peligrosos de los hombres célebres, pues no se contentan como los otros con manosearlos por escrito solamente, sino que también los manosean en realidad.

Hasta se ha dado caso entre los sabios tales, de algunos que con el cráneo de una celebridad, envuelto en un pañuelo, se han echado por esas calles en busca de sus amigos, ó á la buena de Dios si estos no eran encontrados, y deteniendo al primer transeunte de rostro más propicio, le han demostrado

El hombre célebre es además el niño mimado del arte. Mimos de gato: ¡Dios sabe cuántos arañoses no le causan!

No hay pintor que no se ensaye dibujando su retrato; no hay escultor que no aprenda á modelar el yeso formando los contornos de su busto; no hay poeta que no se crea con derecho á enhebrar en su honor algunos versos.

Y si él también es poeta... ¡santo Dios! ¿quién contiene el hidrófobo aquelarre de sus colegas desatado en su loor?

Eso en vida; que en muerte aún es peor. El sueño de la gloria ha de tener para él más pesadillas que el sueño de un sonámbulo.

Todos los hijos de Apolo corren á invocarlo, todos pulsán el arpa en su memoria: creeríase reo de lesa poesía el que no lo clavara en cruz en el santo madero de una elegía!

El poeta célebre es el más mártir de los hombres célebres.

Y mirándolo bien, no deja de ser justo. Y si no, recuerden ustedés aquello de que *quien á hierro mata, á hierro muere, y no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague.* y... mil más resúmenes de ciencia popular, como han dado en llamar á los refranes, que vendrían como de mano en apoyo de mi aserto.

Y tengan en cuenta aquello tan sabido de *vox pópuli...*

..

Si ustedes creen en la inmortalidad del alma, y en que esta sea sensible á las cosas de la tierra, áun después de desligada del cuerpo en que vivía, podrán perfectamente darse cuenta de cuánto no ha de sufrir

un hombre célebre al día siguiente de su fallecimiento.

Paso por alto necrologías de diarios, maldiciones de herederos chasqueados, etc., etc., y concréteme únicamente á la ceremonia del entierro.

Ninguno de ustedes ha dejado de ser alguna vez espectador, cuando no cómplice, en un acto como el que voy ligeramente á describir:

Camino del cementerio, un carro fúnebre, uno solo nada más, se lleva cómodamente el ataúd de un hombre célebre, lo mismo que si fuera el de cualquier mortal.

Acompáñalo un cortejo numeroso.

En primer término vese á los deudos, que, como es de práctica, caminan cabizbajos y con los ojos hinchados de llorar.

Como los grandes hombres están muy por arriba de las miserias de este mundo, ó desprecian las riquezas, ó las aprovechan derrochándolas; y por lo tanto, mueren generalmente pobres. Así pues, tienen los deudos que llorar, aunque más no sea, la pérdida de una herencia que debiera haber existido.

Siguen después los amigos del difunto, que cuando vivo, más de una vez le sacaron el cuero á pedacitos, y que ahora, cuando ya no lo necesitan para nada, no tienen palabras con que ponderarlo.

— ¡Pobre Fulano! Tenía ciertas ligerezas, es verdad, pero ¡qué fondo de bondad en cambio! ¡qué corazón tan noble y generoso! Etc., etc.... — Ya ustedes saben lo que se usa decir en estos casos.

Pues entre ese acompañamiento, yo, que soy de un espíritu un poco observador, noto algunos individuos que no marchan muy tristes que digamos, pero que no obstante van grandemente preocupados.

¿Son deudos lejanos del difunto? ¿Siquiera amigos íntimos?

Nada de eso: muchos de ellos ni conocían su metal de voz. Son simplemente oradores y poetas, por partes iguales: la mitad de una especie, y la otra mitad de la otra: iguales hasta en lo nocivas, pues un orador es un charlatán en prosa, y un poeta es un charlatán en verso.

Pues como dije ya, caminan grandemente preocupados.

Es que los unos—los oradores—van recordando y repitiendo de continuo *in mente*, para no tener después tropiezo alguno, el discurso cuyas frases enhebraron tranquila y concienzudamente ayer en el velorio, y que hoy, en el entierro, espetan al cortejo como una *improvisación desaliñada*.

*El dolor que embarga sus almas no ha dado treguas á la mente, para combinar en artisticos giros las ideas. Sólo vienen á derramar una lágrima sobre el cadáver del amigo fiel, del padre cariñoso, del ciudadano sin desliz ni tacha.....*

Y no continúo, porque ustedes en su interior se lo están recitando de memoria.

Los otros—los poetas—van declamando por lo bajo una *humilde composición*, también nacida de improviso en su alma desolada ante el aspecto conmovedor que ofrece todo un pueblo llorando la pérdida de uno de sus ciudadanos más ilustres.

Los versos en estos casos son tan enternecedores, que verdaderamente, da ganas de llorar.... al ver así la poesía!

Comienza el poeta pidiendo al finado con dolorido acento *que inspire el labio suyo, descendiendo en espíritu de la morada eterna para envolverlo en sus radiantes*

*alas, ó (si acaso conceptúa que el otro está muy atareado, con motivo de ser tan reciente su mudanza de este barrio para el otro), que escuche placonero de lo alto del Empireo su querrela!* Concluyendo inevitablemente con aquello de que *su memoria, y su historia, y su gloria, brillarán eternamente, sobreviviendo á la mundana escoria, etc., etc.....* ¡ Todo porque lo diga el muy cretino! y eso, con un acento tan dogmático, que no parece sino que él manda en la posteridad!

..

¡ Nada! ¡ sigo en mis trece! El hombre célebre es un hombre mártir. Más vale idiotizarse de un golpe de cráneo contra la pared, que no tener que aguantar, vivo ni muerto, las felinas caricias de oradores y poetas.

Dice Lucio Mansilla en su *Excursión á los Indios Ranquales*, que él no está por los términos medios: que quiere, ó ser el general Mitre, ó el zapatero de enfrente.

Yo tampoco estoy por los términos medios... Estoy por el zapatero de enfrente.

¡ Dios me libre de ser célebre!.....

Yo quiero morir en mi cama, tranquilo y de buena muerte, y no de un mal discurso, ó de una composición poética á traición!

Y luego, después de muerto, no quiero ser la presa, que á prosas y poesías, se dispute alguna bandada de aves literarias.

## EN UNA ESTANCIA ORIENTAL

El río Santa Lucía que surte de aguas potables á Montevideo, y desemboca en el Plata, tiene su nacimiento á diez ó doce leguas al nordeste del pueblo de Minas. Baja, pasa por entre los cerros de Arequita, célebres por sus hermosas grutas naturales, y se dilata en un llano feracísimo, que lleva en largo trecho el nombre de *Costa de Santa Lucía*.

En una de las estancias de esa Costa me encontraba yo á principios del verano de 1884, reposando dulcemente de las fatigas de un molesto viaje.

Un pésimo camino, en cuyas pulperías, armazones escuálidas y huecas, no había encontrado nada con que satisfacer decentemente mi sed ó mi hambre; un vehículo fatal, que era arrastrado por caballos tísicos, tan débiles, tan flacos, que podía tocarse el arpa en sus costillas; catorce horas de sol, en que éste había derrochado su calor con una prodigalidad tan desprendida, que era cosa de morir de envidia al pensar en los habitantes de Neptuno..... todo se había reunido para hacerme llegar molido, hambriento, achicharrado, y de un humor más negro que la tinta con que escribo estas negras impresiones.

También, cuando llegamos, y paró la diligencia, bajé en dos brinco de ella, con tanta satisfacción, como si me desprendiera del vientre de algún monstruo.

Aun lo recuerdo. A algunos pasos de ella me paré, le hice la cruz, juré no entregarme más á sus pérfidos barquinazos, aunque tuviese á la vuelta que hacer el viaje á pie, y en seguida me alejé, casi co-

rriendo, pues era tal el temor que me infundía, que hasta me la figuraba como un sér animado capaz de perseguirme.

Pues, como dije ya, reposaba dulcemente en una de las estancias de ese punto. Pasaron algunos días: llegó por fin el Domingo.

. .

Era una hermosa mañana de aire puro y cielo azul.

Daban las cinco, y yo ya estaba en pie, ó más bien dicho, ya estaba levantado, pues oprimía los lomos de un gentil corcel.

¡Ay! ¡demasiado gentil por mis pecados! Se había creído agasajarme al dármele; y yo hubiera mil veces preferido á su hermoso continente, el desairado aspecto del jamelgo más humilde!

Era aquel animal una escultura, pero con el diablo adentro. Piafaba, sacudía las crines, relinchaba, daba vueltas en torno de sí mismo.... en fin: yo estaba viendo el momento en que me lanzaba como una pelota por el aire!

Ibamos á pasar aquel día en plena fiesta. Varias diversiones campestres se habían organizado.

Primeramente, parada de rodeo. Emprendimos, pues, la marcha.

Componíase la cabalgata del dueño de la estancia, su familia, y unas cuantas *mozas* y *mozos* del contorno. Total: veinte personas.

La mañana estaba fresca, y yo, no obstante, sudaba. A duras penas conseguía ir la par de los demás. Hacía algunos años que no montaba á caballo, y luego, era aquél tan vivo, tan fogoso, que nunca *podré olvidarlo*: su recuerdo quedó impreso en mi.... memoria con señales indelebles!

Felizmente, el trayecto no era largo. Al cabo de una legua, llegamos al potrero, y después de haber dejado á las damas á una distancia preventiva, hicimos la parada de rodeo. Es decir, *hicieron*, porque gracias que pudiera pararme yo á mí mismo: tan mal parado habíame dejado mi gentil corcel.

.  
.

¡ Cuánto nos suele pesar á veces la ligereza con que soltamos una frase!.... La noche antes, me había yo permitido decir en la conversación general de sobremesa, tratándose del arte tauromáquico, que el lidiar un toro, no era cosa del otro mundo, y hasta había tenido la audacia de agregar que yo era capaz de eso y mucho más.

Entre el conjunto inmenso de animales que ahora pastaban lentamente á nuestra vista, cercados por la cabalgata y los peones, y que de cuando en cuando alzaban la cabeza, para mirarnos con estúpida curiosidad, ó lanzar un mugido prolongado al cielo, distinguíase un torito *chorreado*, de tres años.

Parecía que encima de su negra y brilladora piel, hubieran arrojado un balde de leche. Largas y desiguales listas blancas bajaban de su lomo, como chorreado en líneas ondulosas.

El dueño de la estancia lo puso á mi disposición galantemente, para lucir mis dotes tauromáquicas, pero yo me apresuré á hacer la justa reflexión de que era una lástima matar á un animal de tan hermosa estampa.

En vano me objetó que el animal estaba descornado, y no podría, por lo tanto, herirme. Seguí en mis trece de mostrarme compasivo, y no hubo reflexión que pudiera endurecer mi corazón.

Hicimos campamento en un puesto cercano, sebo- se mate amargo, y tomamos leche ordeñada por nosotros mismos.

A eso de mediodía, y después de haber cazado algunos avestruces con lazo y boleadoras, volvimos á las casas á almorzar.

. . .

Hicimos la digestión soporizados por una siesta espléndida, y á las cuatro de la tarde, dimos principio á una corrida de sortija, á cuyo efecto los peones habían colocado anticipadamente en un paraje llano y desembarazado de obstáculos, un arco rústicamente elaborado.

Yo no pude ensartar ningún anillo. ¡Muy al contrario! Una vez que entusiasmado me olvidé de que mis conocimientos en equitación eran tan exiguos, casi ensarté yo mismo mi persona en aquel arco maldito!

Llegó en seguida el turno de hacer un paseo al monte.

Pasamos el arroyo por un paraje bajo, no sin hacer previamente algunos equilibrios con un pie en el aire y los brazos levantados, al pisar de piedra en piedra, para no caer en el agua gimnasia acompañada de unos cuantos chillidos de las damas,—y entramos en el monte, sombrío laberinto de sauces, coronillas, talas, molles, mataojos, y cien más clases de árboles.

Unos con hachas para abrimos paso, cuando el sendero era demasiado angosto, otros con garfios para arrancar los nidos, estos con mate y provisiones campestres, aquellos con bolsas para llevar los pájaros..... todos éramos conductores de algo y alguna ocupación teníamos.

Bandadas de tijeretas, pirinchos, cardenales, jilgueros, calandrias, zorzales, tordos, palomas, cotorras, etc., etc., etc., cruzaban de un lado á otro, rompiendo el aire con sus cantos y sus vuelos, y se alejaban de sus nidos, temerosas de aquella visita intempestiva y bulliciosa.

Yo aproveché la presencia de los nidos, para hacer algunas insinuantes reflexiones sobre el amor á una *moza* de la comitiva; y todos los corazones latian conmovidos al ver los pichoncitos, implumes todavía, que sacábamos.

¡ Pero qué frágil es nuestra memoria! A la noche cada uno de nosotros les daba comodísimo asiento en el estómago, sin acordarse ya de que eran aquellas tiernas avecitas cuyo ingrato destino tanto se deplorara por la tarde!

Desgarrados los vestidos de subirnos á los árboles — los hombres, nada más : ya se comprende, — llenos de espinas, y sudor, y polvo, salimos del monte como si hubiéramos asistido á una batalla campal encarnizada.

Pero el cansancio del cuerpo no se siente, mientras duran los bríos del espíritu. En vez de volver á las casas, nos detuvimos á pescar en la orilla del arroyo, donde habíamos dejado unas cuantas cañas traídas al efecto.

Algunas tarariras y bogas hacían las delicias de los aficionados, que se pasaban cinco, diez, veinte minutos, con el corazón suspenso, mirando fijamente y silenciosos la boya de su caña, hasta que la vieran hundirse formando burbujitas en el agua, señal de que un pescado había prendido.

La pesca en los arroyos es por lo general dificultosa. La abundancia de pescaditos muy pequeños,

que comen la carnava sin prenderse, es muchas veces causa de que el pescador esté haciendo sin saberlo un papel divinamente cómico, pues sostiene con toda gravedad una caña que no pesca : como quien dice, un soldado que apunta con un arma descargada.

Esto me pasó á mi diversas veces : lo que acabó de ponerme de un humor negrísimo. Pues, señor : ¿no eran bastantes las fatales consecuencias del caballo? ¿Era aquello un paseo ó una via-crucis?

. . .

Ya la tarde declinaba ; el aire principiaba á refrescar ; y en el monte multiplicábanse los trinos de los pájaros, como el chispear de notas agudísimas de un inmenso, incesante martilleo.

No dejamos el arroyo sin darnos en sus aguas un baño delicioso.

En balde protestamos los del sexo feo que el agua nos enturbiaba la vista por completo. No tuvimos más remedio que sumergirnos á dos cuadras de distancia de las del sexo bello.

Volvimos á las casas. Comimos ; y á la noche, despues de bailar un rato, con guitarra, por supuesto, y de cantar los mozos y las mozas.... cada mochuelo, á su olivo.

¡Ay! ¡quizás hubiera estado yo mejor en un olivo y convertido en mochuelo, aunque más no fuera, que no en mi cama y con mi propio cuerpo!

En vano me daba vueltas y más vueltas : no conciliaba el sueño.

Llegó la nueva aurora..... y siempre igual : yo no había pegado los ojos todavía.

Ya me parece ver que ustedes se sonríen, y dicen con malicia refinada :

—¡ Claro está! ¡ Los efectos del amor! ¡ Alguna de las mozas lo flechó, y no pudo dormir pensando en ella!

Nó, no era eso..... Terrible es el amor, pero áun era más terrible mi tormento. ¡ En el paseo al monte, una legión de bichos colorados habíase prendido de mis carnes, estableciendo campamentos en ellas!

¿Y se hacen ustedes cargo de lo que son los *bichos colorados*?

Un ejemplo palpable, y además oportuno, ya que se trata de cosas del país vecino:

Figúrense ustedes á todos los *Santistas* prendidos al presupuesto de la República Oriental, y tendrán una idea aproximada.

## MIRARSE MUERTO

(SEMI-HISTÓRICO)

Hacia tiempo que el bueno de don Jacinto Almoa andaba pensativo.

Allá en sus mocedades había aprendido un poco de medicina; muy poco, pero lo suficiente sin embargo para matar á un enfermo.

Cursaba el segundo año, cuando la guerra civil por una parte, y algún cansancio por otra, hicieron que dejándose llevar del torbellino de la política, abandonara del todo sus estudios.

Después de mil peripecias, había llegado á la edad madura, lleno de desengaños y vacío de dinero. El último empleo público que desempeñara, había sido suprimido por razón de economías; y consecuente

á la marcha del Gobierno, don Jacinto no había podido hallarse también más económico.

Su situación era amarga: cesante, con una recua de hijos, y teniendo que verse mantenido por el trabajo de su familia.

Si hubiera sido joven todavía, quizá se hubiera dado á la literatura, refugio á que acudimos los que no servimos para nada; pero como ya era viejo (tenía cincuenta años), se dió á otra profesión no menos criminal: se dió á la medicina.

Aquella mata el alma; y ésta el cuerpo. Crean ustedes: el mundo no andará bien, hasta que frases y drogas, literatos y médicos, no sean abolidos.

En sus horas de ocio, que eran todas, don Jacinto empezó á hojear unos cuantos textos viejos que áun conservaba, con el objeto de recordar sus estudios juveniles; y como las tareas intelectuales daban ahora con un cerebro envejecido y débil, el bueno de don Jacinto principió á perder el juicio, ó más bien dicho, á cambiarlo por una monomanía persistente. Creyóse de buena fé predestinado, y anunciando primeramente á sus amigos su nueva profesión, ofrecióles sus servicios. Poco á poco fué extendiendo gradualmente el círculo de sus enfermos, hasta que obtuvo por fin reputación general de curandero.

Por supuesto que decía que si no tenía el título de doctor, era porque no quería, pues no estaba ya en sus años para ponerse á dar examen como una criatura.

Así logró embaucar á algunos infelices, lo que no tiene nada de extraño, porque éstos son muchos y parece que se ponen por delante para eso; pero lo que sí es extraño, es que don Jacinto se embaucó á

sí mismo: dos ó tres curas casuales, lo hicieron creer firmemente que era un hombre de ciencia á toda prueba.

Pasábase el infeliz días y noches llenándose la cabeza de higienes, patologías y terapéuticas, y á tanto llegó la cosa, que creyéndose al fin con fuerzas suficientes, propúsose inventar algún específico que lo inmortalizara.

Estaba con esta idea, tejiendo ensueños científicos, é indeciso en la elección de la enfermedad que había de tratar, cuando sobrevino la fiebre amarilla del 71, y acabó su indecisión.

Don Jacinto no tenía mal corazón, pero el sabio debía sobreponerse al hombre: se alegró: y púsose incontinenti á hacer experimentos, creyendo al cabo de algunos, haber conseguido su objeto. El específico estaba descubierto: llevaría su nombre, y éste, embarcado en aquél, como un marino en su nave, ya podría arribar algún día á las doradas playas de la inmortalidad.

Muy adelantado estaba, según él, en la senda de la gloria, pero muy atrasado, según doña Petronila, su mujer, en la de la vida práctica, pues en la casa solía tenerse apetito más tiempo de lo necesario.

Y esto prueba una cosa: que el día en que se logre embotellar el hambre no se podrá usar de mejor aperitivo.

Gracias á que la casa en que vivían era herencia de familia, y no habiendo por lo tanto que pagar alquiler, quedaban sus necesidades concretadas á la ropa y al sustento.

Lo cierto es que don Jacinto era muy poco llamado para curar enfermos, sin duda escarmentada ya la gente de su ciencia, aunque en cambio lo lla-

masen muy á menudo de los Juzgados de Paz, los cuales, eso sí, no escarmentaban jamás: en vano él respondía, á todas sus demandas, con un sincero: *¡No tengo ni un centavo!*

∴

Pues todas esas cosas eran las que tenían á don Jacinto Almoa en extremo pensativo.

El febrifugo estaba descubierto, ¿pero cómo ensayarlo y propagarlo? Daba la fatalidad que la fiebre amarilla no volvía; las malditas cuarentenas y otras precauciones del Consejo de Higiene la tenían alejada.

Don Jacinto estaba de humor negrisimo. Si su situación no hubiera sido tan crítica, él se hubiera puesto en viaje hacia alguno de los países en que ese flagelo es endémico; pero ¿cómo, con qué hacerlo?

El trabajo de aguja de su mujer y su hija mayor apenas podía mantenerlos miserablemente.

Era tal su pobreza, que hasta su aspecto era indigno de un discípulo de Hipócrates: tenía ya algo de *grageriano*. Su ropita estaba tan gastada ya, tan lustrosa por el uso, que parecía un espejo. Sin duda por eso él se miraba en ella. La cuidaba como á parte integrante de su persona, y tan integrante era en verdad, que se podía decir que era en él una segunda piel; como no tenía otra, jamás se la cambiaba, y no podía uno encontrarse con don Jacinto sin encontrarse con ella.

∴

Una mañana entró desaforado en su casa. Doña Petronila y su hija mayor, que estaban cosiendo, quedáronse sorprendidas al verlo. ¡El, siempre tan

grave y circunspecto, trasfigurado ahora y lleno de emoción!

Venia con un periódico en la mano.

—¿Qué es eso, papá?—¿Qué es eso, Jacinto?—preguntaron á un tiempo hija y mujer.

—¡Somos felices! ¡Ya tengo hecha mi fortuna!

Y don Jacinto brincaba como loco de contento, agitando el diario en alto cual si fuese una bandera.

—¿Pero qué es? ¿Qué le pasa? ¡Cuenta! ¿Cómo es eso de fortuna?

Y las dos mujeres abandonaron sus asientos anhelantes por saber qué era lo que daba al traste con la gravedad de don Jacinto, que en cuanto á eso, si, no habia hombre de ciencia que la tuviera más grande.

Por fin habló. Los brincos y la emoción lo habían fatigado: su voz era entrecortada por breves aspiraciones, como letras por puntos suspensivos.

—Oigan... Oigan... ¡Ya somos ricos!...

Ellas prorumpieron en otra exclamación, mezcla de impaciencia y alegría.

El tomó aliento un instante, y en seguida leyó el siguiente suelto:

«*Fiebre amarilla.*—Como es de dominio público, esta epidemia está haciendo estragos desastrosos en las ciudades marítimas de Méjico que dan al golfo. En Yucatán, Veracruz, y otros puntos muy poblados, ha llegado á hacer hasta trescientas víctimas diarias.

«Con ese motivo, el Gobierno Mejicano ha expedido un decreto, ofreciendo un premio de treinta mil patacones á la persona que haga el descubrimiento de un remedio para vencer ese fatal flajelo.

«No importa que el inventor sea titulado ó no,

con tal de que el febrífugo, después de ser ensayado por las autoridades, dé el resultado que se desea.

« La aprobación del Consejo de Higiene y el pago de los susodichos treinta mil, se seguirán una á otra.

« ¡ A la empresa, pues, hombres de ciencias! Aquí es el caso de ser bendecido por el género humano, adquirir eterna gloria, y lo que es más positivo: una suma redondita para pasar la vida alegremente esperando la hora de la inmortalidad ».

Don Jacinto, al concluir, se quedó lelo. Había fijado los ojos en su mujer y su hija, y las había visto volver silenciosamente á sus asientos, con ese aire de decepción y mal humor de quien siente caérsele el alma á los pies.

¡ Pero, mujeres, por Dios! ¿ Ustedes no han entendido? ¡ Si tengo hecha mi fortuna!

Ellas volvieron á su costura, inclinaron la cabeza y no respondieron.

— ¿ Tengo más que ir á Méjico, presentar mi febrífugo, ensayarlo, recibir mis treinta mil patacones y volver á disfrutarlos?

Aquí estalló doña Petronila, que solía tener sus arranques de mal genio.

— ¡ Pero, pedazo de animal! le dijo — ¿ y con qué te vas á Méjico? ¿ Tienes acaso ni para hacer el viaje de una legua?

— ¡ He pensado ya en eso! Vendemos la casita, y nos vamos todos á Méjico. Por lo menos, sacaremos de ella cincuenta ó sesenta mil pesos, cantidad que basta y sobra para que hagamos el viaje y pueda presentarme yo decentemente, porque...

Ella lo interrumpió, diciendo con sarcasmo: — Si... nos quedamos sin casa... nos da la epidemia en Méjico... se ríen de tu específico... y... ¡ hombre, hom-

bre! la pobreza te vuelve loco, Jacinto! Piensa en que tienes hijos y debes tener más juicio. Anda, anda, y ve si consigues un empleo cualquiera, que será mucho mejor!

Y volviendo á tomar la aguja, prosiguió su costura.

Don Jacinto, sofocado por la indignación, la había escuchado mirándola fijamente, sin poder interrumpirla. ¡ Desconocer su talento! ¡ Burlarse de su específico! ¿Y quién? ¡ Su propia mujer!.....

Reprimióse, sin embargo, porque don Jacinto tenía educación, y le dijo amargamente:

—Bien podías, Petronila, no echarme en cara mi desgracia. Si no trabajo, es porque no encuentro en qué. Tú bien lo sabes.

Aquí saltó la niña, diciendo:

—Sí, papá. Pero es que usted con su manía de medicina, busca el trabajo por ese lado, y no lo halla, en vez de buscarlo por otro más positivo, donde seguramente lo hallaría: ir á ver al Ministro, por ejemplo, y pedirle una vacante.

—¡Claro está! dijo la madre.

—¡Usted, so mocosuela, no sea atrevida, no se meta en camisa de once varas!—gritó el padre estallando; y ya fuera de sí se le acercó, y aplicándole la mano, como quien da vuelta un torno, le dió un pellizco tal, que casi la suspendió en el aire.

La niña largó el llanto.

La madre levantóse furibunda, y echando fuego por os ojos, dijo al infeliz discípulo de Hipócrates, que arrepentido ya de su arrebato estaba como asustado.

—¡Eso más! ¡No trabajas en nada, y aún vienes á pegarnos, miserable!

Y loca de indignación y de dolor, hizo duo con su hija: largó también el llanto.

El pobre don Jacinto, lleno de amargura, se apretó la cabeza entre las manos, y exclamó con sordo acento:

—¡Oh! ¡esto ya es demasiado!

Y como en un día sonriente y claro se encapota de pronto el cielo cubriéndose de negras nubes, así su cerebro, nido de la alegría momentos antes, se cubrió de tristeza, y las ideas más fúnebres y negras empezaron á cruzarlo.

—¡No! ¡Ya no les haré más peso! ¡Yo las he de librar de este miserable!

Y se alejó, dejando tras sí aquel triste cuadro de llanto y de miseria.

..

Habría pasado una hora.

Las dos mujeres, sin hablar una palabra, trabajaban. De cuando en cuando, una lágrima rezagada surcaba aún sus mejillas, yendo á perderse entre los pliegues de la costura.

Aquellas infelices regaban su trabajo, no sólo con el sudor de su frente, sino también con sus lágrimas!

La pieza en que cosían daba á la calle.

De pronto sintieron como un rumor de gente que pasaba en muchedumbre; pero abstraídas en su tarea y sus pensamientos, no pusieron atención.

En esto abrióse la puerta, y los dos niños menores, que volvían de la escuela, penetraron en el cuarto precipitadamente.

—¡Mamá! —gritó el mayor, entre sollozos— ¡ahí llevan á papá!

—¿Cómo, que llevan á papá!

—Si..... ahogado..... en una camilla.... —agregó el otro, también llorando.

—¡Dios mío! ¿qué dices, niño? —dijo la pobre madre levantándose aturdida.

—Sí.... lo llevan á la Policía.... Se tiró al río....

—¡Jesús, Jesús! ¡Dios me ampare!....

Y cayó desfallecida en los brazos de sus hijos,  
Aquel día era funesto para aquella pobre gente.  
Hambre, trabajos, lágrimas.... todo se había reunido para martirizarlos.

Doña Petronila volvió en sí al poco rato.

Sus hijos lloraban prendidos de ella. Algunos vecinos rodeaban aquel grupo enternecidos.

—¡Yo, yo tengo la culpa! ¡Desgraciada de mí! ¡Se ha suicidado por lo que yo le dije!

Las lágrimas la ahogaban.

De pronto se levantó, y haciendo un esfuerzo de ánimo, y dando á su rostro una expresión de serenidad sombría, limpió el llanto de sus ojos, y agregó:

—¡Quiero verlo!

En vano los vecinos quisieron oponerse. Púsose un manto por la cabeza febrilmente; y no dejando que ninguno de sus hijos la siguiera, corrió á la Policía.

Recién llegaba allí la camilla.

Abrióse paso entre la multitud, y exclamando desgarradoramente : *¡Es mi esposo! ¡Quiero verlo!* llegó hasta la camilla; pero agotadas ya sus fuerzas por el dolor y el cansancio. volvió á caer desmayada.

Al recobrar de nuevo los sentidos, fué interrogada por el Jefe de Policía sobre si quería que se llevase ó no el cadáver á su casa; y habiendo respondido afirmativamente, se le quiso evitar la vista de él y fué conducida á su domicilio en un carruaje.

. . .

El cadáver venía envuelto en una sábana.

El suicida se había desnudado, sin duda para darse cómodamente un último placer antes de morir; es decir: un buen baño; y había dejado sus ropas en la orilla, pero las olas del río, que estaba ese día furioso, las habían arrebatado al chocar contra las peñas.

Segun la opinión del médico de Policía el suicida había muerto instantáneamente, pues al tirarse, se había despedazado la cabeza chocando en una roca á flor de agua.

Sus facciones estaban completamente desconocibles; su rostro estaba deshecho y bañado en sangre; pero los vecinos de la casa, al colocar el cadáver en el ataud que al efecto fué á buscarse, reconocieron al punto á don Jacinto por su larga barba gris y su estatura elevada.

Como no había ni un centavo en casa, algunas almas caritativas se cotizaron, y trayendo cirios, paño mortuorio, lutos provisionales para la familia, etc., etc., pusieron la casa en estado de recibir dignamente á las relaciones que iban llegando noticiosas del suceso.

Y á las que aún no lo sabían, el largo crespón negro que se ató en el llamador de la puerta de calle, desde el primer momento, les hacía entrar á enterarse.

La pobre doña Petronila estaba sin consuelo. Ella se reconocía culpable del suicidio: las palabras de reproche que había dicho á su marido, habían exasperado á éste con razón llevándolo á aquel extremo.

En vano se queria alejarla de la sala donde habían colocado el ataud. Allí estaba gimiendo amargamente, formando un cuadro desgarrador con sus hijos prendidos de su cuello, que confundían con ella todas sus lágrimas en un solo llanto.

\*  
\*  
\*

—¿Quién ha muerto aquí?—dijo de pronto don Jacinto entrando en la pieza precipitadamente.—¿Por quién han puesto luto?

Imposible es describir la impresión que su presencia produjo en propios y extraños.

En todas las cabezas erizóse el pelo, en todos los cuerpos helósc la sangre; y creyendo firmemente que era el alma del muerto, que por un prodigio venía á ver el cuerpo que acababa de dejar, emprendieron la huida locos de terror, dejando la casa sola en un instante.

Sólo quedó la esposa con los hijos, que ocultaban atemorizados sus cabezas, hundiéndolas en el vestido de la madre.

Ella se arrodilló delante de él, y le dijo con voz trémula, persuadida de que aquél á quien hablaba era el alma de su esposo:

—¡Sé que tengo la culpa de tu muerte, pero perdóname! ¡Yo pasaré mi vida en continua penitencia rezando por tu descanso!

Don Jacinto la miraba con tamaña boca abierta. Acercóse al ataud, y no pudo menos de palpase al ver el muerto, porque él también lo encontraba parecido.

En esto un grupo de gente entró en la pieza.

Eran los mismos vigilantes que habian traído el cadáver.

—¿Pero quién es este hombre?—exclamó por fin don Jacinto, con voz como estampido de mina que revienta, y sin poder darse cuenta de aquel suceso fantástico.

Uno de los vigilantes avanzó.

—Es un almacenero de la calle de Balcarce, que se había tirado al río porque estaba por quebrar. Y como era de su alto, y tenía barba larga y canosa como usted y estaba con la cara casi deshecha, muchos lo confundieron con usted. Recién hemos sabido la verdad, porque fué la familia á reclamarlo; y por eso es que hemos vuelto: venimos á llevárselo.

El acto era muy triste, y sin embargo, don Jacinto, doña Petronila, los muchachos, los vigilantes y algunos curiosos que se habían ido colando mientras tanto, rompieron en una franca carcajada.

..

Pero la alegría de los de la casa duró poco, porque después de haber sacado el ataud, don Jacinto, dirigióse á su mujer, y le dijo con mucha gravedad:

—Apróntame todo lo necesario para hacer un viaje. Esta tarde me embarco. Vengo de la Legación de Méjico. El Ministro se compromete á pagarme el viaje hasta Veracruz. Ustedes, mientras tanto, se quedarán aquí hasta que yo vuelva con los treinta mil, y se acaben los trabajos.

El Ministro mejicano se había dejado seducir indudablemente por la gravedad peculiar de don Jacinto, y como éste además tenía cierto barniz social, reliquia de sus buenos tiempos..... No hay duda alguna: don Jacinto decía la verdad.

Y, en efecto, el discípulo de Hipócrates embarcóse aquella tarde, conduciendo su febrifugo.

No ha vuelto á saberse de él en Buenos Aires.

Sin embargo, hay quien dice, y aun afirma, que al llegar á Veracruz le dió la fiebre, y que habiendo ensayado en sí mismo su específico, reventó como una bomba!

## UN PASEO A CABALLO

Montevideo, Setiembre 28 de 1884.

Como en el proscenio de un teatro, cuando empiezan á pasar, uno tras otro, multitud de comparsas diferentes, y á sucederse cambios de decoración; así en mi memoria empiezan á pasar, instante por instante, las horas del día de ayer, y siento en mí renovarse una tras otra, las impresiones en ellas recibidas.

.....  
Voy montado á caballo. Son las seis de la mañana. Ya he dejado atrás los últimos edificios del barrio del Norte, y empiezo á costear los murallones. Detengo el caballo: giro los ojos.

A la izquierda está la ciudad elevándose simétricamente sobre la cuchilla con sus calles anchas y rectas; enfrente, la bahía, con su selva de mástiles embanderados (es domingo), serena y adormecida como un lago; y á la derecha, la costa del Pantanoso, sembrada de saladeros y de chacras, terminando con el Cerro, en cuya masa verdinegra encostrada de rocas, se destacan, desgranadas en grupos caprichosos, varias casitas blancas, á manera de bandada de palomas que ha abatido el vuelo en una altura.

El día es hermosísimo: primicias de primavera. El cielo está azul, sin nubes: sólo allá á la altura de la fortaleza del Cerro se ven una cuantas de ellas formando un pequeño grupo, que parece el penacho de humo de un volcán.

¡ Lo que son las apariencias!.... ¡ El Cerro, tan pacífico, con aspecto de Vesubio!

∴

Sigo:

Esa extensión de terreno donde están los murallo-  
nes, hace quince ó veinte años que ha sido arrebatada  
al agua: ántes era playa; es uno de los parajes más  
pintorescos de Montevideo: y la desidia de las au-  
toridades no ha podido en todo ese tiempo acabar  
de rellenarla todavía: hay partes donde el agua casi  
ha deshecho los fuertes muros de piedra, abriéndoles  
con sus olas inmensos boquerones, como si hubieran  
sido tomados por asalto á cañonazos: y el agua, que  
en algunos puntos quedó encerrada entre los cuadros  
de pared, y que nunca fué extraída, ha formado una  
porción de estanques que son focos permanentes de  
infección.

Pero estos parajes están poblados, no obstante.  
Tan es así, que al pasar, casi me ensordece el ruido  
de sus habitantes.

¡ Qué gente tan alegre! ¡ todos cantan! Parecen, en  
lo bulliciosos, periodistas.

Todos cantan, y los hay de todas veces. Lo que sí,  
que forman coros uniformes (en esto ya no parecen  
periodistas): en cada estanque se canta en tono igual.  
Los hay con voz de tiple, los hay con voz de soprano  
y hasta los hay con voz de bajo, pero una voz de  
bajo aguardentosa, ó así como de persona resfriada.  
¡ También no es para menos! ¡ miren que eso de es-  
tar siempre en el agua!.....

Casualmente, voy pasando al lado de un estanque  
donde se canta con esta voz de resfrio. Los gritos  
son roncós, secos, formando así como el coro de  
muchas castañuelas.

¿ Si serán las ondinas del estanque que están bai-  
lando jotas debajo del agua?

¡ Qué ondinas ni qué manía de poetizarlo todo!...  
Son ranas simplemente, pero en número tal que  
cualquier día tomarán por asalto la ciudad.

Un silbido agudo y largo me saca de esta medi-  
tación. Es la locomotora que pasa. El caballo se  
encabrita.

Cerca de la orilla hay un viejo pontón, y como  
soy muy propenso á la filosofía, su vista me sugiere  
una infinidad de reflexiones.

Y me digo:

—Ese quizás ha dado la vuelta al mundo, cuando  
buque gallardo hendía soberbiamente el mar, cargado  
de riquezas; y ahora ahí está inmóvil, arrumbado en  
un rincón de la bahía, con su armazón ya casi en  
esqueleto, viéndosele las costillas destabladas.

Y el pobre verá sin duda con dolor cómo pa-  
san á veces por su lado, sin arribar á él como en  
tiempos más felices, en que lo rodeaban cortesana-  
mente en apiñada muchedumbre, — las más tristes  
balandras, los más humildes botes; y pasan así  
inclinados por el viento, como sin hacerle caso, como  
burlándose de él... quizá hasta dándole la popa  
desdeñosamente!

Mi caballo se detiene: yo también: él en su paso,  
yo en mi filosofía. Es que hay delante un arroyo: el  
Miguelete.

Busco el vado. A poca distancia lo hallo. Ya el  
agua me salpica, y tengo que alzar las piernas y  
acurrucarme en la silla en la posición más lastimo-  
samente ridícula del mundo.

Un galope. Cruzo el puente del Pantanoso, y  
empiezo la ascensión del Cerro.

La altura de éste es de unos ciento cincuenta metros sobre el nivel del agua que bate sus orillas.

. . .

Ya estoy en la cumbre. El aire es tan fresco, que parece que lava la cara. Tiendo la vista.

La península que forma la ciudad se destaca claramente sobre el río, como sobre una plancha; ésta está inmóvil, brillante, y tan azul, que parece más bien una vasta disolución de añil.

Las casas se utropellan y amontonan como un rebaño que se apresura por salir del agua.

Allá, en el confin del horizonte, se asoman las cabezas de los cerros de Pan de Azúcar y las Animas.

Todo es risueño, todo resplandece, todo está como de gala: el cielo, el río, la ciudad, las quintas que como verde guirnalda la circundan; hasta las playas parece que se han puesto hoy su mejor túnica de arena: brillan á la luz del sol como si fueran de bruñida plata.

También todo lo veo en uno de los primeros días de primavera, la que quizá ha escogido este domingo para estrenar este año su traje más hermoso.

En la fortaleza la banda lisa está ensayando dianas.

Principio á descender, y los ecos de tambores y cornetas, cabalgando sobre el viento, como sobre un corcel alado é invisible, van siguiéndome, ya claros, ya confusos, ya casi imperceptibles, hasta que al llegar al pie de la montaña, dejo de percibirlos por completo.

. . .

Tomo la dirección del Paso del Molino, siguiendo los rieles del Tramway.

Suelto la rienda al caballo y á la imaginación ésta y aquél emprenden el galope. Pero el va para adelante y la imaginación para atrás cede hasta la infancia.

¡Qué pasión tenía yo entonces por la ción!..... No había palo de escoba, para bastón al alcance de mi mano, que no lo traía yo en cabalgadura.

Un día (era mi cumpleaños) mi amor á la ción puedo decir que fué correspondido. Se galó un caballito de madera.

Mi entusiasmo fué tremendo..... pero efimambición crecía y se desbordaba en mí como puma en un choppe. Cuando montaba palos había suspirado por un caballito de madera que lo tenía, lloraba por uno de carne y hueso.

Pasó algún tiempo. Llegué á los 14 años entonces aquí, en Montevideo.

Se me ofreció que si salía bien en los exámenes obtendría la realización de mi ideal, ese ideal tiempo acariciado!

Nunca fué mi virtud la aplicación, pero en esta vez hice prodigios.

Vinieron las vacaciones, y pude salir á campo por esas calles, montado en un soberbio puma mi única y exclusiva propiedad, y mirando encima del hombro á todo el mundo.

Era un hermoso bruto. Cinco años, forma vivaracho, pelo oscuro y reluciente, y cabeza y largas crines, que yo me pasaba peinando horas y horas!

. .

Mis recuerdos se interrumpen. He llegado

so del Molino. Me bajo en un restaurant, y póngome á almorzar.

Yo, después de comer, soy el hombre más feliz del universo: no tengo ideas. Estas abandonan el cerebro, lo dejan deshabitado, y aún más todavía: vacío; pues al abandonarlo, se llevan consigo todos los trebejos que suelen amueblarlo; es decir: sueños, historias, imágenes, y otros mil disparates, que las más de las veces me hacen creer que llevo un manicomio encima de los hombros.

Pero al irse del cerebro, las ideas no por eso me abandonan: cambian de domicilio nada más; ó más bien dicho: de piso: se refugian en mi estómago. Echan allí cada siesta, que parece más bien que estuvieran en el campo; hasta que las despiertan los clamores que él exhala, solicitando nuevos alimentos. Ellas entonces se escandalizan, y emprenden la disparadas, siempre con sus trebejos á cuestras, y en un segundo, etán otra vez de vuelta en la cabeza.

Y esto no ha de sucederme á mi no más. Creo que somos muchos los que pasamos por igual cosa. Y sino, recuerden ustedes tanto escritor que escribe bien cuando tiene hambre, y que después que tiene fama, y por consiguiente, plata, y que en consecuencia come, ya no escribe nada que valga la pena.

¡Pero lo que es la dificultad de saber uno expresarse propiamente! ¡Vean ustedes qué digresión para decir que mientras hago la digestión (tres horas largas), me estoy en el restaurant como un autómatas sin pensar, sin mirar, sin hacer nada!

..

Vuelvo á montar á caballo. Es medio día. Tomo el camino del Puente de las Duranas cuyos sauco

llorones me parecen los más tétricos que he visto.

¡Pobrecitos! ¡también no es para menos! El arroyo que á sus plantas se desliza es tan raquítico, tiene un agua tan turbia, tan barrosa, que verdaderamente, ellos no han de poder menos de mirarse en su superficie sin sumo desconsuelo!

Al cruzar este camino, todo bordado de preciosas quintas, me envuelve un olor de flores que me embriaga.

Podría creerse que los árboles y las plantas han estado atesorando perfumes todo el año para derrocharlos ahora en este día.....¡pero de qué manera!..... Decididamente: la primavera es un mal ejemplo para la juventud: pródiga, ardiente, embalsamada, hermosa..... y luégo, ¡tan verde!

\*  
\* \*

Otro galope.

Parece que es lo que ha esperado la imaginación. Se reanudan mis recuerdos.

Ya tenía yo, pues, un caballo, pero no un caballo apócrifo, sino uno de carne y hueso.

Todas las tardes salía yo á dar en él algunas vueltas por los alrededores de la ciudad.

Un día andaba por la Estanzuela. Era un día de primavera como este.

Pasaba rozando el cerco de una quinta, cuando ví un jazmín del Cabo tan hermoso, y luego tan al alcance de la mano, que me sentí tentado á infringir el sétimo mandamiento.

Era muchacho; y á esa edad, aunque por la mañana se estudie el catecismo, por la tarde no hay escrúpulo en echar al olvido sus preceptos.

Bájeme del caballo, y teniéndolo de la rienda,

me acerqué á arrancar la flor. ¡Ya me parecía verme con ella en el ojal, haciendo escarcear mi pingo por la calle del 181 (1)

Pero en el momento de echarle la mano encima, me quedé con ella abierta y suspendida en el aire. El cerco no me había dejado ver una persona que estaba allí, á pocos pasos.

Era esta una linda muchacha, que con un cepillito en una mano, andaba limpiando las plantas de los insectos que suelen carcomerlas, y al mismo tiempo formando un ramillete.

— ¡Vamos! — dije para mí — ¡Estoy pillado in-fraganti! Aquí no hay más remedio que dar un golpe de audacia.

Y continué en alta voz, dirigiéndome á la joven;

— Señorita: ahora que la veo á usted, no extraño que ese jazmín me haya tentado á que lo arrancara sin permiso de su dueña, pues desde que es tan tentadora quien lo cuida.....

La niña, — pues era más bien niña que señorita sonrióse y respondió:

— Haga de cuenta que no me ha visto. Arránquelo no más.

— Pero ya que usted es tan buena, tenga una bondad más: démelo usted misma. Así me impedirá que cometa un pecado, y me dará el inmenso placer de recibirlo de sus manos.

Y etc., etc. La conversación siguió tan insulsa como había principiado, creo que una hora más; pues cuando se empieza con una flor, bien se puede acabar con un apretón de manos.

(1) Calle del 181 de Julio, en Montevideo, llamada generalmente así por abreviación.

Cuando me retiré, no sólo llevaba el jazmín, sino también el ramillete que ella estaba formando á mi llegada.

Enfin: aquello acabó por enamorisquiarnos uno de otro locamente.

¡Y en qué edad! La cosa era peligrosa. ¡Ella trece años, y yo catorce!

Todas las tardes iba yo á la Estanzuela, y no volvía hasta cerrada la noche.

La familia de la muchacha era muy pobre. — El padre — que era un animal — arrendaba la quinta en que vivían, y ganaba su sustento cultivándola.

Un día nos encontró en sabrosa plática, con las miradas húmedas, las manos entrelazadas, y otros detalles más, diciéndonos y probándonos por la millonésima vez que nos queríamos.

¡Cosa más rara! Aquel cuadro tan tierno, en vez de ablandar su corazón, lo endureció de tal modo, que lanzando una interjección, y echando mano á una azada, se me vino al humo, y si no es porque como de costumbre, yo tenía, allí á mi lado, el caballo atado á un árbol, y que monté y disparé rápidamente, sin duda alguna me rompe las costillas.

Mientras yo iba como una exhalación cortando el viento, sentí detrás de mí algo como un confuso golpeteo de cachetes y un eco de gemidos.

Eran los resultados de la autoridad paternal en ejercicio.

Fui al día siguiente y al otro, y al otro, y nunca la veía. En vano me pasaba todo el día merodeando por los alrededores de la quinta. Galope aquí, galope allá. ¡Nada! Lo único que sacaba, era que de tratar á mi oscuro tan sin consideración, éste empezaba á enflaquecer notablemente. Y yo — no

hay que decirlo — desesperado por no ver á mi Julieta, estaba como un hilo. Corcel y jinete íbamos tomando ya un aspecto algo fantástico. Más de un transeunte, al vernos cruzar á la indecisa hora del crepúsculo por aquellos parajes solitarios, se había persignado apresurando el paso con temor supersticioso.

¿Qué era de ella?.....

O el padre la tenía encerrada, ó la había llevado á otra parte, ó estaba enferma.

. . .

Vuelven á interrumpirse mis recuerdos. Casi maquinalmente he atravesado el camino de Atahualpa, y he llegado á la cumbre del Cerrito.

Es la una y media de la tarde. El sol aprieta. Aunque la altura sea baja, comparada con la del Cerro, sin embargo, el panorama que desde aquí se domina es extenso y hermosísimo.

A la derecha, una larga hilera de casas, que parecen enhebradas como cuentas de un rosario: es el pueblo de la Unión, largo y angosto: al frente, la ciudad, cuyas cúpulas relumbran á manera de globos de cristal, al ser heridas á plomo por el sol: y un poco hacia la izquierda, el Cerro; siempre el Cerro: parece que es un curioso que todo lo quiere ver. Por el norte, por el sud, por el este, por el oeste..... por cualquier parte que uno tienda la vista en derredor, siempre se encuentra con él, siempre lo ve con su fortaleza allá en la cima, como si fuera un sombrero pequeñísimo en la enorme cabeza de un gigante!

Estoy en un paraje que ha sido teatro de sucesos inolvidables; algunos por lo gloriosos, otros por lo funestos. Aquí fueron vencidas las huestes españolas

por las armas argentinas y uruguayas; aquí tuvo su cuartel general el Teniente de Rosas.

Y por no ponerme á revolver en mi cabeza tanta gloria y tanta miseria, me alejo de este sitio.

Tomo un camino que da á la entrada de la Unión, cruzo el pueblo, y sigo hacia el Buceo.

Por más que he querido desechar de mi memoria los recuerdos políticos de tiempos ya lejanos, no me dejan, me acompañan tercamente, y van alborotando mi cerebro como enjambre de insectos bulliciosos. Pero de pronto se eleva en medio de ellos el de mi amor por la hermosa quintera, y todos huyen ante él despavoridos: sin duda se consideran impotentes para luchar con él en mi memoria.

.  
.

—¿Y qué había sido de ella?— me dice mi recuerdo.—¿La tenía encerrada el padre? ¿La había llevado á otra parte? ¿Estaba enferma?

Yo pensé varias veces en levantarme la tapa de los sesos.— ¡Tanta era mi desesperación! — Pero morir yo sólo!... ¡Todavía si hubiéramos podido hacerlo juntos!

Esta idea me salvó. Resolví esperar á saber algo de ella, aunque pasara las penas más horribles, y en cuanto pudiera verla, ya que su padre era un tirano, un monstruo, le propondría nuestro suicidio doble.

¡Cómo no hablarían los diarios poniéndonos por las nubes! ¡Qué sueltos necrológicos no se harían á nuestro respecto! ¡Qué comentarios entre las personas de nuestra relación, llenas de compasión y simpatía por las víctimas, y de odio y anatema por el verdugo! ¡Cómo no nos invocarían los amantes desgraciados al poético rayo de la luna!

Mientras tanto, me pasaba los días galopando por la Estanzuela y haciendo preguntas vagas á todo bicho viviente, sin conseguirsaber nada. Mis pesquisas eran vanas. Lo único que conseguía era estropear cada vez más mi pobre oscuro, que con tanto mal trato y ejercicio estaba que daba lástima: parecía él también enamorado.

Y cuando no andaba así, de un lado para otro, encerrábame en mi cuarto, y me ponía á hacer versos; pero unos versos tales, que mis amigos se ponían muy tristes cuando yo se los leía.

Naturalmente, yo me figuraba que era por la amargura de que mis elucubraciones estaban impregnadas; pero más tarde supe que era de conmiseración por mi persona, al ver que eran tan malas.

Un día que estaba entregado á una funebre tarea, y en lo mejor que mi pensamiento andaba como un anzuelo á la pesca de un consonante, sentí un rumor de dos voces en el patio: eran una que retaba, y otra que se disculpaba. Inconscientemente púseme á escuchar, cuando de pronto tiré pluma y papel, y salí puerta afuera alegremente: un rayo de consuelo había iluminado la noche de mi martirio: este rayo de consuelo era una idea, todo un plan.

He aquí la causa del rumor de aquellas voces y de mi inspiración estratégica.

Había llegado la lavandera, y se la retaba porque había tardado mucho tiempo con la ropa. Ella se disculpaba con que habiéndosele muerto su caballo, tenía que venirse á pie hasta la ciudad (vivía en la Estanzuela); y esto había entorpecido su método de trabajo.

Entonces no había tramway, y las lavanderas traían sus atados, como aún hacen algunas, en unos

matungos viejos que no salían del paso, pero que podían hacer el camino de la Estanzuela al centro una vez por semana, y hasta dos, si el caso era perentorio y los achaques de la vejez no se oponían.

Quizá el que pertenecía á nuestra lavandera era un Matusalen que había rendido su vida resistiéndose contra la muerte hasta quemar el último cartucho.

¿Para qué ser minucioso?

La lavandera no era incorruptible. Le di algún dinero, y al otro día supe que mi amada había estado en efecto muy enferma, pero que ya empezaba á convalecer.

¡Pobrecita! ¡cuánto no había sufrido por mí!... y por su padre también, pues según me contó mi Celestina, la niña había recibido de él, como padre y señor que era, una paliza de padre y señor mío!

La casa de la lavandera quedaba á unas dos ó tres cuadras de la quinta del tirano.

A los catorce años, es muy difícil tener siempre el bolsillo bien provisto (áun hoy, á los veintiseis, no he adelantado mucho á ese respecto): así, pues, como mi Celestina era codiciosa, y mi situación pecuniaria era tan crítica como el estado de mi corazón, no hubiera pasado de ahí, si una idea salvadora no se me hubiera ocurrido, aunque haciendo un inmenso sacrificio. Era la prueba más grande que podía yo dar de mi pasión.

¡Ay! ¡regalé mi oscuro á la lavandera! y ésta se compuso de modo, que á los pocos días, mi Julieta y yo empezábamos á vernos en su casa, libres de todo riesgo, especialmente del de ser acariciados por la enérgica mano de su padre.

¿Libres de todo riesgo, he dicho?

Yo sí, pero ella.....

. .

Aquí estoy de la historia de mi amor, cuando me apercibo de que también estoy en el Buceo.

Dejo á un lado el Cementerio, y sigo hacia la playa.

El día continúa tan sereno, que el lazareto y los edificios de la Isla de Flores, se distinguen claramente. Allá en el horizonte véense algunas velas que paulatinamente van perdiéndose en el mar, como si éste las tragara poco á poco.

Vuelvo la vista. He sentido como el aliento fatigado de una garganta inmensa. Ya se acerca. Es un remolcador. Pasa á poca distancia de la costa, arrastrando una balandra en dirección á la Isla.

Sigo.

Un ruido como de tiros hiere mis oídos.

Parece salir del otro lado de una cuchilla que voy ascendiendo.

—¡Eh! serán cazadores—pienso.

Pero después recuerdo que en esta estación la caza está prohibida: lo que no deja de ser algo inmoral. ¡Qué! ¿la autoridad protege los trasportes del amor, por más que éste sea en las aves? Que aprendan éstas de los escritores castos, cuya vida es una cuaresma interminable.

Al llegar al lomo de la cuchilla, veo la causa de los tiros.

Una turba de jovencitos de doce á quince años está tirando al blanco. Han puesto con ese objeto una lata de kerosene en lo alto de una roca, pero por mera fórmula sin duda, pues los tiros se dirigen á todas partes menos allí.

—¡Futuros duelistas! — pienso. — La suerte que

ahora los duelos van conformes con el dicho: *Los duelos con pan son menos*; pues como todos acaban en almuerzo.....

—¡Ay!— exclamo en esto; pero ahora en alta voz, á grito herido.

Me acabo de meter distraidamente en un tembladeral. Y si no es por los aprendices de duelistas, que yo estaba cuereando mentalmente y que me ayudan con gran solicitud á salir de él, desaparezco en las entrañas de la tierra, junto con mi caballo, como en esos cuentos fantásticos que me hacían erizar el pelo cuando chico.

\*  
\* \*

Al poco rato llego á la playa de los Pocitos. Unos cuantos aficionados á la pesca están en las primeras piedras que dan hacia el Buceo; unos con aparejos, otros con cañas, otros sin nada, de simples espectadores, pero todos con caras de idiotas, con la mirada fija, sin pestañear, esperando el beatísimo momento en que pique algún pescado.

Un muchacho me llama la atención. Este debe de ser el aficionado más ardiente. Los otros pescan despiertos, y él lo hace dormido. Tenía sueño, sin duda, y para conciliar sus dos deseos, se ha tendido sobre la arena atando su aparejo de un pié. Naturalmente, en cuanto un pescado pique, el tirón que este dé lo habrá de despertar, sin pensar el infeliz que él mismo es cómplice de su propia desventura.

Sigo hacia el pueblo, que tengo á algunas cuadras de distancia, destacándose con sus casas y arboledas todas rodeadas de arena. Y esa arena me trae á la memoria la imagen del simoum. Parece que éste

hubiera pasado por allí, dejándola á su paso como un manto sobre el suelo.

Entre árboles y casas se divisan unas hileras de objetos blancos que se agitan movidos por el viento.

Es la ropa lavada, pendiente de largas cuerdas, que se está secando al sol.

¡Cuántas prendas femeninas, que días antes se ocultaban tan empeñosamente, ven allí ahora la luz, infladas por el viento, que parece que quiere reemplazar lo que antes era rodeado por la tela!

¿Y qué hacen los amantes que no van á contemplarlas?

. . .

He llegado á las casillas. Dejo atrás las de los hombres, y sigo hacia las de las mujeres.

No sé si será aprensión, pero me parece que en este sitio, las olas, al tenderse á reposar sobre la playa, después de una carrera fatigosa, parece como que gimen, que suspiran dulcemente!

¡Quién sabe! Puede ser que suspiren por las tardes ardientes del verano, próximas á llegar, en que se ven holladas por diminutos pies, en que pueden acariciar lánguidamente esbeltos talles, estrechándolos convulsas en abrazos de espumas erizadas!

¡Ay! ¡quién fuera ola!

Embebido con estos pensamientos, dejo al caballo seguir hacia adelante lentamente, paso á paso, sin cuidarme de su rumbo. Todo es en mi cabeza imágenes bañísticas: playas, olas, mujeres. Estas, envueltas en gallardos trajes, entran en el agua: llevan los brazos abiertos para poder mantener el equilibrio: una traviesa ola viene sonriéndose (á lo menos su murmullo semeja una sonrisa): ya se acer-

ca: todas unen sus manos formando una trinchera contra el invasor: ya llegó: ya se deshizo exhalando un gemido lastimero. Y las bellas ¿dónde están? Unas acá, otras allá, caídas y en desorden, prorrumpiendo en leves gritos de terror: la trinchera se ha deshecho al mismo tiempo.

¡Ay! quién fuera ola!

Doy un suspiro, y despiértome como de un sueño delicioso. Quedo sorprendido al verme frente al circo de carreras de Punta de Carreta.

.  
.  
.

En el momento en que paso por el circo, se efectúa una carrera, y una inmensa vocería y un correr de jinetes hacia un mismo punto, me anuncia que ha concluido.

Deténgome en la entrada, y una nube de muchachos me rodea, gritándome á porfía:

—¿Quiere que se lo tenga? ¿Quiere que se lo tenga?

—¿El qué, muchacho, el qué?—pregunto alarmado al que tengo más próximo.

—El caballo— me responde—¿ No va á bajar?

—No, no bajo.

Y sigo hacia la Estanzuela.

.  
.  
.

Los recuerdos de mi amor con la quintera vuelven á despertarse, evocados por la proximidad de estos parajes que yo tanto recorría hace doce años.

Ya veo á lo léjos la quinta donde ella vivía, y un poco más allá, el nido de nuestro amor, la casa de la lavandera.

La melancolía se apodera de mí, y dando un suspiro, pienso.

—¡Qué ingrato fui con ella! Después de haber abusado así de su inocencia, aprovechar la ocasión de tener que ausentarme de Montevideo para olvidarla! . . . .

¿Qué habrá sido de su vida? . . . ¡Cómo no habrá llorado mi perfidia!

Felizmente para mí, tengo un estómago tan independiente, que por más triste que se ponga el corazón, él no se afecta en nada. Y como el continuo traqueteo del caballo le ha sido favorable, me pide de comer con el apetito más desesperado. Tan es así que no espero á llegar á la ciudad; y tiendo al punto la vista para ver si descubro algún paraje donde poder hacerlo en el instante.

A buen hambre no hay pan duro. A dos ó tres cuadras veo un fondín, —de aspecto bastante rústico, es verdad, —pero al fin es un templo alzado al ídolo.

¡Y quién sabe! ¡Las apariencias engañan tanto á veces! ¡Me han envenenado tanto el estómago en restaurantes y hoteles en mi vida de hombre solo!

Aquí al menos será sencilla la comida.

En un galope estoy en el fondín.

Bájome, ato el caballo á un poste, entro, y ya he abierto la boca para hablar, cuando me quedo con ella abierta y con los ojos inmóviles, lleno de sorpresa.

Acabo de verla á *ella*, á la quintera . . . ¡pero de qué manera, santo Dios!

Hace doce años, cuando nuestros amores, era una niña esbelta, delicada, de maneras, ya que no distinguidas por lo humilde de su hogar, al menos no groseras. ¡Pero la que ahora veo! . . .

Una mujer gorda, mofletuda, con el pelo desgredado, el vestido descuajaringado y sucio, un plato de comida en cada mano, y un vozarrón y un gesto de academia (1) en los labios!

No sé si ella me ha conocido, pues casi no le doy tiempo á que se fije en mí. Me doy vuelta, desato el caballo, y en un minuto estoy léjos del fondín, ya perdido el apetito, pues mi estómago puede no ser sensible á las tristezas, pero sí á las porquerías.

Y aquella mujer me ha dado asco.

¿Pero cómo ha tenido lugar aquella transformación?

Me acuerdo de mi antigua Celestina, y dirijome á su casa.

. . .

De pronto mi caballo da una espantada tal, que casi me saca limpio de la silla.

Giro la vista para saber la causa, y descubro á pocos pasos un caballo muerto, que una nube de insectos picotea; digo mal: no es un caballo: es algo parecido, algo que tiene figura y armazón de tal; es un matungo flaco, viejo, descarnado; un casi-semi-excaballo, como diría Marroquín.

Castigo el mío para alejarme de allí rápidamente, pues el difunto desprende un olor inaguantable.

Llego á la casa de la lavandera.

Como es domingo, descansa tomando mate debajo de la enramada, con unos cuantos muchachos que deben de ser sus nietos.

Ha envejecido mucho. Si la hubiera encontrado en otra parte, no la hubiera conocido.

Por ella sé lo que deseaba. La quintera, cuando yo

(1) *Academias* — casas de baile para la hez del pueblo.

me ausenté, lloró, se desesperó; pero comprendiendo que por lo pronto lo que más urgía era otra cosa, se casó al mes de mi ausencia con un paciente vecino que la había empezado á solicitar por ese entonces.

Era este el propietario del fondin de donde yo acababa de salir; un animal muy grande y muy grosero, que poco á poco la había animalizado á ella, hasta ponerla del modo en que yo la había visto.

—Yo, nadie más que yo, tiene la culpa—digo en mi interior.—Ella se agarró á él como el náufrago á una tabla. Si yo no hubiera sido tan infame, ella, que sin ser culta, tenia ya la intuición de la cultura, hubiera contraído una mejor suerte, hubiera sido otra mujer de la que veo.

—Y mi oscuro, ¿todavía lo tiene? — pregunto á la lavandera.

—¡Déjeme! ¡Pobrecito! ¡Estoy más triste! Se murió hace tres días lleno de achaques.

Desde que usted me lo dió—que como usted recordará, ya estaba enfermo y flaco—no dejó de sufrir ni un solo día. ¡Y mire que yo lo cuidaba!...

¿Pero no lo ha visto?—agrega interrumpiéndose vivamente. Por el camino porque usted ha venido está. Murió como un pajarito. Yo lo vi. Se echó como para dormir, y ya no se levantó más!

¡Y yo había pasado al lado de él, y no lo había conocido! ¡Pobre oscuro!

Me despido, y tomo la dirección de la ciudad, bajando hacia la playa de Ramirez.

∴

¡Otra vez playa! Si alguien me hubiera andado persiguiendo, pronto daría conmigo. El casco de mi caballo ha ido señalando en la arena mi camino.

Cae la tarde. Hay mucha gente en la playa. Aquí, muchachos que remontan cometas, y corren de un lado á otro bulliciosamente para tirarse tajos; allá, peones que entran al agua, con los pantalones arremangados hasta los muslos, para bañar un grupo de caballos; acullá, una turba de niñas y de niños, con trajes uniformes, que se desgranán en distintas direcciones, unos jugando carreras, otros saltando barrancos.

Estos son los huérfanos del Asilo, allí cercano.

Entre ellos se ven algunas personas mayores, que contagiadas de la alegría de la infancia, los acompañan en sus juegos. Son las hermanas de caridad á cuyo cargo están. Corren, saltan, y los paños de sus tocas, al ser agitados por el viento, se mueven en sus cabezas como si fueran dos alas.

. . .

Ya estoy de vuelta en la ciudad: ya estoy entrando.

Felizmente, ya es de noche, pues mi traje está muy poco presentable con lo del tembladeral y otros excesos.

¡Qué meditabundo estoy, qué melancólico!

Y siempre con lo mismo, me digo tristemente:

—Si yo no hubiera sido tan infame, esa mujer y ese caballo hubieran sido otros. Este hubiera tenido una vez más honorable, aquella aún sería hermosa.

Y aflíjome y desesperóme, y llego á mi casa tan triste, que creyéndome enfermo, todos me asedian á preguntas; pero yo á nadie contesto, y me retiro á mi cuarto, y sigo meditando.

.....

Pero ahora que tejo este artículo, ahora que re-

lato mis impresiones, no puedo menos de decirme con despecho :

—¿No es una gran zoncera el haberme afligido de ese modo, cuando todo era una mentira, un puro juego de la imaginación, sobreexcitada por el insólito movimiento de la sangre en los galopes?

¡Qué quintera ni qué caballo muerto!

Lo único que hay en plata, es que ayer fui á dar un paseo á caballo por los alrededores de Montevideo; y como andaba solo, como no tenia con quien hablar, compuse por el camino esta historieta.

### EN HORAS NEGRAS

—¿Sabe, señora, lo que le ha pasado á aquel joven melancólico que vimos el otro día en Palermo hablando solo?

—¿Qué joven? . . . . No recuerdo.

—Aquél que andaba paseando, y de cuando en cuando se detenía á hacer apuntes.

—¡Ah! ¡ya recuerdo! Pero no hablaba solo: era áun peor: declamaba: y versos al parecer. ¿Creo que usted me dijo que era un poeta?

—En efecto: era un poeta. Pues ese joven — autor de los versos más desesperados que han visto la luz pública, versos que hacen al espíritu el efecto que harían á los ojos las aves de la noche desparramadas en mitad del día —, ese joven desdichado, hace ahora sus apuntes paseándose, no por las alamedas de Palermo, sino por las del Hospicio de las Mercedes.

—¿Qué dice? . . . . ¡Pobre joven!

—Pero no sabe usted lo más gracioso todavía. Le

ha dado la locura porque tiene el diablo dentro del cuerpo; y no quiere comer por nada de este mundo, pues dice que no está para mantener al diablo.

—¡Qué ocurrencia!

—Y yo creo que está en un error.

—¡Pues cómo no lo ha de estar! ¿Acaso ninguna persona cuerda puede creer hoy en día que el diablo se meta adentro del cuerpo de nadie?

—Pues vea usted: yo lo creo: y el error en que él está, es el pensar en que le entró recién, cuando toda la vida lo ha tenido adentro, pues aquellas poesías que publicaba, sólo el mismísimo diablo podía componerlas.

—¿Cuándo tendrá usted juicio? —dijo la señora con acento de benevolencia.

—Señora — le repuse—; juicio tengo: pero no puedo ser un hombre grave. El que yo siempre esté de buen humor, no quiere decir que sea frívolo, sino que voy con la edad. No hay cosa más risible que un hombre joven que parezca viejo á fuerza de hacerse serio.

—Por un lado, no deja usted de tener razón—observó la señora —: y yo así se lo digo siempre á Emilia. Esta niña se envejece moralmente antes de tiempo. Nada la hace reír, y la más mínima cosa la hace llorar. Eso me desconsuela. Yo procuro inútilmente....

La señora no pudo concluir. Emilia entraba.

Venia hojeando un periódico.

Nos saludamos.

—¿Qué periódico es ese?—le pregunté.

—*La Ilustración Argentina*. ¡Si viera qué poesía tan bonita una que trae!.....

—Cuando usted la llama bonita, es que ha de ser sentimental seguramente.

--¿Ya empieza usted á burlarse?...

Usted quiere que todos sean risueños como usted.

--¡Bueno! No discutamos; porque será la discusión de siempre, y el mismo fin de siempre ha de tener; esto es: salir usted vencedora; ó más bien dicho: hacerme yo el vencido.

--No: no es que usted se haga el vencido, es que su causa es mala.

--Bueno, Emilia: me declaro ya en derrota..... Pero háganos el gusto de leernos esa poesía tan bonita.

-- Léala usted, es mejor.

Y me alcanzó el periódico. Pero en el momento de ya tomarlo yo, retirólo vivamente.

--¡No! usted va á hacer como siempre: va á echar á perder los versos, porque no son alegres, leyéndolos satíricamente en tono de cantilena.

--No, Emilia: le prometo que esta vez.....

--¡Nada, nada!.... Aunque yo los lea mal, sin saber darles la debida expresión, los he de leer sinceramente al menos.

Y empezó:

#### EN HORAS NEGRAS

¡ Ah! ¿por qué quieres desatar al canto  
la voz que el nudo del martirio ahoga?....

¡Déjame á solas devorar mi llanto!

¡Deja dormir el ay en mi laud!...

Escucha.... Dentro de mi sér ya siento  
suicidarse el poeta lentamente;

y ya la inspiración brilla en mi frente  
como el blandón que alumbra un ataúd!

¡Cantar!... ¿No sabes que en silencio lloro  
quizá muerta al nacer mi flor de gloria,

quizá el desdén de la mujer que adoro,  
quizá el rigor de la miseria cruel!  
¡Cantar!... ¿No sabes que en la vida mía  
lecho de espinas deparó el recuerdo,  
do el alma ruge la blasfemia impía,  
envuelta en llanto y rebosando en hiel!

Como un viajero en el desierto polo,  
cautivo en cárcel de perenne hielo,  
así me veo en miserable duelo,  
así de triste y solitario estoy!  
Pero en el polo, boréal aurora  
brilla, aunque brille para huir ligera....  
¡En mí la noche sin descanso impera,  
cautivo eterno de la sombra soy!

¡Ya ves!.... ¡No quieras desatar al canto  
la voz que el nudo del martirio oprime!  
¡Déjame á solas devorar mi llanto!  
¡Deja dormir el ay en mi laud !  
¡Ya sabes !.... Dentro de mi sér yo siento  
suicidarse el poeta lentamente ;  
y ya la inspiración brilla en mi frente  
como el blandón que alumbra un ataud!

Ya en los últimos versos, la voz de Emilia había ido siendo tan apagada y trémula, que apenas la habíamos entendido. Al concluir, dejó caer, como desfallecida, el periódico en la falda, é inclinó melancólicamente la cabeza sobre el pecho.

Juraría que una lágrima rebelde se asomaba á sus pestañas.

La señora me miró, indicándome á su hija con la mano, y moviendo la cabeza á un lado y otro, como queriendo decirme :

— ¡ Es de balde! ¡ No tiene cura!

Yo no podía contener la risa, pero como ví tan afectada á Emilia, no quise contrariarla, y haciendo un esfuerzo homérico, le pregunté con mucha seriedad:

—¿Y quién es el autor de esa poesia?

—No sé: solo tiene un seudónimo al pie.... Ya no me acuerdo cómo.....

Y volvió á alzar el periódico, y hojeándolo, y describiendo nerviosamente con el indice zigzages en las columnas, llegó al pie de los versos, y leyó:

*Ciprés.*

Ya no pude contenerme, estallé en una carcajada.

— ¡Ja, ja, ja, ja!..... El árbol de las tumbas! exclamé con tono burlescamente enfático.

La señora también me acompañó: soltó la risa.

Aquel maldito seudónimo habia dado al traste con todos mis propósitos de seriedad.

Las facciones de Emilia se contrajeron en un gesto de desagrado, fijó en mi la vista gravemente y dijome:

—Mire: me verá obligada á creer una cosa: y es que su buen humor no indica frivolidad en usted como otras veces se lo he dicho: me estoy convenciendo ahora de que es más bien sequedad de corazón.

El tétrico seudónimo habia sido el fósforo aplicado al reguero de pólvora de la discusión.

Esta empezaba á arder: ya no habia tiempo.

—Pues yo á mi vez, Emilia—respondí—le diré que la tristeza que á usted causan esos versos, no quiere significar que usted tenga un corazón que sienta mucho, sino que tiene un corazón que *siente en falso*, como dice aquel cantar de Campoamor:

Ya de sentimiento llena.

siente en falso el alma mía,  
pues lo alegre me da pena,  
y lo que es triste alegría.

—No: se equivoca.... usted juzga.....

—Permítame, Emilia. Hoy estoy resuelto á ser el vencedor. Me declaro descortés. Descíñome las cadenas de flores de la galantería: empuño los argumentos de la lógica, y armado ya, me arrojo á combatir. Escúcheme. Vamos á hablar por partes....

Y volviéndome á la mamá, que sonreía, agregué:

—Cuando yo diga *he dicho*, señora, usted concede la palabra á Emilia. Mientras tanto....

—Eso es — repuso aquella. — Yo haré de juez.

Emilia, contrariada, se arrellanó en el sillón y alzando la vista al techo, empezó á arrollar nerviosamente el periódico, como diciendo:

—¡Diga lo que quiera! No estoy para alterarme.

Yo empecé:

—Cuando yo le leía días pasados aquella preciosa composición de Marroquin *Los cazadores y la perrilla*, usted hizo un gesto de indiferencia, al preguntarle yo su parecer.

¿Y por qué?

Porque era festiva. A usted le repugna todo lo que es alegre. Y ahora la han conmovido unos versos que pintan un martirio que estoy seguro que ha de ser fingido.

Y con aire declamatorio, proseguí cruelmente.

*¡Ah! ¿por qué quieres desatar al canto  
la voz que el nudo del martirio ahoga?.....*

Emilia se echó hacia adelante, abrió los labios como para interrumpirme, pero en seguida, como

volviéndose á hacer la reflexión de antes, los cerró sin decir una palabra, pero no sin desplegar una leve sonrisa de ironía.

Yo seguí:

—Téngalo bien presente: ¡*nadié llora en verso!* Podrá el poeta componer, dominado por impresiones melancólicas, versos que se revistan de un colorido suave de tristeza; pero nunca jamás, versos como esos del señor *Ciprés*, que parecen los gemidos de un prisionero que degüellan á serrucho lentamente.

El verdadero dolor, ese dolor que desespera y mata, es como la doncella ruborosa; se oculta, baja la vista ante la gente extraña: no recorre las calles descaradamente, como una Bacante de la antigua Grecia.

El poeta que mide silabas para llorar á lágrima por verso, ya sean amores perdidos, ya desengaños ganados, ya sea lo que sea; no lo hace sólo para desahogar su pena, sino para conmover artificialmente el corazón de los incautos. El sabe que éstos lamentan y se duelen de su *infortunio inmenso*, y que prurumpe en estas ú otras palabras semejantes:

— ¡Qué versos tan bonitos! ¡Qué sentimiento tienen! ¡Pobre joven!

Es gloria, pues, lo que quiere ese poeta: no desahogar su corazón: porque si fuera esto solamente, no tendría necesidad de irse á contar al público sus penas; sino que las lloraría en el silencio. De todos modos, él sabe que hay dos cosas que el público no da á los poetas: plata y consuelos. Se divierte con ellos, eso sí, pero ni les paga ni les hace un cariñito. Quizá para no corromperlos, manteniéndolos así en un perdurable estado de delirio.

Es gloria, pues, lo que busca; y esa ansia de gloria, es un impulso del amor propio, es un eco del

orgullo.... nada más: impulso, eco que sentimos todos los que escribimos, ya riamos, ya lloremos.....

Emilia no pudo más: me interrumpió.

—Yo también creo que el amor á la gloria puede mucho en los poetas, ¿pero quién le dice á usted que á la par de eso, el que escribió estos versos, no los iba borrando con sus lágrimas?

—¡Qué! ¡no crea usted tal cosa! ¡Segurísimo estoy de lo contrario! ¡Juraría que se reía!

—Pues yo sostengo que usted está en error.

El autor de esta poesía ha llorado, y ha llorado al componerla! ¡Es imposible mentir de esa manera!

—Pues yo voy á probarle lo contrario. El autor de esa poesía es una persona....

— ¡Qué! ¿lo conoce usted?

—Sí.

— ¿Quién es, quién es?

— Soy yo.

— ¿Usted? ¿usted?

— Sí.... yo.

— ¡Ah! ....

— Cuando el otro día usted oyó tan desdeñosamente la poesía de Marroquin, yo me piqué y me propuse castigarla: hice esos versos. ¿Cree usted que yo, al componerlos, los haya ido borrando con mis lágrimas?

.....  
Hoy Emilia habla pestes de los poetas sentimentales.

# LA PRENSA DEL PLATA

EN LA

## MUERTE DE JUAN LUSSICH

### JUAN LUSSICH

El domingo fueron conducidos al cementerio los restos mortales de Juan Lussich, fallecido el sábado víctima de una anemia cerebral.

La muerte de Lussich ha sido profundamente sentida. Adornado de hermosas prendas de carácter, y poseedor de una inteligencia vigorosa, rodeábale en vida, como le ha rodeado en la hora trágica de la muerte, un grupo numeroso de amigos que apreciaban sus méritos y cualidades.

Su triunfo en los juegos florales, el volumen de artículos que publicó últimamente y diversas publicaciones hechas en diferentes épocas, habíanle dado un nombre literario.

La ceremonia del entierro fué, por su misma sencillez, en extremo tocante.

LA NACIÓN—*Buenos Aires.*

## JUAN LUSSICH

Día á día la muerte arrebató inexorablemente á la sociedad y á la patria nobles inteligencias, cuyas brillantes producciones han evidenciado cuántas obras de mérito prometían al porvenir de nuestra literatura.

Ayer caía Navarro Viola, joven y distinguido escritor; hoy es Juan Lussich, poeta laureado, periodista, autor de novelas, biografías, estudios históricos, etc.

Cualquiera pensará al leer las múltiples producciones del malogrado escritor, que ellas pertenecían á una inteligencia sazónada por los años; por el contrario, Lussich era joven, recién entrado á la edad de las pasiones; pero de temperamento nervioso, impresionable, su espíritu irradiaba á la menor acción de su voluntad.

Altivo por carácter, con organismo delicado y armónicamente constituido, desde tierna edad, niño aún, afrontó la lucha por la vida, batallando incesantemente, sin doblar jamás la cabeza ni á la fatiga ni á la adversidad.

Espíritu festivo y chispeante, descollaba en el género humorístico, siendo, sin embargo, observador filosófico, analista de costumbres sociales y crítico ameno, calcado en el principio del poeta latino: «ridendo corrigo mores.»

¡Cuánto no abarcó el espíritu de Juan Lussich!

Poeta, obtuvo en los Juegos Florales de 1882, dos premios, por dos composiciones: una pluma de oro con brillantes, por un soneto «A España.» cuyo primer cuarteto empieza:

« Tu nombre es nombre que el honor entraña »

y el segundo, mención honorífica por otra bella poesía.

Tan vigoroso y original es el soneto premiado, que su lectura causó sorpresa en la Comisión del Certamen, y perpleja ante la intensidad del sentimiento poético de la composición, ó creyéndose juguete de nuevo *branderismo*, buscó informaciones al respecto.

Constatada la autenticidad del soneto, la Comisión abrió el pliego reservado y aclamó el nombre de Lussich como digno del primer premio destinado á ese tema en el programa. Así debutó el joven poeta en el escenario de nuestra literatura, conquistando el laurel de la victoria en medio de la admiración de los Jurados y de los aplausos del público que asistió á aquella memorable fiesta.

Desde entonces, las composiciones poéticas de Lussich, vieron la publicidad en los diarios de Buenos Aires y Montevideo, siendo leídas con placer y estimación. No tardarán en ser ellas editadas por sus amigos, como tributo de justicia á su memoria.

Escritor ameno y de brillante imaginación, su pluma era fecunda é inagotable. Muchas veces, sentado á la mesa del periodista, llegaba la hora de cerrar el diario y la voz del Regente anunciaba la falta de materiales. Varios escribían á la vez; pero la pluma de Lussich sobrepasaba á todos, corriendo vertiginosamente sobre carillas y carillas de papel, que contenían anécdotas, cuentos, epigramas, fantasías, sueltos, etc., todo invención del momento, hijo de su vivaz imaginación, cuyo origen ignoraba al otro día el público lector.

Como escritor ameno, ha sabido ofrecer un deli-

cioso libro, intitulado « La Pluma Alegre »— conjunto de artículos chispeantes, descripciones, historietas y paisajes tomados del natural. Esta edición de mil ejemplares se agotó en menos de un mes.

Novelista, ha producido varias obras y dejado una inédita. Actualmente, y entre un cúmulo de tareas, redactaba el folletín de « La Patria Argentina. »

Fué también escritor serio y reflexivo, abordando satisfactoriamente el género historiográfico, al que pertenece entre otras producciones una « Biografía del General Lavalle »

Pero ¿qué ramo literario era inabordable á la brillante inteligencia del joven y malogrado escritor?

El periodismo le contó en sus filas, y fué incansable en su puesto de labor, escribiendo en varios diarios de esta Capital.

Eso y mucho más ha producido Juan Lussich, cuya modestia y desprendimiento fué motivo de que no figurara su nombre en la mayor parte de sus obras, que harían honor al más afamado literato.

La ley que impera sobre el organismo humano, se ha cumplido al fin en todo su rigor, desgarrando en la flor de la vida las fibras vibrantes de esa naturaleza juvenil, depositaria de preclaro y descollante espíritu.

Digno de la admiración y el recuerdo, sea cual sea el tiempo que transcurra, el nombre de Juan Lussich será recordado por todos y guardado en el corazón de sus amigos, en cuyos brazos murió sin pronunciar queja ni lamento, como expresión desdeñosa de su espíritu luminoso hacia las sombras de la tierra.

## NUESTROS POETAS SE VAN

No hace mucho que nuestro gran poeta Andrade pagaba su tributo á la tierra bajando á la tumba, cuando las Musas aun se prometían mayores y más brillantes irradiaciones de su fecundo estro.

Mas tarde siguióle el aventajado mimado de Apolo y á la vez de Minerva, el joven Adolfo Mitre, que tanto prometia de su inspiración vigorosa y lozana.

Al poco tiempo sucedieron á ambos en su tránsito á la eternidad, los distinguidos cultivadores de las bellas letras Melitón Alfonso y Alberto Navarro Viola, malogradas esperanzas del Parnaso americano, con cuyas primicias lo habian enriquecido.

Hoy tocó su turno en el trance fatal á otro joven poeta que ya habia logrado abrirse paso en la carrera literaria con algunas producciones lisonjeramente acogidas y últimamente dadas á la publicidad en un folleto.

Nos referimos á Juan Lussich, que acaba de descender á la fosa rodeado del sentimiento de sus admiradores y amigos, cuando en vida todo en torno le sonreía y halagaba.

La nueva generación de nuestros poetas pierde con los fallecidos un valioso contingente, que cual brillante núcleo daba esplendor á las letras argentinas.

Descanse en paz el joven Lussich, á la par de sus otros hermanos en las Musas que ayer no más le han precedido en su ingreso al tenebroso reino de la muerte.

## JUAN LUSSICH

Anteayer dejó de existir este inteligente joven que había hecho con felicidad algunos ensayos literarios.

Bajo el título de *La pluma alegre* publicó en un volumen, hace algún tiempo, varios de sus reportajes y artículos literarios; y había empezado hacia poco á cultivar la novela de folletín.

Ha muerto á la temprana edad de 26 años, lejos de su hogar, sin más amparo en la hora postrera, que el cariño de amigos leales que velaron por él hasta el último momento.

Indudablemente Juan Lussich era una bien fundada esperanza para las letras, particularmente en la crítica joco-séria, y es posible se hubiese abierto camino á través de la indiferencia enervante con que se acogen entre nosotros las esperanzas de las inteligencias que se dedican á ese género de literatura, si el destino no hubiera detenido su vuelo cuando apenas lo iniciaba. Lussich, fué premiado en los Juegos Florales, por un bello soneto á España.

Paz en su tumba, donde las buenas hadas que arrullan al niño en la cuna, si esto no fuera una invención, irían á verter una lágrima.

EL DIARIO—*Buenos Aires.*

## JUAN LUSSICH

Nuestro mundo literario está de duelo. Juan Lussich, el noble é inteligente joven, desapareció de entre los vivos en la tarde del día 14 de Noviembre.

Una enfermedad que inspiraba temores serios, se agravó de un momento para otro y trajo el funesto é inesperado desenlace que tan dolorosamente ha sorprendido á todos los que le trataban y conocían.

La vida de este malogrado joven se ha deslizado por una senda de espinas, y aunque estamos en posesión de todas las tristezas que nublaron su frente pensadora, queremos imponernos silencio á este respecto, no sólo porque hay verdades, como decía Balzac, que descritas en su más íntima desnudez, parecen mentiras, sinó también porque nuestro dolor no ha reaccionado aún y nos faltaria la serenidad necesaria para referir los sufrimientos de un corazón que ya no late, y que felizmente ya no sufre.

Juan Lussich, nació en Buenos Aires el 30 de Junio de 1859, y muy niño quedó huérfano de padre y madre.

Una amiga de su familia le amparó en su orfandad, y descubriendo la nobleza que atesoraba el corazón del pobre huerfanito, le amó con delirio y fué para Lussich una verdadera madre.

Pero el joven era altivo y no quería ser gravoso á nadie, y desde muy tierna edad buscó su sostén en el trabajo, aunque muchas veces, con mal éxito.

Estuvo empleado algún tiempo en la Contaduría de la República vecina y después en casas de comercio de esta Capital.

El limitado horizonte que ofrece á las verdaderas vocaciones la vida civil moderna y lo reducido de nuestro campo intelectual, le reataban á un círculo incomprendible para él.

Pero como una semilla que arroja la casualidad en un sitio de tinieblas, y al fructificar, dobléga el tallo y se extiende hasta encontrar la vida en una ca-

ricia de sol; así Lussich, en medio de los números, dilataba la fuerza de su espíritu y hacía versos, bosquejaba artículos y soñaba en triunfos literarios.

El año 82, consiguió un premio en los Juegos Florales, por su conocido soneto á España, y data de esta época que su nombre empezó á popularizarse en los centros literarios.

No obstante, hacía ya mucho tiempo que su pluma estaba habituada á ese trabajo de vértigo, postador y casi sin recompensa, de llenar carillas, muchas y siempre.

Su peregrinaje por las imprentas es toda una triste historia.

Empezó como muchos otros ganando quinientos pesos moneda corriente !

Pasó por ellas siendo desconocido, — y estas palabras pueden compendiar toda la biografía de ciertos directores de diario.

Poseía Lussich un verdadero temperamento literario, y había en su p'uma un venero de original riqueza que no se supo ó no se quiso estimular, tal vez creyendo que su explotación sería dispendiosa y no alcanzaría á compensar los gastos! . . .

Su alma artista entonces se doblegó ante la necesidad y se dedicó con tesón á la fabricación literaria.

¡A tanto la columna ! y él respondía á esta injuria hecha al arte, en nombre de su estómago vacío, tejiendo adjetivos para extender la oración y midiéndose en un estilo cortado para que cada párrafo no pasase de línea y media.

No obstante esto, se notaba en sus producciones diarias cierta frescura y una intención cómica que le era natural.

*La pluma atrevida*, colección de artículos que publicó en libro á principios del corriente año, demostraba cuál sería el género en que sobresaldría: allí hay páginas vivaces que se traducen en risas espontáneas arrancadas por la faz ridícula que presentan los hombres y las costumbres.

La índole, pues, más propia de su pluma era la sátira, y en ese campo vastísimo de lo grotesco que ofrece la incipiente de nuestro estado social en formación, se estaba inspirando el joven autor y labrando el pedestal futuro de su gloria, que ha venido á derribar la mano alevé y brutal de la muerte.

Lussich ha producido mucho en prosa y verso — y sus amigos piensan hacer una colección de su obra literaria, para que se incorpore á los anales de nuestras letras lo mejor que haya escrito.

Los últimos momentos de Lussich ofrecieron cuadros tiernos y conmovedores.

Estando sus parientes más cercanos en Montevideo, sus amigos íntimos rodearon su cadáver aún tibio, con el corazón opreso y las lágrimas en los ojos, porque ninguno de ellos había imaginado que muriese.

El médico de cabecera habíale dicho dos días antes que se levantara y diese una vuelta en carruaje.

Un minuto antes de cerrar los ojos para siempre, le dijo á Valerio Milberg, que le ofrecía un remedio: — « No, voy á dormir un poco, después.... después », y el amigo, que vió algo insólito en los movimientos del enfermo, lo abrazó..... quiso despertarlo..... pero ya estaba en la eternidad !

Esa noche se veló su cadáver con una tristeza sin nombre, y el siguiente día, sus amigos le dejaron en el sepulcro de la familia de Rafael Obligado, otro buen amigo de Lussich.

Le dejaron allí, despidiéndose de él solo con lágrimas porque el dolor impedía á todos hablar, regresando luego tristemente y trayendo todos y cada uno el recuerdo de esa alma que ya no respondía al llamado del cariño y que había sido tan buena, tan noble y tan altiva.....

LA ILUSTRACIÓN ARGENTINA—*Buenos Aires.*

## JUAN LUSSICH

Ayer á las 4 de la tarde dejó de existir, víctima de una anemia cerebral, el poeta laureado en los juegos florales del año 82, por su soneto «A España», y la composición titulada: «La República Argentina á la madre patria.»

Lussich es también el autor de «La Pluma Alegre», la novela inédita «Por donde se peca», y un libro de versos, también sin publicar, que tiene por título «Bostezos».

Es bien sensible que una inteligencia tan lucida haya tenido apenas tiempo de producir algunos destellos.

Hoy serán inhumados los restos mortales de este infortunado joven.

La invitación que para ese acto hacen algunos amigos del finado, la publicamos en otro lugar.

LA TRIBUNA NACIONAL—*Buenos Aires.*

## JUAN LUSSICH

Doble raya negra debía grabarse sobre el nombre de los que caen en el primer tercio de la vida.

Cuánto se entierra con ellos!

Desaparecen la ambición impulsadora, gérmen de cosas grandes, esa ambición que se destinaba á rodar entre los hombres para que desgastara en los choques sus puntas de quimera; el anhelo generoso del bien; los ensueños de amor y de ventura, acariciadores tan constantes como falsos; todo, en fin, lo que guardaba un alma de 25 años, que ha tenido iniciaciones en las buenas sendas, despertamientos á la vida del espíritu en sus manifestaciones más amplias.

Juan Lussich venía preparándose para las fatigas de la lucha diaria, fortaleciendo su alma y su carácter.

Era una gran promesa.

La muerte implacable ha tronchado en sus manos « La pluma alegre », con que supo fulminar también anatemas contra el vicio y discernir coronas á la gloria. Su vida se cierra repentinamente, cuando empezaba á desplegar su vuelo, y se apaga su inteligencia al despedir sus primeros fulgores, que reflejaron su carácter sencillo y expansivo, jovial y melancólico.

Los primeros cantos del poeta fueron premiados en torneos literarios. Sus narraciones y sus romances fijaron la atención, é hicieron pensar en un nuevo astro que alboreaba. Se ha apagado en la inmensidad, de donde nos pide el tributo del cariño que rendiremos siempre á su memoria, dulce y serena.

EL ORDEN — *Buenos Aires.*

## JUAN LUSSICH

Dejó de existir el sábado último á las cuatro de la tarde, el estimable joven don Juan Lussich, poeta laureado en los Juegos Florales de 1882 por su soneto *A España*, y autor de un interesante libro titulado *La pluma alegre*, en el que se hallan coleccionados una serie de artículos publicados anteriormente por el autor en varios diarios de esta Capital.

Lussich era sumamente estimado de sus numerosos compañeros de tareas, y de la juventud inteligente que entre nosotros se dedica al cultivo de las bellas letras. Su muerte, tan inesperada como sentida, ha causado profunda sensación y pena en el ánimo de cuantos le conocían, pues era justamente querido de todos, por las revelantes condiciones de su carácter y por su talento y amor al estudio.

El poeta laureado muere apenas cumplidos los veintiseis años de edad, y cuando realmente empezaba á madurar con el estudio reposado su brillante inteligencia.

Muchos de sus numerosos amigos no han tenido conocimiento de tan irreparable desgracia hasta hoy. Y es que la muerte del desgraciado poeta ha sido tan rápida, que á los mismos facultativos que le asistían les ha causado la más penosa sorpresa.

La ciencia ha calificado de *anemia cerebral* la enfermedad que ha llevado al sepulcro al malogrado Lussich.

Enviamos nuestro sentido pésame á la angustiada madre que en Montevideo llora la irreparable pérdida del sér por ella idolatrado!

¡ Paz en la tumba del poeta querido !

## JUAN LUSSICH

Ayer fueron conducidos á la última morada los restos de nuestro malogrado amigo Juan Lussich.

Pintar la desolación que muerte tan inesperada ha llevado al seno de sus amigos, es imposible para el que todavía se halla bajo la dolorosa impresión que ese hecho produce.

Lussich, era uno de esos seres excepcionales en esta época de positivismo.

Como amigo, era franco, leal, dispuesto siempre á sacrificarse por el que le tuviera como tal no admitía términos medios. *Ser ó no ser*, era su divisa: ó concedía su amistad completa á aquellos que sabían valorarla, ó se alejaba completamente de los que no la comprendían.

Era todo un carácter. Sus amigos, los que íntimamente le trataban, saben bien á cuanto alcanzaba su altivez y su nobleza.

No quería nada que no lo consiguiese él mismo, no admitía dádivas ni protecciones, y la brillante posición que había conseguido formarse, la debía sólo á sus dotes intelectuales y su constancia para el trabajo.

Como escritor festivo, deja tras de sí una aureola brillante de gloria, que basta por sí sola para declararlo el primero de los escritores argentinos en ese género.

Há luchado en esta vida cuanto no es decible, sin que lo arredraran nunca las contrariedades y vicisitudes porque pasaba. No llegó á obtener el galardón que su constancia merecía.

Era una voluntad de hierro para el trabajo: horas antes de morir, dictaba las últimas notas biográficas

de un libro que brevemente dará á luz su amigo íntimo, el editor Pedro Irume.

Ha muerto á los veinte y seis años, cuando puede decirse empezaba á vivir.

Sus amigos no le llorarán nunca demasiado y su nombre estará siempre presente en la memoria de los que saben apreciar las virtudes de los buenos.

Quiera Dios que las lágrimas de sus amigos, puedan mitigar el dolor de esa madre que allende el Plata llora en estos momentos la pérdida irreparable de su hijo.

Como amigos, creemos que el mejor tributo que puede concedérsele es tenerle siempre presente, como ejemplo de virtudes y de altivez de carácter—*T. J. Y.*

FL LIBERAL—*Buenos Aires.*

## JUAN LUSSICH

Falleció ayer á las dos y media de la tarde, á consecuencia de una anemia cerebral que en pocos días le ha consumido, nuestro querido compañero de tareas, el joven Juan Lussich, que ocupaba un puesto distinguido en los círculos literarios argentinos y á quien los lectores de «La Patria» conocían especialmente por las muchas producciones que engañaron más de una vez nuestras columnas. .

El nombre de Lussich resonó por primera vez en Buenos Aires hace tres años, en los juegos florales de 1882, mereciendo ser premiado en aquel torneo de la inteligencia, por dos bellísimas composiciones poéticas.

Colaborador en nuestros principales diarios, deja

una obra de mérito, « La pluma alegre », una novela que no pudo terminar á causa de su enfermedad « El crimen de Barracas » y que publicamos en folletín, á la par que muchos trabajos inéditos, entre ellos una narración conmovedora, « Los amantes del Pergamino » que preparaba para « La Patria » y que su muerte prematura ha venido á interrumpir.

Juan Lussich ha muerto lejos de los suyos, y, como el poeta ha podido exclamar en sus últimos momentos:

Au banquet de la vie infortuné convive  
J'apparus un jour et je meurs.

Ha tenido el consuelo postrimero de verse rodeado por sus amigos que supieron apreciar en vida las dignas cualidades de su espíritu noble, apasionado de los más altos ideales é inquebrantable ante la adversidad que le azotó con mano despiadada, sin conseguir doblegar jamás la hidalga altivez, la independencia que constituía el fondo de su carácter.

Lussich era una promesa brillante para las letras argentinas, porque á la fuerza de su inteligencia iba unida una perseverancia tenaz en el trabajo y una fe incommovible en el porvenir.

Muere llorado y querido, descendiendo á la tumba en la aurora de la vida, cuando empezaba á formarse una posición espectral adquirida por sus propios esfuerzos.

Amigos de Juan Lussich y vinculados á él por el doble lazo de la amistad y del trabajo diario, asociamos nuestro duelo por su pérdida, al de aquellos que siempre le recordarán con cariño y con respeto.

LA PATRIA—*Buenos Aires.*

## JUAN LUSSICH

Falleció el sábado víctima de una anemia cerebral, este distinguido joven que empezaba á destacarse entre el grupo inteligente de su generación por sus trabajos literarios, que le merecieron en diversas ocasiones palabras alentadoras de la prensa.

Ultimamente había creído encontrar su rumbo de trabajo y se había hecho periodista, dedicándole á los diarios la actividad febriciente que le distinguía. La huella de su corta carrera podría encontrarse en las colecciones de SUD-AMÉRICA, del cual fué colaborador, resaltando sus artículos al lado de los de Lopez y de Groussac, amenizados por la nota ágil y alegre que trasplantaba de su conversación á sus escritos.

Quedarán por mucho tiempo sus artículos sobre la situación oriental como la protesta noble y viril de su espíritu ante los gobiernos oprobiosos de aquella república hermana, á quien todos miramos en nuestras expansiones generosas como una dilatación de nuestra patria, y á la cual él confundía en las palpitaciones del mismo cariño, porque allí había pasado los mejores años de su niñez y de su adolescencia.

El podía atestiguar ante la simpatía silenciosa con que le seguíamos, con cuanta verdad interpretaba nuestras opiniones y nuestros más caros deseos.

La muerte que se empeña en destrozando los árboles vigorosos de la selva, ha dado con él en la tumba cuando todos entreveíamos el triunfo de sus ideales y el perfeccionamiento de su espíritu, deparándole el porvenir que justicieramente merecía.

Su memoria queda entregada al afecto cariñoso de sus amigos.

SUD-AMÉRICA—*Buenos Aires.*

## EL POETA JUAN LUSSICH

Una funesta dolencia, que causa desde tiempos numerosas víctimas, la anemia cerebral, ha venido a herir inesperadamente un organismo joven y rico en promesas para la patria y la familia.

El poeta Juan Lussich, laureado en los Juegos Florales del Centro Gallego de Buenos Aires, por su soneto «A España» y su composición titulada «La República Argentina á la madre patria», dejó de existir el sábado en la vecina capital, atacado de la enfermedad indicada.

Lejos de su familia, que reside en Montevideo, Lussich sintió agravarse el mal de que padecía y apenas tuvo el tiempo necesario para tomar el lecho y despertar en la eternidad!

El desgraciado joven llevaba en su mente algo como el desgano de la vida, que produce un presentimiento doloroso.

Sus poesías y sus escritos en prosa, que sin grandes condiciones artísticas tienen el sello de un talento próximo á la madurez, trasparentaban cierto desánimo, toques de escepticismo pronunciado, que sin proceder de una escuela literaria, eran hijos de aquel carácter singularísimo que en sus veinticinco años miraba la existencia por el lado más negro y se complacía en ensombrecer las perspectivas más rientes de la fantasía.

Lussich era argentino y se dedicaba en la Capital de su patria al periodismo, habiendo figurado con ventaja últimamente en « El Diario » y más tarde en el « Sud-América » fundado por los señores Lopez, Gallo, Groussac, etc.

Publicó hace tiempo un pequeño libro titulado « La Pluma Alegre », y estaba por dar á la prensa una novela titulada « Por donde se peca » y un libro de versos de nombre « Bostezos ».

Su inteligencia empezaba apenas á derramar los primeros destellos.

Los amigos que rodeaban el lecho del infortunado joven, se encargaron de invitar al entierro de Lussich, celebrándose las exequias anteayer á las 3 p. m.

Lamentamos con profundo dolor la sensible desgracia que enluta el corazón de sus deudos y numerosos amigos !

LA RAZÓN—*Montevideo.*

## EL ENTIERRO DE JUAN LUSSICH

Los diarios de la ciudad vecina, que dedican en general frases de sentida condolencia al malogrado poeta que desaparece en la primavera de los años, dan cuenta de lo concurrido que estuvo el entierro.

El cadáver de Lussich fué depositado en el panteón de la familia de Rafael Obligado,

La muerte del joven poeta, que no habia sido prevista y que se produjo de un modo casi repentino, causó entre sus amigos penosísima impresión.

Con el objeto de rendirle un póstumo homenaje de aprecio y salvar su memoria de la vorágine del olvido, los mismos amigos piensan coleccionar lo

mucho que en artículos y libros dejó escrito para publicarlo conjuntamente con su biografía.

El próximo número de *La Ilustración Argentina* traerá el retrato del joven Lussich, ejecutado por el dibujante señor Carvalho.

LA RAZÓN—*Montevideo.*

## JUAN LUSSICH

El autor del libro titulado «*La Pluma Alegre*» ha muerto.

Los diarios bonaerenses nos transmiten esta triste nueva.

Juan Lussich, joven, muy joven todavía, supo hacerse camino con su inteligencia en ambas orillas del Plata, sentando una reputación justa como literato.

Nosotros lamentamos su muerte y enviamos á sus deudos nuestro pésame!

LA NACIÓN—*Montevideo.*

## FALLECIMIENTO DE JUAN LUSSICH

Los diarios que hoy hemos recibido de Buenos Aires, nos traen una dolorosa noticia; la del fallecimiento de un hombre de letras muy joven todavía, pues apenas contaba 26 años, y que por su notable inteligencia tanto honraba ya á su patria.

A la verdad que nos ha sorprendido tan infausta nueva; — pues si bien es cierto que Lussich padecía desde algún tiempo de anemia cerebral, enfermedad

que le hizo pasar aquí últimamente una porada de descanso, se le consideraba rado.

Lussich era argentino; pero la mayor familia es oriental, familia que goza por bilidad de general aprecio.

Pobre amigo! — Ha muerto, cuando pi alentaba tan gratas esperanzas. Ha muer sin duda por el exceso de trabajo que ven su débil organismo. Era bueno, alegre leal. Todos le querian. Si su muerte sentida en Buenos Aires, no lo será m nosotros donde Lussich se había criado, con tantos y tan cariñosos amigos, algun cuales le consideraban su propio hermano

Que destino tan cruel!

Su espíritu háse elevado ya á las regiones Sus deudos y amigos lloramos hoy pér irreparable.

¡Qué honda pena para la anciana y vi dre del querido amigo que ya no existe! - ñora reside en esta capital, y toda su v vida de su amado hijo — Hoy se encuentra en el lecho del dolor.

EL FERRO-CARRIL—Montev

## JUAN LUSSICH

Victima de la anemia cerebral ha dejado en Buenos Aires el escritor que con el seudo *Risopianto* colaboró largo tiempo en *El Buenos Aires*.

En los juegos florales de 1882, Juan L

hizo conocer con un soneto *A España* y la poesía « La República Argentina á la madre patria. »

Poco hacía que había dado á luz un libro que contenía una série de artículos intitulado *La pluma alegre*.

Proyéctaba la publicación de un libro de versos y de una novela, el primero titulado *Bostezos* y la segunda *Por donde se pesca*, cuando la muerte le vino á sorprender en medio de sus sueños y aspiraciones, hallándose en la primera jornada de la vida.

Lussich fué amigo nuestro, y mientras le tratamos encontramos en él imaginación vivaz, inteligencia clara, carácter reflexivo y observador, y gran anhelo de estudios literarios, especialmente, á que era muy aficionado.

Por espacio de un mes y días hicimos juntos la lectura reflexiva del *Quijote* y de las exégesis que algunos cervantinos eminentes le han consagrado.

Lussich era un sectario ardoroso de Zola y del naturalismo crudo, á cuya escuela dirigía toda su atención para los trabajos literarios que tenía intención de publicar. Stecchetti y Cavallotti lo apasionaban al par de Zola, y más de una vez nos recitó con buen acento italiano algunos versos de esos poetas de la bella península.

Pobre amigo! Ha muerto sin ver coronadas sus esperanzas, después de haber luchado de un modo terrible por la vida, mientras contó con esta.

EL HILO ELÉCTRICO -Montevideo.

## JUAN LUSSICH

Los diarios bonaerenses traen la triste fallecimiento en aquella ciudad, á consecuencia de una anemia cerebral, del joven y laureado Juan Lussich, que á los veintitres años obtuvo varios premios en los juegos florales del Centro que últimamente mereció los aplausos de los lectores por su libro *La pluma alegre*.

Juan Lussich pertenecía á ese núcleo de escritores que parecen nacer destinados para no haber otra forma los trabajos que brillan en su cerebro.

En verso, en prosa, ó haciendo una amalgama de esas cosas, Lussich ha llenado en los últimos años columnas enteras de todos los diarios mereciendo siempre el aplauso público.

Su soneto «A España» premiado en los Juegos Florales, fué presentado anónimo, y en la hora de revelar el nombre del autor atribuyó, por la corrección de la forma y posición del pensamiento fundamental, á Carlos Spano.

Pocas veces, á la edad de Lussich, se consiguen tantos triunfos que él había conseguido.

Como amigo, Lussich era de los que se ganan las simpatías de todos. La lealtad, el carácter, sus nobles prendas personales, su jovialidad, hacían que á los pocos instantes de conocerlo se sintiera por él una irresistible simpatía.

Aquí y en Buenos Aires tenía amigos que le llorarán eternamente, recordando como ejemplo sus virtudes.

Jamás olvidará quien esto escribe en recuerdo del amigo que acaba de bajar al sepulcro, las gratas horas pasadas en su compañía, oyéndolo disertar sobre literatura americana, y narrando incidentes de su vida porteña en compañía de Soto y Calvo, Argerich, y otros jóvenes literatos.

Pobre Lussich! Cuando alimentaba gratas esperanzas para el porvenir, cuando soñaba talvez con un nuevo triunfo literario, en la novela que tenía en preparación, el exceso de trabajo, debilitando su cerebro, le arrastró á la tumba, lejos de las caricias del hogar.

Duerma en paz el querido amigo que la muerte acaba de arrebatar á la amistad y á la patria, de que era una lisonjera esperanza, que aquí quedamos para recordarlo eternamente los que en vida apreciámos sus excepcionales méritos!—SEGISMUNDO.

LA TRIBUNA POPULAR —*Montevideo*

## JUAN LUSSICH

Dolorosa ha sido la impresión causada en ambas orillas del Plata por la triste nueva del fallecimiento del joven Juan Lussich.

Toda la prensa de esta y la vecina capital han dedicado en sus columnas una lágrima sobre la tumba de aquel que recién entrado á la vida ya había dado pruebas del genio fecundo de que estaba dotado.

Lussich era autor de varias obras que habían sido acogidas con el mejor éxito, y de otros trabajos inéditos que hubieran obtenido el mismo triunfo.

Amaba á su anciana madre con entrañable cariño, y este amor santo y noble que en su corazón albergaba, era quizá la chispa que hacía brotar á su mente inspiraciones bellisimas.

El « Montevideo Musical » del cual era colaborador, engalanó sus columnas con algunas de sus brillantes producciones. Hoy, deposita su humilde ofrenda ante la tumba del que ya no existe.

#### MONTEVIDEO MUSICAL.

### GIOVANNI LUSSICH

Salutiamolo anche noi il giovane poeta argentino sceso testé nella tomba, per anemia cerebrale, in Buenos Aires, compianto dalla stampa e dal fiore della cittadinanza delle due repubbliche del Plata.

L'autore della *Penna allegra*, graziosa raccolta di bozzetti *naturalisti*, era pure un poeta dalla lira di bronzo ed il suo sonetto ed il suo canto alla Spagna premiati ne' giuochi florali di Buenos Aires, sono pieni di elevati concetti.

Lussich era ammiratore entusiasta de' poeti italiani specie di Stecchetti e di Cavallotti, de' quali sapeva a memoria le piú belle poesie e dalla lingua italiana trasse il pseudonimo col quale scriveva nel divulgatissimo giornale di Buenos Aires *El Diario*, il quale pseudonimo era quello di *Risopianto*.

Tutta la vita, comprendeva quel nome di battaglia.

Il povero Lussich che rise ne' suoi scritti, piangé molto nella sua vita.

E' doloroso morire, quando si può ripetere con  
Chenier, battendosi la fronte:

« Eppure c'era ancora qualche cosa quà dentro! ».

Il giornalismo platense ha fatto coll'immatura  
morte del Lussich una perdita lamentevole, che non  
gli sarà molto facile di presto riparare.

Pace all'anima del collega!

L' ITALIA - *Montevideo.*

Amaba á su anciana madre con entraña y este amor santo y noble que en su coga, era quizá la chispa que hacía mente inspiraciones bellísimas.

El « Montevideo Musical » del cual era engalanó sus columnas con algunas de sus producciones. Hoy, deposita su humo ante la tumba del que ya no existe.

MONTEVIDEO M

## GIOVANNI LUSSICH

Salutiamolo anche noi il giovane poeta sceso testé nella tomba, per anemia ce Buenos Aires, compianto dalla stampa della cittadinanza delle due repubbliche c

L'autore della *Penna allegra*, graziosa bozzetti *naturalisti*, era pure un poeta da bronzo ed il suo sonetto ed il suo canto a premiati ne' giuochi florali di Buenos Aires pieni di elevati concetti.

Lussich era ammiratore entusiasta de' po specie di Stecchetti e di Cavallotti, de' qua memoria le piú belle poesie e dalla lingua trasse il pseudonimo col quale scriveva n tissimo giornale di Buenos Aires *El Día* pseudonimo era quello di *Risopianto*.

Tutta la vita, comprendeva quel nome glia.

Il povero Lussich che *rise* ne' suoi sci molto nella sua vita.

E' doloroso morire, quando si può ripetere con  
Chenier, battendosi la fronte:

« Eppure c'era ancora qualche cosa quà dentro! ».

Il giornalismo platense ha fatto coll'immatura  
morte del Lussich una perdita lamentevole, che non  
gli sarà molto facile di presto riparare.

Pace all'anima del collega!

L' ITALIA — *Montevideo.*



# ÍNDICE

PÁGINA

JUAN LUSSICH . . . . . III

Dedicatoria . . . . . 1

## *Debilidades de autor :*

Silencio . . . . . 3

A España . . . . . 4

    . . . (Stecchetti) . . . . . 4

Caprera (fragmento) . . . . . 5

Reconciliación . . . . . 6

    . . . — Si tú supieras, hermosa niña, etc. . . . . 7

Italia una y libre . . . . . 7

    . . . — Si quieres, niña, riete, etc. . . . . 9

Luchas civiles (fragmento) . . . . . 10

    . . . — No me taches de altivo, amada mía, etc. . . . . 11

    . . . — Niña gentil, dame un beso, etc. . . . . 11

A un calumniador . . . . . 12

Enviando mi retrato . . . . . 12

La ruptura . . . . . 13

    . . . — Como en sudario funeral envuelto, etc. . . . . 16

Volveré . . . . . 16

Ansiedad (fragmento) . . . . . 17

## *Bostezos*

Moneda falsa . . . . . 19

Fuego y agua . . . . . 21

¡ Mea culpa ! . . . . . 22



# ÍNDICE

	PÁGINA
JUAN LUSSICH.....	III
Dedicatoria.....	I
<b>Debilidades de autor:</b>	
Silencio.....	3
A España.....	4
: (Stecchetti).....	4
Caprera (fragmento).....	5
Reconciliación.....	6
: — Si tú supieras, hermosa niña, etc.....	7
Italia una y libre.....	7
: — Si quieres, niña, riete, etc.....	9
Luchas civiles (fragmento).....	10
: No me taches de altivo, amada mía, etc.....	11
: — Niña gentil, dame un beso, etc.....	11
A un calumniador.....	12
Enviando mi retrato.....	12
La ruptura.....	13
: — Como en sudario funeral envuelto, etc..	16
Volveré.....	16
Ansiedad (fragmento).....	17
<b>Bostezos</b>	
Moneda falsa.....	19
Fuego y agua.....	21
¡ Mea culpa!.....	22

	PÁGINA
Epigramas (en un abanico) .....	24
. . . Un padre de familia, del gran lujo, etc. . . .	25
. . . Un cesante se hacía este monólogo, etc. . .	25
Laureles .....	26

### **Crónicas dramáticas**

#### *Noches del Politeama*

Primera impresión .....	29
Fernanda y la Duse .....	34
Denise .....	38
El duelo .....	44
.....	
La lucha por la vida .....	48

#### **La pluma alegre**

Dedicatoria .....	69
Dos en uno y uno en dos .....	70
En la sierra de las Animas:	
La sierra .....	73
El caudillo .....	75
La mina oriental .....	77
Un panorama espléndido .....	80
El Caimacán de Persia .....	83
Una tienda de toros .....	92
El dulce y el oro .....	104
Célebre y mártir .....	111
En una estancia oriental .....	118
Mirarse muerto .....	124
Un paseo á caballo .....	136
En horas negras .....	157

La prensa del Plata en la muerte de Juan Lussich .....	165
---	-----



# BIBLIOTECA ECONÓMICA DE AUTORES ARGENTINOS

## VOLUMENES PUBLICADOS

**Obras selectas de Estéban Echeverría**— Colección hecha por Rafael Obligado.

**Aves de Paso**— Poesías de Domingo D. Martín

**Cantos de amor Argentinos**— Selección de las poesías amorosas de nuestros poetas, tanto de las pasadas como de la presente generación.

## OTRAS OBRAS

**Santos Vega**— Tradiciones argentinas, por Rafael Obligado.

**Vida política y militar del General Lavalle**— motivo de la erección de su estatua.

**Los amores de un Presidente**— Narración temporánea.

**Los grandes robos del Teniente General.**

**El asesino de Francisco Azcárate**— Crimen Lobos.

**Los Amantes del Pergamino.**

**Pro-Patria**— Versos, por Carlos Roxlo.

**Narraciones populares**— Por Santos Vega.





